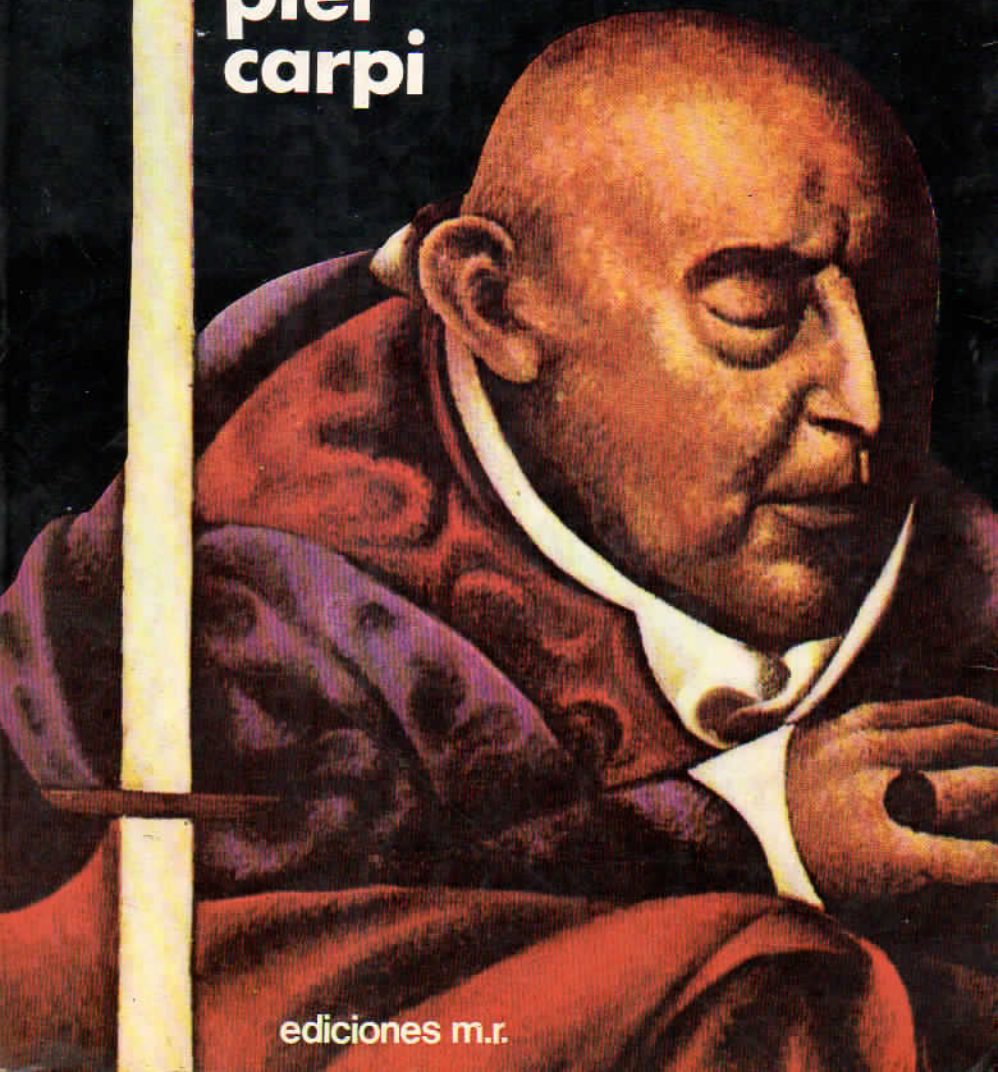


Las profecías del Papa Juan XXIII

pier
carpi



ediciones m.r.

He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Tuyos eran, y tú me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti; porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos ahora las recibieron, y conocieron verdaderamente que yo salí de ti, y creyeron que tú me has enviado.

(Juan 17, 6-8)

Prefacio

FUI EL PRIMERO EN NO CREER en ello. Quien me conozca sabrá que siempre me he mostrado desconfiado e incluso belicoso frente a quienes especulan con lo oculto, con las disciplinas esotéricas. Sabrá que, en algunos libros que pueden testimoniarlo, como *La historia de la Magia* y en particular *Los mercaderes de lo oculto*, he desenmascarado toda tentativa de introducir la confusión en el ya demasiado confuso mundo de las llamadas cosas secretas. He mantenido firmemente esta actitud en polémicas periodísticas, conferencias y debates. Nunca me he arrepentido de ello y es quizás esta misma coherencia la que me coloca en situación de publicar hoy este libro y proclamarme dispuesto a avalarlo, con todos los riesgos que ello implica.

Las profecías del papa Juan XXIII recibirán de entrada la acogida que yo mismo les dispensé: desconfianza, incredulidad, incluso alguna sonrisa. Espero, sin

embargo, que el lector vaya más allá de su aspecto superficial y profundice en el razonamiento sobre esta moderna clave profética. Y espero que llegue a las mismas conclusiones que yo he alcanzado. Sin asomo de duda, el texto de estas singulares profecías, a la vez místicas y esotéricas —y bien saben los expertos cuán difícil resulta esta conjunción, que en un principio me inspiró tantas reservas—, es completamente auténtico.

He procedido con la máxima prudencia, indagando pacientemente y en diversos terrenos acerca de sus fuentes y de los hombres que me han conducido (ésta es la palabra) a su descubrimiento. He intentado también penetrar en los motivos de que lo que en su origen debía permanecer en el secreto sea revelado ahora. Expondré mis conclusiones en la introducción, después de examinar todos los aspectos profanos y esotéricos que llevan a la certeza de que este texto profético es auténtico y procede de Angelo Roncalli, no proclamado pontífice todavía, siguiendo una cadena esotérica ligada a la tradición más antigua, a la más *austera*; es decir, a la única verdadera, la que desde luego no se identifica con la mera conservación.

En mis estudios acerca del mundo de la magia había llegado al convencimiento de que muchas de las verdades perdidas, muchos de los acontecimientos secretos, muchas de las cadenas esotéricas puras, confluyeron resueltamente, aun permaneciendo en el plano esotérico, siguiendo el doble curso del torbellino del tiempo, en dos instituciones exotéricas de inmensa grandeza, de infinita luz: la Iglesia católica y el islam. Esta es una de las claves que me han permitido comprender el porqué de estas profecías, el porqué del hombre *elegido*, de alguien que *sabía*.

Por otra parte, ¿acaso no nos ha enseñado uno de los maestros del esoterismo contemporáneo, René Guénon, que para seguir una vía esotérica es indispensable practicar un culto exotérico? ¿Acaso no sabemos ya con plena certeza que las claves de los Templarios, de los Rosacruces, de ciertas organizaciones masónicas, del martinismo, no se han perdido ni vagan de una organización espúrea a otra, sino que son celosamente custodiadas en el seno de la Iglesia católica?

Y sabemos con certeza que fueron católicos fieles y practicantes los más grandes maestros de la tradición esotérica, de la alta escuela. Eran católicos practicantes, declarados, por citar algunos, el profeta Nostradamus, el alquimista Cornelio Agripa, el maestro Eliphaz Leví, el astrólogo san Alberto Magno, su discípulo el mago santo Tomás de Aquino, el caballero De Ramsey y el fundador del martinismo, Louis-Claude de Saint-Martin. Y las tres esfinges de la magia y del conocimiento, Leonardo da Vinci, Dante Alighieri y Pico della Mirandola, por no dar la relación de todos los pontífices, obispos, prelados y abades que por encima de las contiendas inquisitoriales, por encima de la cotidianidad de la historia, trabajaban en el único proyecto, en la gran obra. La lista se haría infinita, hasta llegar al doctor Johannes Faust y al gran perseguido, a la *última víctima*, el divino conde de Cagliostro, contemporáneo de otro gran iniciado que era católico practicante, el conde de Saint-Germain.

Cagliostro, perseguido por la Inquisición, desarrolló hasta el fin sus razonamientos acerca de la unidad entre lo esotérico y lo exotérico. Prosiguió sin tregua el debate que inició en Malta, al ser recibido por el catolicísimo gran maestro Manuel Pinto de

Fonseca, a cuya presencia le condujeran el alquimista fray Umile y su guía espiritual, Althotas. Debate que continuó con el papa Clemente XIII, del que fue amigo, y que fue interrumpido por la violencia de una época que veía en acción las fuerzas de la contrainiciación y la antitradición, dispuestas a desencadenarse en baños de sangre.

Las actitudes más recientes de la Iglesia católica para con las organizaciones iniciáticas —baste con citar el ejemplo de la intervención en la masonería, con la superación de la excomunión— confirman que no sólo es posible, sino quizás indispensable, que en el seno de la Iglesia germine un discurso esotérico. Como en el islam, donde son hoy más fuertes que nunca los círculos iniciáticos, estrechamente vinculados a la propia tradición exotérica. Precisamente en el islam halló la paz René Guénon, en los últimos años de su vida, cuando ya había alcanzado un conocimiento del que debía dar testimonio con su ejemplo concreto.

Mis estudios me han confirmado que la historia de la profecía abunda en desgracias. Al ser sensacional la profecía suscita a menudo morbosidades que sacan a la luz sus aspectos más epidérmicos, si no los más perjudiciales para una investigación auténtica en el plano más sutil, el del deseo.

Han dominado la escena personajes discutibles, con textos dudosos, y han permanecido en la sombra los humildes, los miembros de la cadena regia que en su humildad ha recogido para levantarla, en el silencio, invisible a los ojos del profano, la clave perdida, en las setenta veces siete facetas de su única realidad. Una cadena humilde y silenciosa, porque fue Hermes Trismegisto el primero que predicó la humildad; silenciosa, porque con Pitágoras se convirtió en

ley la regla del silencio, mantenida hoy —enésima confirmación de una realidad que he podido comprobar— por las órdenes monásticas de las grandes religiones, el catolicismo entre ellas.

El examen de un texto profético exige una disposición de partida: hay que comprender que no es tan importante conocer el futuro como conocerse a sí mismo. Llegados al segundo resultado, el futuro, nos consta, ya no existe. Pertenece al Todo, a lo Único, que se cumple en la *obra del sol* y que carece de tiempo.

Dijo Nostradamus que conocer el futuro no era bueno para los hombres. Pareció un contrasentido, al provenir tal afirmación de uno de los mayores profetas, el autor de las tan controvertidas *Centurias*. Se le quiso hallar una explicación acudiendo al argumento de que Michel de Nostradamus, una vez elaboradas dichas *Centurias*, las desordenó adrede, impidiendo su reconstrucción cronológica. ¿Por qué no las destruyó? ¿Por qué las escribió él, un iniciado que había alcanzado el conocimiento, punto sobre el que no nos cabe ya duda alguna? ¿Por qué rompió la regla fundamental del silencio?

Existe una explicación esotérica pura, a la que quiero acudir al ofrecer este libro al lector, recomendándole su lectura desde tal perspectiva. Cuando su clave es tradicional, un texto profético corresponde exactamente a cada una de las disciplinas del saber, a través de las cuales se llega al oro alquímico, a la culminación de la gran obra, al conocimiento de sí mismo, a la realización del VITRIOL. Al hombre nuevo que hay en nuestro interior.

Si la alquimia, la caballería, el sacerdocio, la iniciación mística, la astrología simbólica, las escuelas

esotéricas, coinciden en tener maestros, instrumentos, claves para el propio perfeccionamiento, para el avance gradual hacia la luz que está en la cima de la pirámide, en lo más profundo de nosotros, también el auténtico texto profético tiene, sobre todas, esta función. Es una vía. Posee los símbolos más o menos ocultos, los estímulos para el progreso gradual, la armonía e incluso el maestro. Es aquel que ha escrito el texto, ofreciéndose abierto detrás de cada palabra, y está siempre dispuesto, como testimonio de sí mismo y de los maestros del pasado, a tendernos una mano desde la oscuridad de una frase.

El estudio de un texto profético, sobre todo de éste, debe partir de un estado de deseo en el plano sutil y puede conducir al nacimiento interior del hombre nuevo. En sus páginas están señalados todos los peldaños de la vía iniciática. El templo está construido con palabras, frases, juegos armónicos y poéticos, y tiene sus columnas, ladrillos y herramientas. Estoy seguro de que el lector que se halle dotado del *deseo* lo entreverá al penetrar en este texto profético, posiblemente el más importante del último siglo. Entreverá tales cosas y se enriquecerá con ello, olvidando el anhelo de conocer su porvenir. Lo conocerá con el resto de sí mismo. La obra del sol habrá llegado a su plena realización.

En cuanto a Juan XXIII, un hombre salido de la tierra, del silencio de la tierra, como muchos de los llamados y muchísimos de los elegidos, es necesario despojarle, en esta ocasión, de los halos profanos que le han envuelto y que seguramente no deseaba. Es fundamental redescubrir su sencillez; es, incluso, el único modo de penetrar aquello que he definido como su *misterio*.

Sus profecías llegan en un momento muy especial,

y no por azar, porque el azar no existe en las cosas del cielo ni en las de la tierra.

El día antes de ser ordenado sacerdote, de ser ungido como tal, el entonces joven Angelo Roncalli hizo, en Roma, algo muy extraño. Con el padre Luigi del Rosario recorrió Roma en un largo peregrinaje. Quizá no por casualidad visitó primeramente San Juan de Letrán, la basílica de los *misterios*; allí subió de rodillas la escalinata santa, la que subió Jesucristo para presentarse a Pilatos, y que Elena, la madre del emperador Constantino, mandó trasladar de Jerusalén a Roma. Al término de aquella jornada de fatiga física pero de reposo espiritual, Angelo Roncalli descansó largamente ante la tumba de Pablo de Tarso, en San Pablo Extramuros. Por la noche, en su diario, el *Diario del alma*, un libro de alto valor místico y de no escasos contenidos esotéricos, escribió: «¿Qué le dije al Señor aquella tarde, ante la tumba del apóstol de los gentiles? *Secretum meum mihi*».

Que mi secreto sea para mí.

Pero alguien dijo una vez que no hay secreto que no deba ser revelado. Alguien, a quien la magia hizo voto de humildad, ofreciendo por medio de tres maestros de las tres partes del mundo, los magos herederos de los misterios sacros de Caldea, los dones simbólicos del oro, símbolo solar del conocimiento; del incienso, símbolo de la divinidad, y de la mirra, símbolo de la inmortalidad, a un niño nacido bajo el *signo*, el prodigio del cielo, el signo que esperaban los magos y que debía transformar el mundo.

Un día, Angelo Roncalli sería el vicario en la tierra de ese alguien. Sería el sumo pontífice y elegiría el nombre de Juan, por el que muchos decenios atrás había demostrado ya predilección, como se verá a lo largo de las páginas de sus profecías.

Que estas páginas, como ha manifestado Juan XXIII en el punto más luminoso de su magisterio, sirvan para romper las divisiones existentes entre los hombres y para hallar lo que les une. En las profecías del papa Juan, éste es un anhelo siempre presente.

En todos los textos proféticos, desde los de inspiración mística a los de tradición esotérica, estamos acostumbrados a encontrar largas enumeraciones de catástrofes, frases amenazadoras, incluso deseos de venganza proyectados sobre la Humanidad desde lo alto. Las carestías, cataclismos, guerras y aberraciones se suceden unas a otras de profeta en profeta. Los comentaristas de los distintos autores se complacen en resaltar lo terrorífico y amenazador, acaso porque es lo más sensacionalista y escandaloso. Por contra, en las profecías de Juan, aun siendo nítidos los perfiles del mal y de sus encarnaciones, aun constando en ellas los sufrimientos de nuestra época, existe aquel fondo inmutable de certeza en el futuro del hombre, en su salvación, en la superación a que está llamada la Humanidad, que le fue prometida en las palabras más sencillas de Cristo y quedó escrita en las páginas proféticas del Apocalipsis, obra de otro Juan, el preferido, el evangelista de la luz. La vía iniciática de Angelo Roncalli transcurre bajo el signo del apóstol Juan; le lleva a estas profecías, pero también a los más secretos conocimientos de una verdad profunda que está en el interior de la Iglesia de la que un día será siervo supremo.

La fe en Dios y en el hombre, creado a su imagen y semejanza, da un contenido reconfortante a estas profecías. Cabe preguntarse si la gran bondad del papa Juan no fue, por encima de todo, certidumbre.

Introducción

Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.

(Marcos 10, 17-18)

ANGELO RONCALLI NACIÓ EL 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte, cerca de Brusicco, en la provincia de Bérgamo. Sus padres, que tenían otros muchos hijos, eran aparceros del conde Morlani y se llamaban Marianna Mazzola y Giambattista Roncalli. En 1892, Angelo ingresó en el Seminario Menor de Bérgamo, pasando después al Seminario Mayor, en el que permaneció hasta 1900, completando el segundo año de teología. En 1895, el joven Angelo empieza a confiar sus anhelos y esperanzas a las páginas de un diario que después se llamará *Diario del alma* y del que no se separará sino con la muerte. En el mismo año 1895 toma los hábitos.

En 1900 peregrina a Roma en ocasión del Año Santo y el 4 de enero del año siguiente logra entrar, merced a una beca, en el seminario romano del Apollinare. Se distingue en él por su capacidad y amor al estudio y consigue el título de bachiller

en teología y un premio en lengua hebrea. Es reclutado el 30 de noviembre de 1901 y presta servicio en el Regimiento de Infantería número 73 de Bérgamo, en el cuartel de Humberto I, el nombre del rey asesinado un año antes por el anarquista Bresci. En noviembre de 1902, Angelo Roncalli es licenciado.

El 10 de agosto de 1904 es ordenado sacerdote en la iglesia de Santa María del Sacro Monte; al día siguiente es recibido en audiencia por el Sumo Pontífice. De regreso en Bérgamo, le elige como secretario monseñor Giacomo María Radini Tedeschi. El obispo de Bérgamo le demostró siempre gran predilección y afecto. Por su parte, la personalidad del joven sacerdote fue literalmente plasmada a semejanza de la del monseñor bergamasco, en el contacto diario con aquel hombre fuerte, decidido, rico de fe. Angelo Roncalli siguió siempre su ejemplo, e incluso en los difíciles años del pontificado se refiere a menudo, en las anotaciones de su *Diario del alma*, a los diálogos mantenidos con sus colaboradores, al modo de su obispo, con el cual ni siquiera la muerte había interrumpido el diálogo.

Ya en Bérgamo, descubrió sus ansias viajeras. Deseaba conocer a las gentes, sus costumbres, su realidad. Nunca dejó de viajar, pese a las muchas solicitudes que le llegaban de sus superiores, ni en sus etapas de nuncio apostólico en diversas sedes, que abandonaba durante largos períodos para adentrarse en el corazón de las diócesis, exponiéndose incluso a serios peligros. Deshizo con ello la idea de que un nuncio no debe moverse de la capital y debe limitarse a urdir tramas diplomáticas. Iba en busca de los misioneros, de las pequeñas comunidades, en *jeep*, a pie en ocasiones, y celebraba personalmente los ritos en los ambientes menos acogedores. A menudo

se veía obligado a dormir en un automóvil, un pajaro, una pocilga, o al raso; pero aquella vida le gustaba.

Antes de la muerte de monseñor Radini, que sintió profundamente, hizo una peregrinación a Tierra Santa y viajó por Suiza, Alemania, Austria, Hungría y Polonia. En 1915 fue llamado a filas con el grado de sargento de Sanidad y destinado como capellán del hospital de Bérgamo. En 1916 da a la imprenta su homenaje a la figura de su obispo tan amado, el volumen *A la memoria de Mons. G. M. Radini Tedeschi*. Terminada la guerra, se le ordena ocuparse de los jóvenes, de los estudiantes, cuyos problemas sienten de un modo especial. En 1918 funda la Casa del Estudiante, en Bérgamo, y al año siguiente es nombrado director espiritual del seminario de su ciudad.

Cuando ya cree que en su futuro sólo hay lugar para los jóvenes, los estudiantes y sus vocaciones, le llega de Roma la llamada del papa. Es una de las muchas cosas imprevistas destinadas a transformar la vida de Angelo Roncalli, que con todo aceptará siempre con humildad e incluso con entusiasmo cada una de las modificaciones de su programa espiritual, desbaratado más de una vez de forma precipitada. El papa Benedicto XV le introduce en la Sacra Congregación para la Propagación de la Fe y el hombre de Bérgamo logra, no sin dificultades, introducirse pacientemente en el mundo de la curia romana, un ambiente que le resulta tan *diferente*. Se le designa presidente del Consejo Central para Italia de las Obras Misioneras Pontificias y en noviembre de 1924 es nombrado profesor de patristica del ateneo lateranense. Al año siguiente es consagrado como obispo en la iglesia de San Carlo al Corso, de

Roma. Una nueva alteración en su vida: la curia le necesita en otro lugar. Es enviado a Bulgaria, como visitador apostólico, con el título de arzobispo de Aerópolis. Viaja muchísimo y se agota en el establecimiento de contactos con las comunidades cristianas; en 1927, al cabo de un cuidadoso trabajo diplomático, logra entrevistarse con Stepanosse Hovegnimian, metropolitano de los armenios. Es su primer paso en el camino del ecumenismo que ya no abandonará, haciéndose hermano de sus hermanos, superando seculares obstáculos de convencionalismos, vetos, anatemas, excomuniones y hostilidades de todo género.

En 1931 es nombrado primer delegado apostólico en Bulgaria.

Pero se le prepara de nuevo un cambio radical: en Turquía y Grecia se dan situaciones muy difíciles y delicadas. La Iglesia se encuentra allí en extremas dificultades y necesita la presencia de una persona dinámica pero prudente, hábil en el arte de la diplomacia y dispuesta a aceptar humillaciones, sacrificios e incluso persecuciones. El elegido es Angelo Roncalli, que recibe el cargo de delegado apostólico en Grecia y Turquía como arzobispo de Mesembria. En el mismo año fallece su padre. En sus nuevas sedes, Angelo Roncalli viaja infatigablemente, venciendo las dificultades que le oponen los gobiernos locales y las derivadas de las múltiples llamadas al Vaticano. En el espacio de cuatro años visita las comunidades más alejadas, celebra reuniones secretas y teje una red de amistades y simpatías que abrirán a la Iglesia católica un mundo que parecía perdido. En 1939 publica al fin un ensayo en el que llevaba invertidos varios años, y cuyo manuscrito llevaba consigo de una a otra sede. Se trata de *San Carlos*

Borromeo y los inicios del Seminario de Bérgamo. Notas históricas.

En 1941, otro paso en la senda del ecumenismo. En Sofía, donde estaba de visita, abrazó al metropolitano ortodoxo Stefan, eligiendo para ello un escaño neutral: un ascensor, y fingiendo hallarse allí por casualidad. Deseaba aquel encuentro, pero no ignoraba a qué peligros se exponía enfrentándose con él a las fuerzas más conservadoras de la Iglesia. Entre tanto, arreciaba la furia de la segunda guerra mundial y el futuro papa recorría las ruinas de una Grecia devastada.

En 1944 surge un grave problema entre la Francia liberada y la Santa Sede. El general De Gaulle, ferviente católico, hace saber al papa que no está dispuesto a reconocer a los obispos y prelados comprometidos con el régimen colaboracionista de Pétain. La situación es desesperada: Pío XII, tras una larga reflexión, examina la composición de su cuerpo diplomático y recuerda al callado, simpático y prudente Angelo Roncalli, que había acreditado una gran capacidad en su gestión en Turquía. Sin demora, le llega el nombramiento de Nuncio Apostólico en Francia y una de las más arduas misiones.

El propio papa desea entrevistarse con el prelado en una audiencia privada, antes de que éste se desplace a su nueva sede. Ya en Francia, el primer encuentro con De Gaulle y sus colaboradores resulta de una gran dureza. El general le presenta una lista de obispos y prelados a depurar y una de prelados distinguidos en su apoyo a la resistencia, que hay que promover. Roncalli borra a estos últimos de la lista de posibles nombramientos por el Vaticano y dedica un tiempo, después de la presentación de cartas credenciales, a tejer su trama diplomática. Por

medio de contactos, audiencias, reuniones imprevisibles que alternan con visitas inesperadas a las más apartadas diócesis, logra no satisfacer los deseos del gobierno sin por otra parte irritarlo demasiado. Establece lazos de amistad con ministros laicos, masones, anticlericales y abre su casa a toda clase de encuentros, en los que se reúnen personas que son enemigas en el terreno político pero comparten la mesa al lado de Roncalli.

De Gaulle le demuestra la máxima admiración. Al celebrarse el cónclave subsiguiente al fallecimiento de Pío XII, el general, que habrá vuelto al poder en el intervalo, llamará al embajador de Francia ante la Santa Sede para ordenarle mediar en favor de Roncalli. Esto es algo que el futuro Juan XXIII ignoraba, aunque no le habría dado la menor importancia, confiándose por completo, como siempre, a la Divina Providencia y a los designios del Espíritu Santo.

Las provincias francesas y Bélgica contemplan en estos años sus continuos desplazamientos, su presencia en las diócesis olvidadas y en las parroquias más humildes. Y cuando comienza a creer que su misión va a encontrar una recompensa, proyectando ya retirarse y vivir en su tierra natal en compañía de sus hermanas, le llega el anuncio de su elevación a la púrpura. Roncalli es cardenal de la Iglesia de Roma.

Es el 15 de enero de 1953: de acuerdo con el protocolo, recibe el birrete cardenalicio en el Elíseo, de manos del entonces presidente de la República francesa, su amigo Vincent Auriol. Al mismo tiempo, en Roma, Pío XII anuncia oficialmente el nombramiento del cardenal Roncalli como patriarca de Venecia. Su vida sufre una nueva alteración, pero halla serenidad y entusiasmo con la entrada oficial en su nueva diócesis, acogida por millares de fieles. Piensa

que ésta va a ser su última etapa y así lo hace constar en el *Diario del alma*, pero seis años más tarde fallece Pío XII. En compañía del leal monseñor Loris Capovilla, Angelo Roncalli parte hacia Roma para tomar parte en el cónclave. La situación es tensa: el hecho de que Pío XII haya negado siempre, con obstinación, el nombramiento de Giovanni Battista Montini como cardenal, por razones que siguen todavía sin conocerse del todo, divide a la asamblea. Pero las pugnas externas no afectan al cónclave, en el que la disputa, centrada en el terreno estricto de la fe, versa sobre el mejor modo de guiar la barca de san Pedro. Cuando los sectores progresista y conservador empiezan a comprender las escasas posibilidades de éxito de sus respectivos cardenales, alguien comienza a susurrar el nombre de Angelo Roncalli. El es el primero en sentirse sorprendido, estupefacto, y en temblar ante la gravedad del compromiso a que puede verse enfrentado. Su candidatura cobra fuerza y es elegido.

Elige el nombre de Juan XXIII, actuando con ello de forma ya revolucionaria, él, al que se juzgaba como un papa de transición que no introduciría cambio alguno en la Iglesia. El nombre de Juan, para remitirse al Bautista y al Evangelista; XXIII, para cancelar un viejo equívoco histórico acerca de un pontífice que llevaba aquel nombre y que después se convirtió en antipapa. Al presentarse a la multitud en la plaza de San Pedro suscitó de inmediato el entusiasmo, a pesar de que su nombre no era demasiado conocido. Lo que gustó fue su apariencia, su semblante, sus maneras abiertas, de campesino —aunque hábilmente mezcladas de diplomacia y prudencia, dotes que acrisoló a lo largo de decenios en nunciaturas y delegaciones—, familiares. El 4 de no-

viembre de 1958 fue solemnemente coronado en San Pedro, en presencia de un enorme gentío. Veinte días más tarde nombra a veintitrés cardenales, entre los cuales está Montini, y da comienzo a su pontificado *diferente*, visitando a los presos de la cárcel de Regina Coeli y a los pobres de los hospitales de Roma.

Se ha iniciado un pontificado febril, que sacude hasta los cimientos la lentitud burocrática de la curia. La acción supera los formalismos. Mientras redacta una de sus primeras encíclicas, el cardenal secretario de Estado, que está leyendo algunos folios manuscritos del papa, le hace notar con el mayor de los respetos que algunas de las palabras del texto son inventadas y no pertenecen a la lengua italiana. «Ni siquiera aparecen en el Diccionario Palazzi», comenta. Y el papa Juan, con una sonrisa, responde: «Pues bien, tendremos que reformar muchas cosas, incluido el Palazzi».

En 25 de enero de 1959, en San Pablo Extramuros, el nuevo papa, en su condición también de obispo de Roma, anuncia la inminente celebración de un Sínodo de la diócesis de la urbe y de un Concilio de la Iglesia católica. Es el famoso Concilio Vaticano II. La noticia estalla como una bomba. Juan XXIII ha leído acerca de la idea de un Concilio en las notas dejadas por su predecesor, que había juzgado prematura la iniciativa y subrayado los riesgos que comportaría para la Iglesia. El papa Juan se atrevió: quiso que todos hablaran, que los hombres de la Iglesia se confrontaran en el plano de las experiencias y de las ideas, y sobre todo en el plano de la comunión fraterna y eclesial. El riesgo quedaba aceptado, porque la Iglesia necesitaba de la palabra y del testimonio de sus hijos y los fieles esperaban claridad de sus pastores.

En el mismo año publica la primera carta encíclica, *Ad Petri Cathedram*. Antes de fin de año son nombrados otros cuatro cardenales, y cuatro más apenas iniciado el siguiente. Aumenta el número de purpurados y en el corazón de la Iglesia penetran nueva sangre y nuevas experiencias. En 1960, después de elevar al cardenalato a un africano, un japonés y un filipino, ejecuta otro gesto juzgado como revolucionario al recibir, con el talante ecuménico que muestra día tras día, al primado de la Iglesia anglicana. Por aquellas fechas celebraba encuentros con otros hermanos separados y accedía a que se iniciara la elaboración de estudios sobre las sociedades esotéricas e iniciáticas y sus relaciones con la Iglesia. Entonces inició prácticamente el proceso que habría conducido a la superación de la excomunión de la Masonería. En 1961, después de nombrar a otros cuatro cardenales, recibe a los reyes de Inglaterra, Isabel II y Felipe de Edimburgo, y luego a los de Bélgica, Balduino y Fabiola. En el mismo año aparece una de sus encíclicas más extraordinarias, fundamental en el pensamiento moderno de la Iglesia: la *Mater Magistra*, en la cual un espíritu juvenil se abre en un abrazo de entusiasmo por el mundo y las gentes: Cristo es de todos, incluso de quienes le rechazan, y de todos es el Evangelio. El mundo respondió a aquel abrazo con un calor insólito en ocasiones similares. La *Mater Magistra* dio aliento a las voces que se preparaban para el anunciado concilio, dio ánimo y fuerza a la Iglesia, hizo redescubrir con amor las cosas antiguas, las integradas en la auténtica tradición de la que el papa Juan no se apartó nunca, pese a que ciertas campañas de prensa intentarían deslizar la especie contraria.

Aquel mismo año se retira el secretario de Es-

tado, Domenico Tardini, y Juan XXIII nombra al cardenal Amleto Cicognani para sustituirle. En noviembre da publicidad a la encíclica *Aeterna Dei* y por Navidad a la carta apostólica que anuncia para 1962 el Concilio Vaticano II.

En 1962, preparando el gran acontecimiento, el papa designa a diecinueve cardenales, recibe a jefes de Estado y peregrina a Loreto y Asís. Es, después de siglos, el primer pontífice que sale del Vaticano. Las multitudes se apiñan a su alrededor y le manifiestan un entusiasmo que crece sin cesar. El 11 de octubre, ante los ojos del mundo entero, inaugura oficialmente la primera sesión del Concilio. La Iglesia se encuentra a sí misma en sus hombres, dialoga, se examina, se abre. El 25 de noviembre, fecha de su octogésimo primer aniversario, el papa sufre el primer ataque grave de su dolencia. Y el 8 de diciembre clausura la primera sesión del Concilio, anunciando una nueva convocatoria para septiembre del año siguiente.

En marzo de 1963, con gran escándalo del mundo occidental y de los conservadores en general, recibe a Rada Kruschev, hija del *premier* soviético, y a su marido, el periodista Alexei Adjubei. El Jueves Santo aparece la encíclica *Pacem in Terris*, cuyo contenido abarca a la Humanidad entera, comprometida en el mensaje de redención que brota del cristianismo y que habla de amor, paz y tolerancia. Caen nuevas barreras y la Iglesia muestra su nuevo rostro. Así es calificado, aunque en realidad se revela como inmutable en cuanto se examina su historia y sus acciones, su coherencia y su voluntad, en un análisis crítico histórico y social de los diversos tiempos que la Iglesia ha vivido y —digámoslo claramente— superado en nombre del hombre y de su auténtico progreso.

En la *Pacem in Terris*, la Ciudad de Dios se convierte en la Ciudad del Hombre, ambas se hacen equivalentes, en el proceso ecuménico impulsado ya con fuerza por el Concilio, en el que la voz del papa ha sonado firme y suave a la vez, en la auténtica clave de interpretación del cristianismo por el Vicario de quien fundó su Iglesia.

Descubrir a Cristo como Dios, en el misterio de la Trinidad, en la Palabra y en la Revelación, en el Sacrificio y en la Salvación, no basta si no se descubre también a Cristo como hombre. A Cristo en el hermano, en los amigos y en los enemigos. Cristo está en cada hombre. Descubrirle en cada individuo, con el máximo acto de valor del cristianismo, es la verdadera enseñanza de Juan XXIII y de la Iglesia (no nueva, como se dice equivocadamente, sino reconfirmada en sus valores inmortales).

Sólo así se explica el hecho de la gran simpatía humana, profunda, de todos, incluso de los no creyentes, hacia la figura de un pontífice que supo renovar la realidad humana de Cristo en sí mismo, haciéndose testimonio de una realidad inmutable en la tradición, pero enemiga del conservadurismo y de los privilegios, que trae a Cristo Dios y Cristo Hombre a todos los hombres.

Alguien dijo a un desdichado que afirmaba carecer de fe: «Tú no crees en Cristo, pero debes saber que lo importante es que El cree en ti».

Cristo Dios, Cristo Hombre.

Es un misterio de fe que hunde sus raíces en la realidad de cada uno de nosotros. Es algo que nos pertenece y que el papa Juan sólo nos ha recordado, dándonos fuerza para renovar el misterio en nosotros; nos la ha dado después de la gran crisis que resulta indispensable para que el católico lo sea.

Es un misterio, asimismo, profundamente iniciático, y el testimonio del papa Juan tiene presentes las enseñanzas inmutables de Hermes Trismegisto acerca de la *realidad de lo Uno* y el verdadero sentido de la afirmación de Pitágoras, el gran iniciado, cuando habla, en sus *Versos de oro*, del *hombre que debe hacerse semejante a un Dios*. Si una lectura profana conduce a consideraciones de tipo fáustico, una lectura iniciática, simbólica, según la clave precisa, del verso pitagórico, lo hace coincidir con el ejemplo del papa Juan, inserto en la tradición cristiana.

El papa Juan aparece en público por última vez, en la ventana de su estudio, en la fiesta de la Ascensión de 1963. Sus palabras son sencillas, dulces, humanas. Después, la muerte abre un vacío imposible de llenar, el 3 de junio del mismo año. El mundo es consciente de haber perdido una parte de sí.

En 1965, el 18 de noviembre, el Concilio Vaticano II trabaja a pleno ritmo: la voluntad del papa Juan sigue vigente. El nuevo papa anuncia el inicio del proceso de beatificación de Pío XII y Juan XXIII. Angelo Roncalli, que ya está en la Historia, se dispone a subir a los altares.

Se le definió de mil modos, por exceso de simpatía, en ocultos intentos de instrumentalización o por necesidad de distinguir con algo de nosotros a una figura que nunca nos abandonará. *Pastor et Nauta* fue el hombre venido de la tierra de Bérgamo y de la ciudad del mar, Venecia. Le llamaron incluso el Papa Bueno.

No creo que ello le alegrara.

Porque en la Iglesia no hay papas buenos o malos: tan sólo hay papas, sin adjetivos. Juan XXIII lo sabía y supo demostrarlo.

La historia de las profecías

No quiero, hermanos, que ignoréis lo tocante a los dones espirituales.

(1 Corintios 12, 1)

ME HALLABA EN SAN LEO DI MONTEFELTRO, el pueblo situado al pie de la gran fortaleza en la que fue encarcelado el conde Alejandro de Cagliostro. Estaba terminando una de mis visitas a la celda en la que fue emparedado el *maestro desconocido*. En el patio inferior, los últimos turistas, conducidos por el puntual e impecable guía, estaban a punto de abandonar el lugar. Yo, indeciso, contemplaba acodado en la muralla el monte en forma de tortuga que se veía desde aquel lugar y que confirmó una de las muchas profecías de Cagliostro: *sufriré cerca de la tortuga*. Tenemos ya demasiados testimonios acerca de cuántos y cuán variados sufrimientos debió padecer. Por lo tanto, únicamente quienes rehúyen, movidos por sus prejuicios, todo intento de análisis histórico, siguen aceptando el tópico de que Alejandro de Cagliostro fue un simple embaucador y no el gran iniciado que hoy conocemos.

El anciano y el perro se encontraban algo alejados de mí. El rostro del hombre me resultaba conocido, pero no lograba recordar de qué. Iba vestido de gris y tenía la tez olivácea y el cabello blanco. Su aspecto tenía algo de oriental. Durante medio día había vagado, aparentemente distraído, por el castillo, seguido del dócil perro lobo. Parecía habituado a aquel lugar; se diría que conocía sus menores secretos. Había permanecido mucho tiempo sentado en el muro desde el que se divisan los círculos que inspiraron los cantos del Infierno a Dante, desterrado en San Leo. También se detuvo largamente en la celda de Cagliostro, dejando un ramo de rosas encima del duro camastro de tablas; el ramo iba atado con tres cintas: una negra, una blanca y una roja. Los colores iniciáticos de la tradición martinista y gnóstica.

Aquel rostro me decía algo, pero el anciano no aparentaba desear conversación. Ya oscurecía; me separé de la muralla e hice ademán de marcharme, cuando el hombre soltó al perro, que se precipitó hacia mí, restregando amistosamente el lomo en mis piernas. Lo acaricié. Al levantar la mirada, tenía al anciano ante mí.

Me sonrió tímidamente y creí reconocerle.

—¿Cómo andan sus investigaciones sobre Cagliostro? —preguntó.

—Gracias a usted, muy bien. El documento que me trajo a casa aquella noche me ha sido muy útil.

Sucedió, como ya he referido en otro lugar, que cuando empezaba a enfrascarme en la búsqueda de documentos inéditos para alcanzar la verdad que me escapaba acerca de Cagliostro, alguien tocó una noche el timbre de mi casa de Milán. Al abrir, vi ante mí a un viejo que, sin presentarse, me entregó una cajita. «Es una deuda que debo pagar», dijo y, sin

más, se alejó. La cajita contenía un microfilm con algunas páginas fundamentales sobre el ritual egipcio de la masonería fundada por Cagliostro y sobre el testamento espiritual del *maestro desconocido*.

—No era yo —dijo el anciano, inclinándose para volver a atar la correa del perro lobo—; no era yo, sino alguien a quien conozco bien. Cagliostro necesita que se le haga justicia, aunque sobre él no pueda decirse todo. Hay cosas que deben quedar en secreto, no por amor al secreto, ni por amor a la secta, ni por voluntad aristocrática. Usted ya me comprende.

Le comprendía, en efecto. Se trataba del razonamiento esotérico que reproducía, para el catolicismo, el final del Evangelio de san Juan, el evangelista de la luz. Le seguí mirando. Ya había anochecido y el guarda cerraría de un momento a otro la puerta de la fortaleza. Aquel anciano se asemejaba mucho al desconocido que vino a mi casa con el microfilm. Le conocía, sabía lo que había hecho. Debía de saber muchas otras cosas. Cuanto más le observaba, más parecido le encontraba con otro anciano al que había conocido más profundamente. Y es que hay seres humanos que cuando se aman llegan a parecerse físicamente, al compartir unas mismas experiencias espirituales, una misma fe, una misma lucha.

Le mencioné el otro nombre y le pregunté si lo conocía. Asintió.

—Yo también he leído en sueños, como él, en los libros mágicos de «T» y «M». Más de uno ha vivido esta experiencia, y puedo decirle que el anciano que se aparece en el sueño se me asemeja mucho. Tenemos todos el mismo rostro, que es reflejo del de nuestro maestro.

Le hice algunas preguntas más, pero se mostró evasivo.

—Van a cerrar —dijo al fin—; tendremos que hablar en otra ocasión. Hay más cosas por decir. Cuando llegue el momento, iré a verle.

Desde aquel día le esperé, sabiendo que vendría.

Llegados a este punto, debo pedir perdón al lector si no puedo decirlo todo. Callaré algunas cosas, como se me pidió y como haría aunque no lo hubiera prometido. Algunas cosas me conciernen personalmente, me afectan en el plano espiritual, el plano sutil, el de los deseos. Y no sólo no puedo ni quiero decir las porque me pertenezcan, sino porque tampoco lo lograría, ya que ciertas cosas se ven y se sienten, pero no son transmisibles por escrito ni verbalmente. Se llega a ellas por medio de símbolos, por revelaciones, a través de un trabajo personal, íntimo. Los otros pueden ayudarnos a alcanzarlas, si tienen una buena disposición en el plano sutil, pero a condición de que sigan el mismo camino, afronten las mismas dificultades y los mismos sacrificios, hasta que vean y conozcan una conquista propia, una verdad sin equívocos. Una luz. Y no se puede describir la luz a un ciego. O se le da la vista o se calla.

Intentaré, pese a todo, ser lo más claro y conciso posible. Pido excusas si muchas de las cosas que voy a decir resultan, para aquellos que carezcan de preparación en cuestiones de esoterismo, pintorescas y un tanto exóticas. También me excuso ante quien, habiendo llegado a un cierto grado de conocimiento, halle extremadamente llana mi forma de explicar algunas cuestiones. Pero la claridad tiene sus exigencias, y cuando se abordan ciertos temas bajo el imperativo de silenciar muchos aspectos, es más perdonable incurrir en simplificaciones de profano que violentar el carácter delicado de algunos detalles.

Para explicar el diálogo que sostuvimos aquella

tarde en San Leo el anciano y yo, debo añadir algunos pormenores.

La persona que ambos conocíamos me refirió una experiencia vivida por ella. Se trataba de la misma experiencia vivida por otros muchos *iniciados* antes de la verdadera transmisión, cuando iban aún en busca de la vía.

Nuestro conocido común vivió lo que viviera Cagliostro en su juventud, cuando peregrinó por Africa y Asia siguiendo al maestro Althotas y entró en contacto con los cenáculos esotéricos e iniciáticos del islam, conectados con la propia tradición caldea. Referiré dentro de poco dicha experiencia, porque fue vivida también por Angelo Roncalli y constituyó para él el *inicio* de un grande y único razonamiento, que da la clave de lo que defino como sus *profecías*.

En el presente libro, sin embargo, no cabe la posibilidad de tratar a fondo algunos temas, ni de explicar los fundamentos de la tradición occidental, ni de detallar la personalidad de algunos maestros, cuyo conocimiento profundo es de todo punto indispensable para llegar a comprenderlo todo. Diré sólo lo necesario, en la esperanza de que quien desee profundizar en algunos aspectos del tema se remita a otros textos, de varios de los cuales soy autor, para encontrar en ellos explicaciones, detalles y referencias que amplíen su visión.

Debo empezar hablando de Christian Rosenkreutz, el noble caballero fundador de la Orden de la Rosacruz, sobre el cual se han levantado, a lo largo de los siglos, vastas especulaciones. En nuestros días, existen todavía organizaciones pseudoiniciáticas que se apoyan en la tradición rosacruciana, en su fundador y en sus antiguos maestros, especialmente en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Casi siempre se trata de especula-

ciones, de manías de fanáticos aislados, de congregaciones de cuño puritano y protestante, que hay que condenar en bloque. Naturalmente, existe en nuestra época la tradición rosacruciana, que desciende directamente de su fundador. Sus maestros y discípulos actúan con la serenidad del secreto y son desconocidos de la gran mayoría.

Christian Rosenkreutz, noble caballero alemán, fue en peregrinación a Tierra Santa en compañía de un amigo, que murió. Al quedar solo, vagó de pueblo en pueblo en busca de una verdad que le escapaba. Consiguió introducirse en los cenáculos esotéricos islámicos, guardianes de los antiguos secretos, alcanzando la iniciación y ganándose la plena confianza de los *Ancianos*, y con ella la posibilidad de leer los dos libros sagrados, el de «T» y el de «M», como se les define en el esoterismo. Son los dos libros en los que está registrado todo el conocimiento, los textos que en vano han buscado, a lo largo de los siglos, reyes, científicos y artistas. Los libros que, de caer en manos de un profano, convertirían sus páginas en superficies en blanco. Un blanco perfecto, cegador como la más violenta de las luces.

Obtenido de los maestros el necesario permiso, Rosenkreutz regresó a Europa con el propósito de fundar una sociedad iniciática a través de la cual transmitir su propio conocimiento. En España fue objeto de burlas y volvió a Alemania, para agrupar a su alrededor a los primeros discípulos, fundando la Orden de la Rosacruz.

Cuando vio que le llegaba la hora de la muerte, eligió un sepulcro escondido y anunció que su cuerpo sería hallado ciento veinte años más tarde. Así fue. Los discípulos se alejaron y empezaron a iniciar a otros discípulos según los poderes que recibieran del

maestro. Con ello queda subrayado que incluso la tradición rosacruciana seguía la tradición anterior, inmutable. Ciento veinte años después, unos Rosacruces descubrieron *casualmente* la tumba del maestro. En la puerta figuraba la inscripción: «Reapareceré dentro de ciento veinte años». Al penetrar en el interior del sepulcro, oyeron una música celestial y vieron el cuerpo intacto de Christian Rosenkreutz suspendido en el aire, en la postura de la cruz. Una luz verde, difusa, cuya procedencia no se adivinaba, envolvía el cuerpo del maestro, que sostenía en las manos, milagrosamente, los libros sagrados de «T» y «M».

Inclinándose para mirar el rostro del maestro, los discípulos se sintieron transformados, no sólo espiritual sino asimismo físicamente.

Se dice que el verdadero Rosacruz sólo alcanzará la plenitud como tal cuando, después de haber recibido la iniciación, encuentre el sepulcro de Christian Rosenkreutz, vea su rostro y se contemple en él. En aquel momento, su semblante se convertirá en el de Rosenkreutz.

Para quienes no la conocen, y en especial para quienes la conocen, debo precisar que me he impuesto serias limitaciones al explicar la *leyenda* de Christian Rosenkreutz, omitiendo su simbolismo y sus claves de penetración. No es ésta la mejor ocasión para adentrarse en el misterio. La *leyenda* habla por sí misma y es suficiente. Está abierta a quien tenga ojos, dispuesta a mostrarle todo lo que vela y a la vez revela, según la clave de Isis Velada. *Revelar* significa mostrar, pero también volver a colocar el velo, ocultar. El análisis de los símbolos y la penetración en las claves escapan al propósito de este libro.

Desde entonces, los Rosacruces se extendieron, y hay que contar entre ellos a casi todos los maestros

de la magia, del conocimiento y de la alquimia. Esta última, como todas las disciplinas secretas, reproduce exactamente la *leyenda*. Palabra impropia, pero la única que nos es dado usar; deseo repetir que no se trata de una «leyenda» en el sentido que el profano da a esta palabra: Christian Rosenkreutz era y es una *realidad*.

Se ha hablado mucho, y muy equivocadamente, de los Rosacruces. No me extenderé en ello, limitándome a señalar que tuvieron un papel determinante en todas las sociedades iniciáticas auténticas, y aún hoy son la referencia clave para todo aquel que *busca*.

Por lo tanto, el anciano de la fortaleza de San Leo quería decirme que era un Rosacruz, como lo eran los otros que se le parecían. Que había leído, en sueños, los libros de «T» y «M». Pero, por encima de todo, que había entrado en el sepulcro de Christian Rosenkreutz. Del mismo modo como cierto albañil había comprendido el misterio de la muerte de Hiram y con él el de la muerte mística, un alquimista había realizado el VITRIOL, penetrando en su propio sepulcro y creando el hombre nuevo con el oro espiritual. Y un caballero había recuperado el Santo Grial o hallado a su «dama», para comprender que no se trataba de una mujer sino de su propio «yo» femenino.

El anciano volvió. Hacía pocos días que había aparecido mi libro sobre Cagliostro. Vino al atardecer, sin anunciar su llegada, y estuvimos juntos hasta las seis de la mañana. Él actuó y habló con decisión; yo escuché e hice algunas preguntas, a las que no siempre obtuve respuesta. Y aquella noche, entre otras cosas, me fue mostrado el texto de las *profecias del papa Juan XXIII*.

He comprobado en diversos terrenos lo que me manifestó el anciano. He realizado cuidadosas investigaciones y debo expresar mi agradecimiento a diversos miembros de órdenes esotéricas e iniciáticas cuyos nombres no puedo mencionar, a algunos amigos queridísimos y a los prelados que me han escuchado con tanta paciencia, háyanme creído o no, porque en cualquier caso me han prestado una gran ayuda.

Durante estos años —porque han transcurrido varios años desde la noche en la que entré en posesión de las *profecias*— he querido seguir la yía iniciática recorrida por Angelo Roncalli para verificar su realidad tradicional. He obtenido confirmaciones que no me dejan margen para la duda. Sin embargo —y no me importa repetirme, porque es necesario hacerlo—, deberé callar muchas cosas, en especial las que me afectan de forma personal y las que conciernen a personas que me han honrado con su confianza y que merecen mi respeto, expresado en mi silencio.

Tengo motivos más que válidos para cambiar de lugar algunos ambientes en el curso de la narración, no citar algunas cosas —los adeptos lo advertirán en seguida—, atribuir a otros experiencias que pueden ser propias o proteger el anonimato de personas que considero identificables. Pero, al mismo tiempo, haré casi una labor de cronista sin alterar para nada la verdad. Seré inflexible con una materia que se presta a demasiadas confusiones y especulaciones. Lo que diré será exacto, como es exacta en su *realidad* la llamada *leyenda* de Christian Rosenkreutz. Las claves y los símbolos no interesan, por ahora, al lector medio.

En cuanto al texto de las profecías, el tiempo que he tardado en publicarlo atestigua lo severamen-

te que he querido examinarlo, estudiarlo y ponerlo a prueba. No ha fallado nunca.

Al leer las profecías se comprenderá cuál ha sido mi afán al encararme con un material tan delicado. He tenido que examinar y dividir los textos con la mayor atención: en primer lugar, los de las predicciones que quedaron verificadas antes de caer en mis manos. En este punto, si bien casi todo está claro, algunas referencias siguen siendo indescifrables. Quizás algún estudioso, al examinarlas, halle otras referencias o mejores explicaciones; nada me satisfaría tanto. Ello es posible, porque la claridad de las *profecías* da pie a un estudio desarrollado con paciencia y voluntad, en el plano concreto inmediato, no necesaria y únicamente ligado al plano esotérico. En las profecías de Angelo Roncalli lo sibilino es muy marginal.

He examinado, después, las profecías restantes, referidas al futuro. He aventurado algunas explicaciones, con base en un trabajo muy simple: advirtiendo, cada vez que se cumplía una de las profecías, lo inmediata que era la relación entre las palabras y los hechos. Durante los años que he invertido en el examen del texto, se han cumplido muchas de las predicciones.

El resto pertenece al futuro, y la realidad de estas profecías, una vez publicadas, radicará en su puntual e inexorable cumplimiento.

Pero antes de presentarlas, contaré lo que el anciano me dijo aquella noche. Tendré que hablar del camino iniciático de Angelo Roncalli, explicar cuáles fueron sus experiencias, establecer su conexión con una realidad comprensible, despojada al máximo de todo cuanto pudiera parecer oscuro. Pondré luz y una sonrisa en su rostro, oculto hasta ahora.

El relato del visitante

Nadie enciende la lámpara y la pone en un rincón, ni bajo el celemin, sino sobre un candelero, para que los que entren tengan luz.

(Lucas 11, 33)

CASI HUNDIDO EN EL SILLÓN, el anciano de rostro enjuto y tez oscura que le daba un aire indefinible tenía sobre las rodillas una voluminosa carpeta azul que acariciaba lentamente.

—Su libro sobre el conde de Cagliostro me gusta, y también les gusta a mis amigos.

Sin darme tiempo a darle las gracias, prosiguió:

—Contiene muchas verdades, y si faltan algunas es porque usted no las conoce. Se advierte en usted mucha buena fe y mucho valor. Además, como usted mismo recuerda en su libro, el propio Cagliostro dijo: *Nunca se dirá la verdad sobre mí, porque nadie la conoce.*

—Creo que hay alguien que la conoce.

—Es posible.

Sonrió, bajó la mirada y la posó en la carpeta, que dejó de acariciar.

—De todas formas —dijo—, en su libro también

hay errores: por ejemplo, el encuentro del conde de Cagliostro con el conde de Saint-Germain, su relación.

Abrí los brazos.

—Todo lo que he hallado han sido leyendas. Además, debo confesar que no conozco a fondo la figura del mítico Saint-Germain. He leído en alguna parte que era uno de los maestros de Cagliostro, pero también he leído lo contrario. He reproducido la leyenda según la cual el *inmortal* Saint-Germain fue visto en París durante la Revolución francesa y manifestó: *He venido a presenciar la culminación de la obra de mi discípulo Cagliostro*. Pero no creo en ella. No creo, en fin, en la explicación acerca de la maldición de los Templarios dada por el último maestro, Jacques de Molay, en clave puramente histórica, iluminista más exactamente, según la cual dicha maldición se cumplió con la decapitación de Luis XVI. En la Revolución no veo ninguna conexión con la tradición templaria, rosacruziana. Es más: vislumbro muchos elementos que traslucen la acción de la contrainiciación.

El anciano hacía lentos gestos de asentimiento. Acariciaba de nuevo la carpeta azul, cuyo contenido, que había de ver tarde o temprano, excitaba mi curiosidad. Quizá contenía algún documento inédito sobre Cagliostro, que me permitiría hallar una nueva explicación a la parábola del *maestro desconocido*. Seguí exponiendo mis teorías sobre el tema.

Cagliostro no había venido a dividir, sino a unir. El mismo lo había dicho y escrito, pero sobre todo lo había demostrado con el ejemplo. Y no resulta creíble que una tradición como la templaria se limitase a una mera venganza temporal. Es cierto que Felipe el Hermoso, Clemente V y Nogaret murieron de acuerdo con la maldición lanzada desde la hogue-

ra por Jacques de Molay, después de la persecución y la destrucción del Temple. Es cierto que, de acuerdo con la maldición, el último descendiente de Felipe el Hermoso fue encarcelado en la fortaleza del Temple y ejecutado en la guillotina, el instrumento no inventado, como suele creerse, sino sólo propuesto para su adopción, por el doctor Guillotin, iniciado en los ritos templarios. La maldición decía textualmente: «Muero inocente, pero emplazo ante el tribunal de Dios, para dentro de un año, al emperador y al papa. Y el último descendiente de Felipe el Hermoso morirá en esta plaza a manos de un templario».

Es cierto que el mismo Cagliostro mostró a María Antonieta, que le desafió a que le dijera el futuro, la escena de su decapitación, en un espejo negro, anunciando el fin de los Capeto y la muerte del duque de Normandía, el advenimiento de Napoleón y la muerte de Pío VI en el exilio.

Pero estos datos no se relacionan estrechamente con el discurso iniciático tradicional. Las que cuentan son realidades superiores, realidades íntimas, ajenas a la contingencia histórica, aunque a menudo deban los maestros influir en la Historia, sea con la profecía, sea con la acción. Y Cagliostro hizo un terrible uso de ambas. Pero nunca alentó odios y afirmó, acongojado, que no podía nada contra el hecho de que todos sus enemigos tuvieran un final violento. Habría rezado por ellos y, de estar en su mano, les habría salvado, incluso. En cualquier caso, les perdonó.

Resulta absurdo que en la contingencia histórica de la Revolución francesa, la tradición tomara partido. La facción es sectarismo, algo totalmente opuesto a la práctica esotérica pura. Se afirma, por otra

parte, que el conde de Saint-Germain, el otro gran iniciado, se unió al bando partidario de la corona y trató varias veces de salvar a la reina; en vano, porque sus consejos no fueron nunca escuchados.

El anciano escuchaba en silencio.

—Estoy de acuerdo —me dijo—; pero no quisiera detenerme en estos detalles. En su libro, hace usted referencia a una entrevista de Saint-Germain con Cagliostro.

Esta vez quien sonrió fui yo.

—Es un fragmento puramente fantástico —dije—; me gustó la poesía absurda de los diálogos, las afirmaciones del *conde inmortal*, cargadas de cinismo y ricas en burlas irónicas. Comprendo que la descripción del palacio y el resto son un simple producto de la fantasía, sin siquiera engarces simbólicos. Ya dejó bien explicado por qué publico el episodio, pese a que quizá sea pura fantasía.

—No del todo. Sea como sea, usted lo sabe, la entrevista de Cagliostro con Saint-Germain tuvo lugar. Y asistió a ella otro gran iniciado, Louis-Claude de Saint-Martin.

Permanecí en silencio. El anciano seguía mirándome fijamente:

—¿No lo sabía?

—Había oído hablar de ello, y lo había encontrado en trabajos de algunos estudiosos. Pero no es más que una hipótesis no demostrada.

—Es una realidad. Tres grandes Rosacruces, los tres maestros de su tiempo, se reunieron y tomaron decisiones. De Cagliostro ya lo sabe usted casi todo. De Saint-Germain mucho menos, y creo que de Louis-Claude de Saint-Martin sabe usted bastante. Ha reconocido el símbolo de las tres cintas en el ramo de flores que deposité en la celda de Cagliostro, en San

Leo. Saint-Germain, aparte lo que digan las leyendas, había alcanzado el máximo grado del conocimiento; era un gran Rosacruz. Era el nuevo padre de la alquimia, había profundizado en los secretos de las artes antiguas, desde la música a la pintura y la escultura: rescataba elementos de civilizaciones perdidas, fascinando a quien le escuchaba. Alguien trabajaba en su interior; él supo reconocerlo y se adueñó de lo que poseía. Fue la mente de su época, un hombre que estuvo cerca de los poderosos, que viajó muchísimo, siguiendo la tradición rosacruceña, manteniéndose siempre alejado de las sociedades iniciáticas. Mantuvo contactos con maestros y discípulos. Sembró con generosidad, y cuando desapareció, si es que desapareció realmente, había cumplido todas sus misiones. Louis-Claude de Saint-Martin, por contra, fue el ideólogo de su tiempo, fue el forjador. Penetró en todos los círculos iniciáticos, alcanzando los máximos grados dentro de las sociedades esotéricas. Después se retiró para vivir en soledad y buscarse a sí mismo. Descendió a las raíces del conocimiento y dio vida al martinismo, basándose sobre todo en la alta sapiencia que le llegaba del pensamiento y la acción del fundador del martinismo, Martínez de Pasqually. Como usted sabe, los Rosacruces, los martinistas y los discípulos de Cagliostro se reúnen muy raramente en sus templos. Su iniciación consta de pocos grados. Y, contrariamente a las sociedades iniciáticas más conocidas e inflacionadas, han mantenido un rigor de impenetrabilidad, de tradición, de sujeción a una vía, que ha eludido todo compromiso. La masonería, los diversos ritos conocidos, las diversas sociedades iniciáticas, se transmiten algo muy importante. Y al ser iniciado, el profano no recibe la luz, sino sólo el ingreso en la orden:

a él corresponde entonces, por medio de la labor en la logia, de la interpretación de los símbolos, con ayuda de sus maestros y hermanos, progresar, llegar al conocimiento. No sucede lo mismo en el martinismo, entre los Rosacruces o entre los Hermanos de Cagliostro que son, en el fondo, una misma cosa. Cuando es elegido un profano y la elección tiene lugar únicamente en el plano sutil, el de los deseos, en el cual no puede darse el error, él debe estar ya absolutamente dispuesto. Y recibe la verdadera iniciación; es decir, la luz. Le son transmitidos poderes mágicos, taumatúrgicos, tradicionales, que adquiere de forma inmediata y que podrá perfeccionar a lo largo de su camino, hasta convertirse a su vez en maestro. No hace falta que descendamos a los detalles de las descripciones de grados o poderes, pero debemos dejar establecido algo fundamental. Normalmente, en las sociedades iniciáticas más conocidas, hay una comunidad que acepta, o casi acepta, al profano. La iniciación es obra ritual de un grupo que procede a ella. En cambio, en las órdenes que he citado, los Superiores Desconocidos, o Incógnitos, son, por encima de todo, libres. Poseen poderes iniciáticos que provienen de los maestros del pasado, gracias a una cadena nunca interrumpida. Deciden por sí solos a qué discípulo iniciar y cuándo. Le apadrinan y proceden individualmente a celebrar la ceremonia en el curso de la cual le transmiten la luz.

Interrumpió su explicación y vi que se disponía a abrir la carpeta repleta de documentos que parecían prometer mucho.

—Perdone que me haya extendido tanto en cuestiones que usted ya conocía, pero es mejor dejarlo todo bien sentado antes de emprender las delicadas

explicaciones que tengo la intención de comunicarle esta noche.

Extrajo un primer documento: un folio amarillo, grueso, cubierto de una caligrafía diminuta, casi fatigada. Lo sostuvo en la mano y me miró atentamente.

—Sepa que *nosotros* confiamos en usted; de otro modo, yo no estaría aquí. Esta noche va usted a saber mucho; no más de lo necesario, pero mucho al fin y al cabo. Algunas cosas le dejarán estupefacto, otras chocarán con su incredulidad. Por eso probaré documentalmentemente muchas de mis afirmaciones, porque es necesario que las más importantes, las finales, le convenzan. Puede copiar todos los documentos que le mostraré. Me quedaré a su lado, porque debo llevármelos; no me está permitido dejárselos. Ya hacemos mucho al consentir que los vea.

Sus manos sostenían casi con fatiga el folio amarillo.

—Los tres maestros —dijo— se reunieron en París, en el laboratorio alquímico de Cagliostro, y redactaron un documento. Es *éste*.

Me lo tendió. Estaba escrito en francés.

—Lo redactaron para reafirmar un concepto iniciático que corría peligro de perderse. Es el que se basa en la libertad del hombre. Es importante que usted no lo ignore; de otro modo, no podríamos llevar adelante la conversación.

Bajo su atenta mirada, copié el texto del documento. Lo reproduzco sin omitir nada.

La tabla de los tres maestros

Pero ellos no sabían lo que significaban estas palabras, que estaban para ellos veladas, de manera que no las entendieron, y tenían preguntarle sobre ellas.

(Lucas 9, 45)

...

...

.....

.....

.....

...

...

POR AQUEL A QUIEN NO SE DEBE NOMBRAR

Paz. Paz en el triángulo de la pirámide, en los tres puntos que hemos conocido, reconocido y revelado.

La paz de las llamas de los tres maestros del pasado, en los tres colores sagrados.

Nos reconocemos en el rojo que sella el matrimonio del blanco y el negro, que nadie podrá rom-

per hasta el fin de los tiempos ocultos en los tiempos. Las alas del pelícano están abiertas. Nuestros maestros han desgarrado su pecho para nosotros, sus discípulos.

Paz para aquellos a quienes llamaremos maestros.
Paz para los hermanos.
Hoy florece la rosa en la cruz.
H.M.T.

Libres son los hermanos y libres los maestros en el proyecto que no finaliza. Libres en la espada, en la máscara y en la mano.

Cuando se os pidió que destruyerais, todo se conservó. Mas los hijos de los descendientes del águila y la serpiente, de la flecha y la serpiente, sabrán reconocerse fuera de las celdas.

Hoy salen y se reúnen en la calle, en encarnación viva de los maestros del pasado, y son luz al unirse.

El Templo fue destruido porque es inmortal. No tenía techo y hoy no tiene muros. Ello es así también con la tabla del sol.

El Templo está en todas partes y nuestros pasos serán cada vez más ligeros.

Elegid la hora y el nombre. Elegid al hombre. Imponed la fuerza que poseéis. Conoced el gesto y la palabra. Sed libres, como libres fueron los maestros.

Y erigid la palabra únicamente en el silencio. Buscadla en vosotros. Que siempre sea la misma de la obra del sol. Al encontraros, renace el templo del instante en el Templo renacido. Y no rompáis nunca la cadena. Nosotros somos vuestros testigos.

H.M.T.
Agotaos y os enriqueceréis.
Dejad hondas huellas en vuestro camino, siempre

de sur a norte, como ordena el viento. No os volváis.

Y éstas son las cuatro partes del mundo.
La primera luz.
La cadena de luz.
La luz en el puño.
La primera luz que deis.

Sed libres al hacerlo. Escuchad la llamada del que desea. Sed libres de elegir. Y haced fuego del juramento, para la libertad de ser.

H.M.T.

Buscad los sepulcros. No los tuvieron nuestros maestros, no los tendremos nosotros, no los tendréis vosotros. Viven, buscadles.

Por aquel a quien no se debe nombrar.

...
...
.....
.....
.....
...
...
...

(Firmas autógrafas)
LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN S.I.I. (.....)
EL CONDE DE SAINT-GERMAIN R+C
EL CONDE DE CAGLIOSTRO G.C.

El secreto de Juan

Me dijeron: Es preciso que de nuevo profetices a los pueblos, a las naciones, a las lenguas y a los reyes numerosos.

(Apocalipsis 10, 11)

EL ANCIANO RECOGIÓ EL DOCUMENTO y lo guardó en la carpeta azul.

—No tengo que añadir nada a lo que acabo de enseñarle. Habrá comprendido usted la importancia de esta *tabla fundamental*. Con ella se restableció la tradición esotérica auténtica, que concedía a los iniciados la posibilidad de ser *libres iniciadores*; la posibilidad de elegir a sus discípulos, formar la cadena y con ello establecer la sucesión.

—Conozco esta tradición, aunque no sabía de la existencia de este documento ni de la realidad del encuentro de los tres maestros en París.

Le vi dejar a un lado la carpeta, ponerse en pie y acercarse a la ventana. Su mirada se perdió en el firmamento, como buscando a alguien o algo en la oscuridad. Se volvió y se quedó de pie, mirándome.

—Cuando nos encontramos en San Leo le recordé los libros de «T» y «M».

—Me dijo que usted también los había leído en sueños, como mi otro amigo.

—Si es que puede hablarse de *sueños*. Por desgracia, debemos emplear términos profanos que no respetan el contenido de la palabra. Pero me parece que nos entendemos. Estoy aquí para mostrarle algo más, algo que debe ser divulgado, *conocido*. Pero antes de demostrarle los hechos debo contárselos.

Se sentó de nuevo, cogió la carpeta, apretándola contra sí, y me observó con mirada penetrante.

—Debo hablarle de un hombre al que todos conocen: Angelo Roncalli.

—¿Juan veintitrés?

Vaciló, antes de responderme. Entornó los ojos.

—Juan... —murmuró.

Año 1935. Para Angelo Roncalli, arzobispo de Me-sembria, delegado apostólico en Turquía, la vida no resulta fácil. A causa de su situación de perseguido, también él, al igual que todos los sacerdotes y religiosos, debe vestir ropas de laico. Es difícil moverse: todo está vigilado, lleno de espías por todas partes. Y sin embargo, en aquellos días en que le tuve cerca le vi más sereno que nunca, dotado de una serenidad que añadía a la alegría que siempre supo transmitir a los otros, especialmente en los momentos de mayor dificultad. Precisamente en aquellos días entró en contacto con un mundo desconocido.

Aquella noche, Angelo Roncalli se retiró temprano a su aposento, con prisa, como si tuviera una cita a la que acudir. Sin embargo, se acostó, después de desvestirse sin ayuda, como siempre hizo y siempre haría, incluso en su etapa de pontífice.

Antes de apagar la luz, contempló los retratos de

sus seres queridos, que colgaban de la pared. Cerrando los ojos sin dejar de rezar, evocaba los rostros que había visto durante la jornada, en especial los de las personas más humildes que había tratado. ¿Qué podía aprender de ellas? Más rostros, más sonrisas, más miradas tristes. Después, el sueño. Pero nunca sabría si fue realmente un sueño. Tenía una cita con el anciano del sueño. Pero nunca sabría si realmente lo soñó.

Le había visto seis noches consecutivas. Aquella era la séptima; acaso la más importante, la última.

Apareció. Viejo, con el cabello blanquísimo, el rostro de perfiles aguzados, la tez oscura y la mirada dulce y penetrante.

—¿Sabrás reconocerme? —le preguntó.

—Sí, maestro, siempre.

Entonces aparecieron de repente en sus manos los dos libros sagrados, el de «T» y el de «M». Los tenía entreabiertos y las páginas iban pasando. En ellas estaba el conocimiento, las palabras del conocimiento, en una lengua que Angelo no había comprendido ni leído nunca hasta entonces, pero que en aquel sueño que quizá no era un sueño supo descifrar a la primera ojeada.

Leyó y le fue fácil. ¡Qué simple y claro era todo, santo Dios! Si los otros hombres lo hubieran sabido, el mundo sería diferente. Pero Angelo comprendía que no todos podían saberlo. Aquéllas eran cosas peligrosas y sólo unos pocos podían interpretarlas rectamente y usarlas para bien. En manos de los malvados habrían constituido armas terribles contra el hombre.

Los dos libros se cerraron y en sus cubiertas, ornadas con las dos letras de plata en relieve, refulgió una luz intensa, maravillosa como la que Angelo

llevaba en su interior, impalpable, no transmisible en el ámbito de la vida cotidiana por medio de los pobres instrumentos que quedaban en poder de los hombres. Los hombres, que a lo largo de milenios habían ido renunciando a fuerzas, conocimientos y poderes que trataban de reemplazar con tanta dificultad como inutilidad.

—Ahora estás preparado —dijo el anciano—; te hallas en el camino. Yo he venido porque me has llamado. Ahora *sabes*, pero todavía debes aprender, ver y vivir muchas cosas. Por ello, volveremos a encontrarnos.

—Te espero, maestro.

El anciano sonrió.

—¿Sabrás reconocermé?

Repitió tres veces la pregunta, y tres veces respondió Angelo con un sí. Luego despertó. Solo en su cuarto, se levantó de la cama, se sentó ante su escritorio, cogió papel y pluma y trató de escribir lo que había leído en los libros del conocimiento. Pero su mano permaneció inmóvil. Tenía vacía la mente.

Imposible: las palabras no existían, pero existía algo que él llevaba dentro, algo que nadie podría borrar nunca. La luz que había hecho de él un hombre distinto. Sabía que el sueño no volvería; volvería el anciano, pero en la realidad. ¿Qué era lo que le esperaba todavía? No tenía miedo: sabía que se hallaba en el buen camino, el camino del bien.

Dejó la pluma y meditó largamente.

Pensó en muchos santos, místicos, hombres de fe, de Iglesia, de verdad y de paz. Le agradó recordar a san Juan Evangelista, san Antonio, san Alberto Magno, santa Teresa, san Francisco. Se levantó, se arrodilló ante el crucifijo y rezó durante mucho tiempo a la Virgen María.

También ella tuvo una aparición.

Y su destino se cumplió también durante el sueño, cuando el mismo alguien que la visitara se apareció a José mientras dormía, para revelarle en las más simples de las palabras el misterio más grande de la fe y de la Humanidad entera.

Se sintió feliz.

Y por vez primera, aquella noche, tuvo la sensación de que alguien rezaba con él en el mayor de los secretos.

MIRÉ AL ANCIANO, QUE HABÍA finalizado su relato.

—¿Se encontraron? —pregunté.

Asintió.

—Exactamente siete días más tarde. Angelo Roncalli celebró el sacramento de la misa en su pequeña casa, ante los miembros de la todavía más pequeña parroquia, y cuando éstos se dirigieron a sus ocupaciones, en espera de la hora del frugal almuerzo, Angelo bajó al vestíbulo y vio, sentado en una pobre butaca, al anciano del sueño. Nadie le había oído llamar, pero él no se preguntó cómo había entrado. Se le acercó y le abrazó como si volviera a encontrar a un amigo ausente durante mucho tiempo. Le invitó a la mesa, pero el hombre denegó con una sonrisa.

—Debemos sentarnos a una mesa distinta —dijo.

Angelo le observaba. Le había reconocido al instante, como quiso saber el otro en el sueño. Le escuchaba.

—¿Te sientes dispuesto? —preguntó el anciano.

—No lo sé.

—Entonces, estás dispuesto. Déjalo todo y sígueme. Angelo salió con él sin avisar a nadie.

Caminaron por la ciudad semidesierta. Al llegar a una plazoleta rodeada de casas muy bajas, el anciano, que hasta entonces había caminado delante de Angelo, se detuvo y se volvió hacia él.

—Ya que estás preparado, ya que pronto has de ser mi igual, ya que vamos a recorrer la misma senda, tú también la conoces. A ti te corresponde guiarme.

Angelo vaciló, mirando a su alrededor. La mirada dulce y afable del hombre le dio valor y fuerza.

Echó a andar; eligió sin vacilar una callejuela y la enfíló. Sentía tras de sí los pasos de su acompañante. Se detuvo frente a una tosca puerta de madera. Titubeó.

—¿Es aquí? —preguntó.

El otro no dejaba de sonreír.

—Empuja la puerta, sólo está entornada. Sube, entra donde ya sabes y espérame.

Angelo se dejó conducir por la certeza de la voz que llevaba dentro. Subió dos tramos de escalones, en una oscuridad casi total, y se encontró ante una puerta más baja y estrecha aún que la de entrada. La empujó, sabiendo que estaba entornada, y entró.

La estancia era grande, de paredes pentagonales desnudas. Los grandes ventanales estaban cerrados. En la habitación no había más que una gran mesa de cedro, situada en su centro exacto, y tres sillas, adosadas a tres de las paredes. Sobre ellas, una túnica de lino, cintas de colores y sobres sellados con lacre rojo.

Encima de la mesa se veía una Biblia abierta por el principio del Evangelio de san Juan, una espada flamígera con empuñadura de plata, un incensario, cintas de diversos colores y dos candelabros de bronce con tres pequeños brazos y tres cirios rojos cada uno. Y el símbolo mágico e iniciático de la orden

en la que Angelo sería iniciado poco después. Bajo el símbolo, tres rosas cruzadas, de tela. Una blanca, una roja y una negra.

El lugar estaba débilmente iluminado por los tres cirios rojos de uno de los candelabros. Los del otro estaban apagados. Angelo permaneció de pie junto a la mesa. Observó aquellos objetos que, desde la lectura de los libros sagrados en su *sueño*, le decían muchas cosas, sin atreverse apenas a rozarlos. Mientras esperaba, empezó a leer los primeros epígrafes del Evangelio de san Juan, que siempre le había fascinado y que había conseguido penetrar en sus claves más recónditas.

Desvió su atención de ellos al oír a su espalda unos pasos leves.

Era el maestro, sonriente. Acababa de entrar y la puerta se había cerrado tras él. Vestía una túnica de lino, la tela que aísla y protege en todas las ceremonias iniciáticas, que le llegaba a los pies. Pendía de su cuello el símbolo mágico de la orden, de plata, con una cadena de nudos templarios. Llevaba la cabeza descubierta y guantes blancos en las manos. Se acercó sin dejar de sonreír y puso una mano sobre el hombro derecho de Angelo.

—Arrodíllate, pero sólo sobre la rodilla derecha.

Angelo obedeció y comenzó la ceremonia.

El maestro explicó al profano el significado, la simbología de cada uno de los objetos que veía en aquella estancia. Tomó entonces uno de los sobres lacrados, lo abrió, sacó una cartulina azul y leyó su contenido. Eran las antiguas reglas de la orden.

Abrió otro sobre y entregó una hoja a Angelo, que la leyó: contenía siete preguntas.

—¿Te sientes capaz de responder? —le preguntó el maestro.

Angelo asintió, devolviéndole la hoja, y el maestro prendió los tres cirios del candelabro con la llama de uno de los cirios ya encendidos.

—Estas luces son para los maestros que nos precedieron, para que estén cerca en esta ocasión.

Puso incienso en el incensario y purificó la estancia, dando tres vueltas y agitando el incensario tres veces en cada rincón. Volvió a la mesa, posó las manos sobre la cabeza del profano y habló.

Le refirió los misterios de la orden.

Hizo las preguntas.

Obtuvo las respuestas.

Al terminar, el anciano se inclinó sobre Angelo.

—Como ya sabes, en nuestra orden nos conocemos por el nombre que elegimos. Es el signo de nuestra libertad, nuestro programa de actividad individual y el cierre de cada nuevo anillo de la cadena. ¿Cuál será el tuyo?

El profano no dudó un instante. Alzando la cabeza, dijo:

—Juan.

—Juan —repitió el anciano.

Y dio comienzo al complicado y especial rito de la ceremonia de iniciación.

A su término, puso su espada sobre la cabeza del neófito. En aquel momento estalló algo dentro de Juan, algo que había ido en aumento hasta entonces, algo nuevo e inaprehensible. Se sintió aturdido, confundido, en la cúspide de la serenidad y la felicidad.

—Lo que sientes, hermano Juan —dijo el maestro—, ha sido experimentado antes por mí mismo, por los maestros que nos precedieron y por los hermanos que caminan hoy por el mundo. Llámalo luz, aunque no tiene nombre.

El maestro ayudó a levantarse al discípulo y le

besó siete veces, intercambiando con él el saludo fraterno. Acto seguido, le enseñó las palabras secretas, las señas de reconocimiento, los toques y el ritual de las acciones de grupo. Lo hizo verbalmente, siguiendo la tradición oral.

Le enseñó luego la tarea cotidiana que debería realizar en secreto en tres momentos precisos del día, correspondientes a otros tantos puntos del ciclo solar: una frase en griego que repetir, unos gestos que ejecutar.

—En esos mismos momentos, nuestros hermanos ejecutan el mismo gesto y repiten la misma frase en todos los rincones del mundo —le explicó—. Su fuerza es mucha; viene de lejos y va muy lejos, actuando día a día sobre la Humanidad.

Finalmente, el maestro cogió el último sobre sellado, lo abrió y entregó lo que contenía a Juan. Era una hoja con la fórmula del juramento. El juramento de no revelar los secretos de la orden, seguir la tradición, obrar rectamente, permanecer fuerte, auxiliar a los necesitados y a sus hermanos, y respetar por encima de todo la ley de Dios y a sus ministros.

Juan firmó sin vacilar. Se sentía en posesión de una gran fortaleza. Añadió a la firma el número y la sigla que le indicó el maestro. Caracterizaban su filiación y su grado.

El maestro cogió el papel, lo dobló siete veces y pidió al discípulo que lo ensartara en la punta de la espada flamígera. Hecho esto, el maestro dirigió la espada hacia el candelabro en el que ardían las llamas de los maestros del pasado. El fuego prendió en el papel y a los pocos instantes el juramento quedó reducido a cenizas que el anciano dispersó con la espada.

—Ya has jurado, Juan, pero debes saber que la libertad de los hermanos está por encima de cualquier juramento. Ahora eres verdaderamente libre.

Volvió a besarle.

Juan estalló en sollozos.

La cadena del Templo

Entre los hombres de cultura, aquellos que adquieren una fuerza trascendental bebiendo en las Fuentes del Cristianismo se convierten en creadores y «pueden prever el futuro con gran anticipación». «Son hombres cuya cultura, esencializada, carece de tiempo: en todo caso es, por encima de todo, una cultura del futuro. Me inclino a suponer que Angelo Roncalli fue un hombre de cultura en este sentido de la palabra.»

(Cardenal Giacomo Lercaro)

EL ANCIANO ABRIÓ DE NUEVO la carpeta azul.

—Así fue iniciado el hermano Juan. El nombre que escogería un día, al llegar a pontífice de la santa Iglesia católica.

Yo había permanecido en silencio, y quería seguir callado. La historia resultaba asombrosa, aun no ocultando desde el principio su realidad iniciática. Aquel anciano había hablado de cosas muy precisas, había detallado un ritual conocido por muy pocas personas. Y quien lo conoce no habla de él tan abiertamente.

Yo mismo lo he abreviado, soslayando algunos pasajes, en especial los de la parte central, la estrictamente secreta.

Quienes conocen el ritual de una orden parecida no son personas dadas a fabulaciones, ni a especu-

laciones sobre lo mágico o sensacional. Debía seguir escuchando. Me he entrevistado a lo largo de muchos años con personajes del mundo de lo oculto, grandes hombres o seres despreciables, y tengo métodos precisos para distinguirlos. Fundamentalmente, su luz: los verdaderos iniciados tienen una luz especial en el semblante, que les distingue de los otros seres humanos. Por el contrario, los mixtificadores tienen siempre una sombra en el rostro, aun expuesto directamente a la luz del sol.

Además, siempre acabo por distinguir entre una persona seria y un maníaco o un embaucador, dejándoles hablar de lo esotérico. Los últimos se ponen infaliblemente en evidencia, hablando de lo que no saben o saliéndose de tono en sus argumentaciones. Tarde o temprano, por simple afán de admirar, dejan escapar el mayor disparate sin apenas advertirlo. En el caso de que persista la duda y se desee llegar a una certeza, el mejor método es callar. Callar sin mostrarse fascinado ni sorprendido, haga el otro la revelación que haga, diga lo que diga.

El farsante no soporta la impasibilidad del oyente: tiene que asombrar y necesita un pedestal, quiere preguntas. Y habla y habla, añadiendo detalles, hasta que en un momento dado dice algo, por nimio que sea, que de un golpe hace añicos su mosaico.

Yo había permanecido impávido, con expresión de asceta, durante toda la exposición, aunque lo que escuché no era precisamente una nadería. Pero mi interlocutor no sólo no se alteró en ningún momento, sino que ni siquiera se interrumpió. Había mantenido inalterable el tono de su voz, sin dejar de sonreír. Parecía entregado a explicar, con dulzura y cautela, la lección a un niño.

Y no había cometido ningún error: no pude des-

cubrir en sus palabras la menor imprecisión, el menor fallo de matiz al que asirme para fundamentar un reparo con el que desbaratar el imponente armazón.

Mi silencio le dejaba indiferente. Posiblemente el irritado era yo. Le observé mientras sacaba de la carpeta azul el pliego de documentos. Me sentía asombrado y emocionado, pero conservaba el dominio de mí mismo. ¿Sería posible que poseyera algo más importante todavía que el documento autógrafo de los tres grandes maestros que me había permitido copiar?

El montón de documentos era muy voluminoso: folios azules, todos iguales, ordenadísimos y muy amarillentos, atados con tres delgadas cintas de los colores de la orden. Mientras las desataba premiosamente, el anciano volvió a hablar.

—Juan fue iniciado, se encontró otra vez con su maestro y practicó los ejercicios espirituales, hasta que llegó al fin el día de su entrada en el templo. Estaba preparado para la labor con sus hermanos. Como usted sabe, entre nosotros los encuentros son muy poco frecuentes y sólo se celebran por motivos muy señalados. Nuestra norma es la iniciación individual, como queda claro en el documento que le he mostrado.

—¿Participó en ceremonias celebradas en un templo? ¿Dónde?

—En Turquía, a las pocas semanas de su iniciación. Yo fui el maestro que le preparó para la gran prueba y le introdujo después.

—¿Con qué motivo?

—No entiendo.

Había desatado las cintas y sostenía el legajo sin dejar de sonreír.

—Muy bien: no quiere responderme. Pero es obvio que un iniciado de primer grado no accede a uno de sus templos a menos que los maestros descubran algo especial en él. A menos que sea apto para algo muy elevado, o para actuar en defensa de la orden.

—Veo que sabe usted más de lo que pensaba.

Esta vez rió abiertamente.

—Usted sabe exactamente lo que sé, cómo y por qué. Por desgracia, sé muy poco. Ignoro, sobre todo, qué quiere usted de mí. ¿Por qué me revela secretos que normalmente se callan?

—Si no me equivoco, le dije antes que sólo me pronunciaría sobre lo estrictamente indispensable. Le aseguro que no he dicho una palabra de más. Naturalmente, estoy aquí por una razón: usted nos sirve, nos es un medio.

—Gracias.

—Se sentirá dichoso de haber servido de medio en la consecución de un noble objetivo. Usted es un estudioso, una persona seria que goza de gran crédito en determinados terrenos. A usted le creerán.

—¿Quiénes? ¿Qué creerán?

—Pronto lo sabrá. En cualquier caso, si no creen en usted, y en algunos sectores es fácil que ocurra, deberán creer en la verdad de lo que dentro de poco pondré en sus manos. Estábamos hablando de la entrada de Juan en el templo. La ceremonia fue ejemplar, y el clima perfecto. Permítame que silencie lo relativo al templo y al rito.

—Como quiera, pero preferiría saber algo al respecto: podría negarme a creerlo.

Meneó la cabeza y sonrió.

—Debe creer al que calla, no al que habla.

—Conozco la frase: está escrita en sus templos.

—Se equivoca.

—Si quiere, puedo citarle otras: ¿no hay en sus paredes inscripciones como *Azoth*, *Tetragrammaton*, 999?

No respondió, limitándose a acariciar el paquete de folios.

—Como le decía, no puedo revelarle nada acerca de los templos ni de los ritos. Vayamos al final de la ceremonia: Juan, que había subido al...

—...al séptimo peldaño de la escalinata de la izquierda, al lado del trono —continué instintivamente—, tenía delante la doble cruz roja y negra. ¿No es así?

El anciano permaneció en silencio. No sonreía y me miraba como si dudara en proseguir. Me estudiaba. Yo callaba también. Nos observamos. Ahora era yo quien sonreía.

—Estoy seguro —dijo al fin, haciendo una pausa—; sí, estoy seguro de que no dirá y sobre todo no escribirá nada más allá de lo estrictamente necesario. Puedo confiar en usted.

Parecía haber hablado consigo mismo. Había vencido casi al instante la duda que conseguí introducir en su ánimo: temía por su secreto, por lo que yo sabía ya y por lo que podía descubrir. Por el hecho de que yo fuera un escritor, capaz de dejar escritas algunas cosas. Pero me conocía bien y sus cálculos eran correctos. Sus dudas borrarón el último rastro de las mías: aquel hombre era lo que decía o, más profundamente, daba a entender que era. Las cosas que me había dicho eran ciertas. Los documentos que me había mostrado o iba a mostrarme eran auténticos.

Yo no habría renunciado a efectuar las comprobaciones más cargadas de escepticismo, pero sabía ya

que todas me llevarían invariablemente a la misma confirmación.

—Vayamos al final de la ceremonia, cuando Juan, ocupado el puesto que le correspondía entre sus hermanos, quedó a la espera y escuchó las palabras que alguien le dirigió. Los hermanos estrecharon el círculo que formaban en torno a él y se concentraron, transmitiéndole su fuerza. Y Juan habló. Habló con una voz que no era la suya. Habló hasta la terminación de los trabajos, durante los tres días que ocupó su realización en el templo, ante él. Todo cuanto dijo fue registrado en las actas del templo del gran canciller. Son éstas. No son todas, naturalmente, sino sólo las que juzgamos conveniente dar a conocer. Léalas, cópielas y haga que se conozca su contenido, porque ya es hora de que se sepan estas cosas.

Cogí las hojas de papel azulado y las examiné: eran las actas de las *sesiones*, escritas en francés. Contenían exactamente las palabras pronunciadas por Juan y transcritas por el gran canciller del templo.

Eran sus profecías.

Cada hoja ostentaba en su cabecera el lema del templo, que es *El caballero y la rosa*. Después, el resumen de lo dicho y aprobado en la jornada anterior y el ritual exacto de la ceremonia de apertura de los trabajos; inmediatamente después, la descripción del rito de la cadena formada con Juan y finalmente sus palabras, sus *profecías*. Al final, la ceremonia de clausura de las actividades. Cada acta, además de la del gran canciller, llevaba la firma autógrafa de los superiores del templo.

—¿Faltan muchas? —pregunté.

—Sí, porque, repito, hay muchas cosas que no pueden decirse: serían peligrosamente malentendidas. Hemos decidido dar a conocer únicamente éstas.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije: porque es hora de que se conozcan.

—¿Por qué? —insistí.

Inclinó la cabeza.

—Permita que no responda a su pregunta.

Me senté al escritorio y copié una tras otra las profecías de Juan. De Angelo Roncalli. Hoy las ofrezco al lector exactamente tal cual son.

Método de lectura

EL MÉTODO DE LECTURA DE LAS profecías se presenta aquí en su redacción original. El pasado y el futuro se entremezclan, a menudo, porque las profecías tratan frecuentemente en bloques un mismo tema, como en el inicio, por ejemplo, acerca del pasado y el futuro de la Iglesia católica.

Resulta posible casi siempre trazar una división entre pasado y futuro. Naturalmente, al haber sido redactadas en 1935, todas las profecías apuntaban al futuro. Su escalofriante cumplimiento les confiere autenticidad.

Entre una profecía y otra se intercalan notas de comentario. Lamentablemente, en el pasado quedan oscuros algunos puntos, aunque es posible descifrar muchos otros. Se trata de hechos puramente iniciáticos, que escapan a nuestro conocimiento, o acontecimientos que no alcanzamos a colegir. Alguien estará, quizás, en situación de hacerlo; le agradeceremos que nos haga llegar sus deducciones.

Se añaden también notas de comentario a las profecías relativas al futuro. Del examen de su conjunto parece desprenderse que las predicciones terminan con los tres primeros decenios del próximo siglo, en el año 2033 después de Cristo.

Las profecías

«Y tenemos la certeza de que muchos de los conocimientos esotéricos que creíamos perdidos para nuestras órdenes iniciáticas son celosamente conservados y rigurosamente administrados por dos instituciones exotéricas seculares: la Iglesia católica y el islam. Hora es ya de tomar nota de cuanto quisieron nuestros maestros.»

(De la comunicación de fray Aldhirán a la VI Convención Iniciática de Estrasburgo)

«En cuanto al Opus Dei, organización que une la mística a la iniciación, no es casual el hecho de que su fundador, monseñor Escrivá, uno de los hombres más iluminados de este siglo, cerrase en 999 y no otra cifra el número de las máximas contenidas en su obra Camino, que ha llevado al despertar espiritual a millones de conciencias. El 999 es el máximo número iniciático, el del triunfo sobre la Bestia en el Apocalipsis de san Juan.»

(De la comunicación de fray Manóthes a la VI Convención Iniciática de Estrasburgo)

Vacilante tras el Santo que va ya camino de los elevados altares, el Padre de la Madre extiende el brazo y se abrirá al mundo.

La Madre será grande para él; cuando sea pequeña, saldrá del pantano aceptando una corta cadena. Tendrá flores ante su cruz y una sombra roja en la espalda encorvada.

Sus hijos llorarán, pero a la derecha tendrá dos manos. Firmes y ricas en valentía en el decir, el ordenar y el obedecer. Santa será su mano derecha; le dará ánimo para condenar los clavos que avanzan para pisotear los lirios.

Pero la cadena será mayor y mayor la lucha, aunque sólo por un lado.

Los hijos del Padre y la Madre estarán protegidos pero sufrirán. Y de noche encenderán luces en el recinto de la plaza. Llegan los caballos de barro.

Se detienen ante las fuentes.

Quedan claras las referencias a Pío XI y al Concordato, no tan sólo a las tribulaciones sufridas en la guerra, contra la que luchó con todas sus fuerzas. El Padre de la Madre es sin duda alguna el papa. Por Madre debe entenderse la Iglesia. El Santo es sin duda el anterior Pío, el décimo, que efectivamente fue canonizado. Al empequeñecerse oficialmente por efecto del Concordato, dada la exigüidad de su territorio, la Iglesia se engrandeció al superar el concepto de poder temporal. La corta cadena es quizá la serie de consecuencias políticas del Concordato, que tuvo que ser firmado con un estado autoritario. No he hallado explicación a la frase *Tendrá flores ante su cruz y una sombra roja en la espalda encorvada*. Puede pensarse que, frente a las fatigas y sacrificios del papa, la Iglesia cosechó algunos éxitos, o flores, entendidas como conversiones o presencias activas de católicos. En cuanto al resto, misterio. No

creo que la sombra roja pueda asimilarse al comunismo. Quizá se trata de una referencia esotérica.

Sus hijos llorarán, pero a la derecha tendrá dos manos. Posible alusión a las guerras anteriores a la segunda conflagración mundial, que costaron mucha sangre y muchas lágrimas. La segunda mano derecha se refiere indudablemente a Pío XII, que redactó las valientes condenas del nazismo de las encíclicas de Pío XI. *Pero la cadena será mayor* se refiere probablemente al Concordato con Berlín o al aumento de los peligros a que se exponían la Iglesia y la Humanidad. No logro desentrañar el significado de *aunque sólo por un lado* referido a la lucha que será mayor. El texto siguiente trata de los padecimientos de los católicos, hijos del Padre y la Madre (el papa y la Iglesia) y a la protección que intentó dispensarles la propia Iglesia. No logro perfilar con nitidez el significado de la profecía que sigue, en tanto que la referencia a caballos de barro debe dirigirse a los invasores de Roma, probablemente los nazis. En otras profecías, incluso de Nostradamus, se encuentra la referencia a caballos que abrevan en las fuentes de la plaza de San Pedro. Pero la imposibilidad de comprender lo relativo a luces encendidas por la noche en el ámbito de la gran plaza infunde dudas acerca incluso del último párrafo de la profecía. De todos modos, es lícito inclinarse a ver en todo ello una alusión al nazismo.

Entre las nubes más tristes se alzaré la paloma elegida, el duodécimo pio de perfil metálico. Única paz en la guerra, única plegaria entre los aullidos de los lobos.

Siete veces se reunirá con el visitante y antes de morir verá su rostro. Y siete veces llevará su corona de rosas.

También los pobres serán Cristo en la sangre y los estigmas sangrarán de dolor: sangre para la sangre. La Madre recogerá los rebaños y no sabrá defender los otros, encerrados en los apriscos y devorados por los lobos de la cruz usurpada.

Hay que desafiar y combatir constantemente a quien hace uso de la cruz y no es hijo de la Madre y el Padre,

Hay que combatir y esperar, porque el usurpador se crucificará solo en la falsa cruz. Sólo entonces habrá paz.

A la Madre le costará mantenerse con vida, pero vencerá las tentaciones y el orgullo de la victoria terrenal. Luchará contra el Padre, que, hermano entre sus hermanos, verá enrojecerse su túnica blanca.

La Virgen María se aparecerá con humildad a los humildes y no la creerán. Entonces habrá tumbas en lugar de templos.

Luz del Neva, de Oriente, pero la luz es siempre de Occidente. La estatua, a medias.

La profecía es casi diáfana. Se inicia con el anuncio de la elección del nuevo papa, ya indicado con el nombre que tomará: Pío XII. Su elección tuvo lugar, como es sabido, en un momento terrible, lo que justifica la alusión a las nubes más tristes. El papa es definido como *la paloma elegida, de perfil metálico*. La primera definición puede ser vista como vaga, o bien como un juicio extremadamente positivo de Pío XII, idéntico al contenido en tantas otras profecías, como la de san Malaquías. El perfil metálico puede tener muchos significados: la decisión, la dureza, la inflexibilidad del romano pontífice, o algo que me escapa.

Siete veces se reunirá con el visitante. De este punto en adelante he estudiado muchas posibilidades y creo que la más cercana a la verdad es —como se ha confirmado en ciertos círculos— la de que Pío XII se reuniera con la figura de Cristo. No sabemos si las siete veces que detalla la profecía. Se dice, de hecho, que Pío XII recibió en su lecho mortuorio la visita de Jesucristo. Los siete encuentros aludirían a siete momentos dramáticos para el papa y para la Iglesia; no escasearon, desde luego, en aquel pontificado. La frase siguiente, relativa a los estigmas, se

refiere sin duda al misterio del padre Pío de Pietrelcina: en efecto, según la tradición, los estigmas están siempre en estrecha relación con el dolor y la sangre del mundo, que un *imitador* de Cristo toma sobre sí, sufriendo también por los demás.

La Madre recogerá los rebaños y no sabrá defender los otros... La frase hace referencia a comunidades religiosas. La Iglesia, que ha tratado de mantener unidos a los católicos, no ha podido hacer nada por otras minorías religiosas, en particular la hebrea, a cuyo encierro y exterminio alude claramente la profecía. La *cruz usurpada* es la esvástica. Después de la tajante amonestación en el sentido de no seguir a nadie que utilice la cruz, sea del tipo que sea (no hay salvación fuera de la Iglesia), la profecía que concierne a Hitler: su suicidio. Efectivamente, el mundo sólo halló la paz con su muerte.

Inmediatamente después, una mención del valor mostrado por la Iglesia durante la guerra. La Iglesia no se inclinó nunca ante el vencedor nazi-fascista. Pío XII mantuvo actitudes de gran firmeza, llegando a proteger a algunos perseguidos. Y, en general, el clero de todo el mundo luchó contra los enemigos de la Humanidad sin aceptar compromisos. La Iglesia rechazó *el orgullo de la victoria terrenal*. Se cita poco después el empeño puesto por Pío XII en ello, con la alusión a su presencia en el barrio de San Lorenzo de Roma, tras unos bombardeos, cuando quedaron ensangrentadas sus vestiduras.

Viene inmediatamente una referencia a una aparición de la Virgen, calificada de humilde. Se habría aparecido y habría hablado y, al no ser escuchada, hubo tumbas en vez de templos. En aquel período, en efecto, fueron muchas las apariciones de la Virgen, algunas de ellas clamorosas, pero ninguna de ellas fue

reconocida por la Iglesia, o al menos no se tiene conocimiento de ningún mensaje mariano importante, después de una aparición, en dicho período. A menos que esta profecía contenga una alusión al famoso, pero incierto, tercer secreto de Fátima, no revelado todavía. La no revelación del mensaje de la Madre del Señor, ¿habrá impedido que los hombres se arrepientan y conducido a desastres que fueron evitables?

La profecía concluye con una alusión a Rusia; más exactamente, al Neva, uno de los dos ríos de Moscú. Se dice que la luz no está allí, sino que viene únicamente de Occidente. No alcanzo a comprender el significado de *la estatua, a medias*. A la vista del conjunto, no me parece una condena del marxismo o del socialismo. Opto por ver en ello algo relativo al proceso iniciático, particularmente por las palabras finales de la profecía. A no ser que existan relaciones con algún acontecimiento real. Por ejemplo, el pacto germano-ruso de invasión de Polonia, detonador de la guerra mundial.

El vicario oirá injustas acusaciones por haber tenido la dignidad de callar y por el valor demostrado con la prudencia que salvó al mundo. Pero el mundo quiere flores de carne, flores de colores vistosos, y no reparó en las flores de campo, calladas y puras. Y nunca las verá en su esplendor, hasta el fin del fin.

El mal tenía tres cabezas: cayó la primera. Vino la segunda y el Padre la hirió con la palabra, más fuerte que la espada.

La tercera, enemiga del Padre y de la Madre, estaba desde siempre en el seno de la Madre.

Las cartas de Barcelona hablarán un día de un silencio cargado de acción y el decimosegundo será santo y nunca los habrá más santos que él.

Será el día de la muerte del conde que fue rey en Barcelona.

Los lirios caerán rojos de sangre, pero los claveles no quedarán sin mácula. Triste día, aquel

que verá al loco convertido en santo. Error de siglos, secreto.

El Padre de la Madre estará solo y llevará las espinas.

El hijo de la tercera cabeza abandonará Roma camino de las brumas. Pero regresará para dividir.

Los verdaderos santos son jóvenes y nacen en Milán.

Referencia a las acusaciones y calumnias lanzadas contra Pío XII por sus relaciones, en realidad duras e inflexibles, con el nazismo y el fascismo; éste debe de ser la primera cabeza del mal, la primera que cayó. Se citan otras dos cabezas del mal: una puede ser el comunismo, dado que se habla abiertamente de su condena por Pío XII, aunque podría ser igualmente algo interior a la Iglesia, ya que el texto de toda la profecía es eclesial. Observo sobre todo la tercera cabeza, en el seno de la Iglesia: una lucha intestina, alguna acción cismática, una persona quizá, como se da a entender más adelante, que con todo debe de formar parte de algún plan más vasto, ya que se dice claramente que está allí *desde siempre*.

La profecía siguiente habla de una rehabilitación total de Pío XII, subsiguiente al hallazgo de algunas cartas en Barcelona, o procedentes de dicha ciudad, o de algún modo relacionadas con ella. *Será el día de la muerte del conde que fue rey en Barcelona*. Pienso en Humberto II, el rey que al exiliarse tomó el título de conde. Pero no existe vínculo conocido entre su persona y Barcelona. Quizá ni siquiera se refiere al lugar de su muerte; puede referirse a algo más complicado: la muerte de un conde que reinara en Barcelona. Con respecto al pasado, es ésta una possibili-

dad que hay que excluir. En cuanto al futuro, ¿habrá alguien que reine en la ciudad? ¿O habrá que entender que nos hallamos ante una referencia ligada a nombres simbólicos, ante una alusión a vínculos entre un personaje real y Barcelona, cuya consistencia nos escapa? Tras la aparición de estas cartas, Pío XII será proclamado santo: *nunca los habrá más santos que él*, dice textualmente la profecía. Es algo importante, sabiendo que esta afirmación procede de quien ha de suceder a este papa y se sitúa por debajo de él en cuanto a grandeza y santidad.

El resto de la profecía es difícil de interpretar. Podría estar compuesto de alusiones a hechos que todavía están por producirse, pero hay que excluir esta explicación, ya que poco después se sigue hablando de Pío XII. Los lirios pueden designar una dinastía monárquica caída violentamente. Desgraciadamente, tales casos son abundantes. Resulta interesante, aunque no consigo descifrarlo, lo que se dice de la proclamación de un loco como santo, considerada como un gran error por el profeta, que sin embargo afirma quedará en secreto durante siglos. Es posible, por tanto, que alguien a quien la Iglesia elevara a los altares o tuviera por bienhechor hiciera, en realidad, el mal. La frase siguiente hace pensar que el papa lo sabe, aunque puede estar relacionada con la última parte. El hijo de la tercera cabeza es probablemente alguien ligado a la jerarquía eclesiástica, acaso un personaje famoso. Abandonará Roma para ir hacia la niebla; al norte, por lo tanto. ¿Se referirá el texto a la ruptura que se produjo entre Pío XII y monseñor Montini, separado de la curia y destinado a Milán como arzobispo, sin birrete cardenalicio? Los personajes podrían ser otros, sin embargo. En cualquier caso, esta figura regresará y causará divisiones

en el seno de la Iglesia. La última frase de la profecía hace posible relacionar con Milán el pasaje comentado: *Los verdaderos santos son jóvenes y nacen en Milán*. Cabe pensar en algún movimiento juvenil católico o incluso no católico, surgido en dicha ciudad durante aquel período y destinado a ser muy importante, como forjador de santos, para la Iglesia. Lamentablemente, es difícil precisar la cronología de las profecías: no obstante la variedad de suposiciones a que da lugar, la última parte queda envuelta en interrogantes.

La paloma no llamará a nuevos hijos y la Madre perderá a algunos, a hijas incluso. Los hijos de san José Obrero no podrán hablar ni serán comprendidos. Está dispuesto que vengan a su tiempo otros que deberán callar.

Quien crea deberá irse y el Padre de la Madre no lo sabrá todo.

Muchos hablarán en nombre de un mezquino poder desde falsas cruces y en falsas iglesias. Los perros correrán por Roma y la Madre se verá envuelta en las luchas. El que no se arme deberá esconderse. Y los falsos hijos saquearán el rebaño.

Guerras lejanas, gritos de terror. El miedo será la coartada de los lobos. Y los rebaños serán más rebaños que nunca.

No será siempre el miedo a la guerra.

El mal rojo, herido de nuevo con la palabra

por el Padre. La palabra será más fuerte que las armas y morirá quien se crea inmortal.

El mal rojo confundirá a las gentes que tienen sed y creen. Luego son esclavas del señor del desierto hijo del mal.

Pero la Roma eterna nunca tendrá colores.

Se advierten referencias a la crisis de vocaciones y a las dificultades internas de la Iglesia. Los hijos de san José Obrero podrían ser los sacerdotes obreros y cuantos creen en una Iglesia más cercana a las instancias sociales de la época. Durante mucho tiempo, la incompreensión entre las diversas partes, las ansias de modernidad, las intolerancias, imposibilitarán el diálogo. Muchos dejarán la Iglesia, sin ser comprendidos, pero tampoco la Iglesia lo será. Estas divisiones internas tendrán una larga duración y quienes vean deberán callar. Contamos con crueles evidencias, que llegan hasta nuestros días, de la continuidad de las pugnas, síntomas, en el fondo, de la vitalidad de la Iglesia. Al papa se le ocultarán muchas de estas cosas y es posible que alguien se mueva en el secreto.

Muchos utilizarán a la Iglesia persiguiendo bajos fines. *Los perros correrán por Roma y la Madre se verá envuelta en las luchas.* Es claro que se trata de la situación política desde la posguerra hasta nuestros días, en la que se especulará, con mala fe, en nombre del cristianismo. Se comerciará con el nombre de la Iglesia, se conquistará el poder político y se dominará al adversario, apartándola de su acción social propia. De hecho, los verdaderos católicos no podrán intervenir en la política italiana (véase la alusión a Roma y los perros). Sí podrán los falsos, que desarrollarán en nombre de los auténticos una po-

lítica capitalista y burguesa, laica, a base de compromisos antisociales e inhumanos. La finalidad será el robo: *los falsos hijos saquearán el rebaño.*

Viene después una referencia a las muchas guerras del período, a los incontables focos de conflicto que hacen temer que la guerra fría se convierta de un momento a otro en conflagración abierta. Sobre estos temores se procederá, en lugar de a una toma de conciencia, a especulaciones tendentes a la construcción de un poder corrompido.

Nueva alusión a la lucha espiritual de Pio XII contra el comunismo. Indicación de la fuerza del cristianismo y de la palabra del papa, más poderosa que cualquier arma. *Morirá quien se crea inmortal:* nueva referencia al comunismo, a su poder de seducción de las masas esclavizadas, a los países satélites de la URSS y a la penetración comunista en el mundo. *El señor del desierto* es, quizá, Stalin. Roma (la Iglesia, debe de querer decir el profeta) no se someterá a los colores de nadie, suceda lo que suceda.

Hoy es el día de la muerte del santo. No conocerá los altares, porque es santo entre los santos quien obra con humildad y reza en silencio.

¡Oh, amada Asis, que viste su pasado, y tú, Emilia, que le acunaste, y tú, Israel, que le diste refugio!

Esta noche, siete rosarios. El convento será destruido y habrá flores rojas sobre las tumbas profanadas.

El mundo no hablará jamás de él.

La Madre olvida su corazón latino y su corazón oriental. Y en las prisiones, sangre para el que cree.

Madre, ¿por qué callas?

Toda la primera parte de esta profecía habla de un santo desconocido del que nadie sabrá nunca nada, pero a cuya grandeza parece rendir homenaje

el profeta. Nació en Emilia, vivió en Asís y se refugió en Tierra Santa. Su muerte coincidió con vandálicos actos de terror que no puedo determinar por falta absoluta de datos.

La segunda parte apunta a las persecuciones de cristianos en América Latina, posiblemente en España y con toda seguridad en los países soviéticos. Se habla con claridad de la Iglesia del silencio, pero también del silencio de la Iglesia ante tales hechos.

Más tarde será Padre el inesperado, hijo de las aguas y los campos.

Yo no le veo. Temo por él y por su tiempo. Y por la Madre. Caminará entre gentes divididas, decididas a despojar al Redentor de su túnica, Gritará en su corazón y hablará con dulzura. Le creerán. La lucha será dura.

Y hallará en los escritos del Padre muerto el designio de convocar a los pastores y hablar al rebaño. Osará hacer lo nunca hecho. Se equivocaré, pero será para bien.

Querrá conocer el mundo y que los humildes le conozcan en persona. De ello surgirá el escándalo pero todos comprenderán.

Sus cartas permanecerán.

Morirá lejos de los pastores, antes de llamarles a su lado.

Ocultarán sus escritos, los robarán. De él apenas se dirá nada.

*Pero el día en que por la niebla será herido
el Padre que le sucederá, se oirá su voz salien-
do de la tumba.*

*El Padre muerto romperá el séptimo sello.
Pido perdón por él.*

Aquí anuncia el papa Juan, a veces demasiado claramente, su advenimiento, su elección como pontífice. Habla de duras luchas y de divisiones en la Iglesia, y se refiere a sus propias encíclicas. Al hablar del Concilio, afirma haber hallado el proyecto inicial en los documentos de su predecesor. Admite algunos errores, pero dice que los cometerá por una noble causa. El escándalo se deberá sin duda a los insólitos métodos de este papa, que recibirá a personalidades del mundo protestante e incluso a ateos. Pero lo hace para que los fieles vean el mundo a través de ojos tan limpios como los suyos. Las cartas a las que se refiere el profeta son seguramente las encíclicas, destinadas a permanecer en la historia de la Iglesia y de la Humanidad.

La profecía de su muerte es escalofriante: a la mitad exacta del Concilio, cuya primera sesión clausuró antes de fallecer.

Después de su muerte, fueron robados documentos que le concernían y ocultados algunos de sus actos. Sabemos de él, pues, menos de lo que deberíamos.

La última parte anuncia la proclamación de algunas verdades y afirma que la voz del papa se oirá desde la tumba: se presupone, por tanto, el testimonio de alguien o el hallazgo de documentos sustraídos, que tendrán lugar después de que su sucesor sea herido. No queda claro si el sucesor será herido hallándose en la niebla (Pablo VI llegó procedente de Milán,

ciudad en la que es frecuente dicho fenómeno meteorológico) o por la niebla.

Algo clamoroso, un acto de violencia contra el papa, acaso un rayo, algo clamoroso en todo caso, hará que se conozcan cosas importantes e inéditas acerca de Juan XXIII. He reflexionado sobre estas profecías y opino que se dirigen a algo relacionado con el gobierno de la Iglesia, mantenido actualmente en secreto. La alusión al *séptimo sello* evoca el Apocalipsis de san Juan o encierra una referencia al nombre del papa. Podría tratarse asimismo de una rendición de cuentas debida al clamor de ciertas verdades. La profecía se cierra con un rasgo de humildad, al pedir el profeta perdón para sí. Es posible que ignorase que hablaba de él mismo; vemos, en efecto, que al principio dice: *yo no le veo*.

¡Oh torturado elegido en el tormento, Padre viudo cuyo secreto conoce María! Callará en nombre de su fe.

Pagas aún el estipendio de París. Rechazar la tentación del Panteón, de sus muertos y de sus vivos.

Aun viajando te quedarás en el trono. No podrás levantarte de él, te enfrentarás a las gentes. No te comprenderán y se enfrentarán a ti. Tú callarás. Queman los pastos y tú callas cuando matan a tus pastores.

Babilonia tiene demasiadas lenguas. Has roto la cadena y lo sabes, lo sabrás mientras vivas. Lenguas distintas para el sacramento y lenguas distintas para la palabra. Hoy está extrañada.

Has eliminado el exorcismo del sacramento y has visto el rostro de Satán. No basta con hablar.

Tú que vienes de la niebla serás herido. No has sabido elegir, amonestar, atreverte, rezar. Has visto demasiado y no has querido contar nada. La Iglesia tiembla y tus cartas la sacuden en vano.

Los mejores hijos se alejan y se hacen siervos del mal al que llaman bien. Y los que permanecen a tu lado caen en el olvido.

Tendrás un día de paz, sólo uno. Luego deberás someterte al pacto. La niebla.

La profecía, muy oscura, concierne a Pablo VI, sucesor de Juan XXIII. El profeta emplea un lenguaje duro, cargado de piedad y amargas constataciones, incitaciones e incluso renunciaciones. El papa es calificado de *viudo*. La María a quien se cita no es, con toda seguridad, la Virgen, sino una mujer que está en posesión de un secreto. Se dice, en efecto, que *callará en nombre de su fe*, lo cual no es atribuible a la Virgen. En cuanto al *estipendio de París*, que el papa estaría pagando todavía, la oscuridad es total. El Panteón es citado aquí como sepultura del rey de Italia. De los muertos y los vivos saldría la tentación, aunque no podemos saber de cuál se trata ni qué relación es la existente entre el papa Montini y la casa de Saboya.

El fragmento siguiente se refiere a los afanes, los penosos viajes y las angustias de este atormentado pontífice. Aun alejándose del trono, permanecerá en él. Es decir, no olvidará en ningún momento sus dudas ni sus temores. Sigue una alusión a sus silencios y a sus dudas. Y a las persecuciones y torturas de ministros de Dios bajo regímenes anticristianos. Con toda seguridad, la siguiente profecía trata bien de la Misa, de la que se ha suprimido el latín, bien de la

división de las lenguas y la confusión creada entre los cristianos por cierta política eclesiástica. Pablo VI ha hablado del demonio en otras ocasiones: hallamos aquí una alusión al exorcismo, pero se dice también que éste ha sido suprimido del testamento por el mismo papa. *No basta con hablar.* He aquí una exhortación a combatir de modo efectivo al demonio. Nueva referencia a la niebla y al hecho de que el papa será herido. ¿Es acaso el atentado que ya sufrió? Creo que se trata más bien de algo más grave que sucederá en el futuro. Nuevas observaciones sobre una política pontificia que el profeta tacha de indecisa. Las amonestaciones que hace son ásperas y duras.

Finalmente, la promesa de un día de paz y la cita de un incomprensible *pacto* al que debería someterse el papa. Y otra escalofriante alusión a *la niebla*.

Bendito, bendito, bendito seas.

Serán los jóvenes quienes te aclamarán como nuevo Padre de una Madre sonriente. Los hijos de los santos de Milán. Dieciséis te contarán. Te tendrán las manos en alto.

La Virgen María al lado. La Virgen María sacrificada. En sus palabras hallarás la senda. Bendito, bendito, bendito seas. Serás el padre de todos. El camino será difícil al principio. Difícil será caminar por Roma en días de sangre, disipar las nieblas y limpiar los sepulcros.

Dar un nombre sagrado a las cosas sagradas y un nombre profano a las profanas. Recibirás en tu casa a un santo descalzo. Y harás esperar a los poderosos, que te rezarán sin armas en la mano.

El santo hablará también para ti en cada rincón del mundo y he aquí que te cubrirán las blancas flores de toda la tierra.

Tuyo será el viaje del valor, el gran desafío lanzado al mundo y a su inmundo príncipe.

Opondrás legiones a quien lance soldados contra ti. Y nunca romperás tu palabra.

Y te descalzarás, y caminarás con el santo descalzo. Cuando divulgues la palabra de María Santísima se cerrará tu única herida. La Madre de la Iglesia será Madre del mundo. Angel te llamarán. Bendito seas.

Se anuncia con alborozo al sucesor de Pablo VI porque, como da a entender la profecía, su venida será anuncio de grandes maravillas para el mundo y de triunfos y alegrías para la Iglesia. La exclamación inicial, repetida en otros pasajes de la profecía, podría tomarse como una indicación del nombre del nuevo pontífice (Benedicto). Pero hacia el final se dice: *Angel te llamarán*. Es otra posible indicación del nombre y al mismo tiempo puede ser un elogio del pontífice. Se vuelve a hablar de los hijos de los santos de Milán, que no he podido identificar, del mismo modo que no puedo desentrañar la frase *dieciséis te contarán* y otras muchas que se refieren, seguidamente, a acciones muy concretas del papa.

El pontífice hallará dificultades, inicialmente; se habla incluso de días de sangre en Roma. Pero tendrá al lado a María Santísima, ya *sacrificada*. Cabe pensar que, bajo este pontificado, María será la piedra angular de una gran transformación, de tal modo que la Virgen, Madre de la Iglesia, se convertirá en Madre del mundo.

El papa tendrá poder e influencia sobre todos, en especial sobre los poderosos. Sabrá luchar y vencer con las armas propias del cristianismo. No retrocederá jamás y alcanzará el triunfo de las flores y de las

adhesiones: las flores son quizá nuevos católicos o un incremento de las vocaciones o conversiones.

Parece muy singular el vínculo entre este papa con un santo *descalzo*, que predicará también para él y a cuyo lado, descalzándose a su vez, caminará. Puede tratarse de una referencia a algunos peregrinajes, o acaso más sencillamente a un regreso a la humildad, a la humildad de la Iglesia, incluso en el respeto y la obediencia de la tradición. Un papa sencillo, *descalzo*, que habrá combatir *al mundo y a su inmundo príncipe*, Satán.

Dos hermanos, ninguno de los cuales será Padre verdadero. La Madre enviudará.

Los hermanos de Oriente y Occidente se matarán y en la lucha matarán a sus hijos.

El santo descalzo bajará entonces de la montaña y ante la tumba del descalzo bendecido por la Santísima Virgen hará que se estremezca el reino.

Escuchad sus palabras.

Santa María, hija y madre de Dios, señora del futuro, llama a tus hijos que están por los campos para que se unan a fin de destruir las dos Babilonias.

Y sea una la Madre, como única eres tú.

La tierra destruirá el cemento y tu nueva Iglesia será de tierra, oh Reina. Y en su nuevo altar de la tierra florecerá el trigo para el hambre de tus pueblos. Amén.

Sin duda se habla de un cisma, de una profunda división en la Iglesia, subsiguiente a la muerte del papa descalzo. Se trata quizá del advenimiento de un antipapa, o de otra confrontación; en todo caso, dice el profeta, no habrá un verdadero pontífice durante este período de sufrimientos. Tendrá lugar una pugna interna que convulsionará a los fieles, que resultarán muertos. Mas he aquí nuevamente al *santo descalzo*. Vendrá y hablará. Otra invocación a la Virgen, para que los fieles del campo destruyan las dos Babilonias: una llamada a los fieles auténticos contra dos falsas expresiones de la Iglesia; un período de lucha moral, provocado acaso por interferencias políticas, por subversiones sociales. El campo vencerá y destruirá el cemento. Cabe pensar en una recuperación de los antiguos valores, que abatirán el falso modernismo, el falso progreso, la explotación del hombre encerrado en las grandes urbes y encadenado a falsas necesidades.

Será una lucha dura, dirigida o acaso sólo predicada por el santo descalzo, pero al fin serán derrotadas las dos Babilonias: dos centros anticristianos y antihumanísticos de poder.

Finalmente, la Iglesia superará las divisiones y volverá a ser una gracias a la fuerza que emana de la Virgen, invocada en la profecía, puesta como ejemplo y adorada con humildad. Es posible que en este punto la profecía amplíe su alcance a un abrazo de todos los cristianos, incluyendo a los hermanos separados. La profecía dice que la nueva Iglesia será de tierra: puede interpretarse que será constituida por hombres nuevos, vinculados a antiguas tradiciones anticonservadoras, campesinos quizás. En cualquier caso, hombres humildes y sencillos. Al término de las dificultades, la Iglesia conocerá un tiempo de abun-

dancia en la cosecha apostólica, en las vocaciones, en los lazos con el pueblo. El grano sería el símbolo de todo ello; aquí se habla de él en forma de flor depositada sobre el nuevo altar erigido en honor de la Virgen.

Tu reinado será breve y grande, Padre. Será breve mas te llevará lejos, a la remota tierra donde naciste y serás enterrado.

En Roma no querrán darte sepultura.

Y antes de que seas inhumado habrá otro Padre, lejos, que rezará por ti, por las heridas de la Madre.

Mikail y Juan bajarán a la tierra.

Se abrirán las urnas en las criptas de debajo del tesoro y se descubrirán los pasos del primer hombre.

El gran hermano de Oriente hará temblar al mundo desde la cruz invertida sin lirios.

El nuevo Padre le acometerá pero dejará huérfana a la Madre.

Mas antes de sus palabras de ciencia verdadera, el secreto del arma que destruye las armas. Vendrá entonces un tiempo de paz y el nombre de Alberto se inscribirá en la lápida.

Más sufrimientos para la Iglesia, con un pontífice que reinará por poco tiempo y que se alejará de Roma, hacia la tierra que le vio nacer. Seguramente se trata de un papa extranjero, incluso de un traslado de sede, un cambio del centro de la Cristiandad. También esta imagen es posible.

El cuerpo del nuevo papa no será devuelto a Roma, donde será elegido un nuevo pontífice antes que reciba sepultura el anterior. Esta pena dejará hondas heridas en el cuerpo de la Iglesia. *Mikail y Juan bajarán a la tierra*. La frase ofrece una difícil interpretación: en el texto, el nombre de Mikail aparece escrito exactamente así. Podría tratarse del arcángel san Gabriel y encerrar con ello una referencia a un castigo divino, considerando además que inmediatamente después se habla de Juan, que podría venir a anunciar la paz. Pero los dos nombres podrían ser igualmente los de los dos pontífices que se anuncian.

En tal período, bajo el suelo de San Pedro, es decir, bajo el *tesoro*, se abrirán lugares secretos o se realizarán descubrimientos, *se descubrirán los pasos del primer hombre*. Ello puede significar que se descubrirá algo importante acerca del primer pontífice romano, san Pedro. O, más aún, que se llegará a un importantísimo descubrimiento científico, llamado a explicar los orígenes de la Humanidad, dando una interpretación racional a cuanto se dice en las Escrituras.

No será un tiempo fácil: se anuncia un dictador en Oriente, que hará temblar al mundo. La cruz invertida y sin lirios puede simbolizar el mundo, que ha perdido la fe y la pureza, pero también el personaje en cuestión. La cruz invertida puede referirse asimismo al Anticristo de casi todas las profecías.

El papa acometerá a este personaje, para conver-

tirle o para impedir una guerra. Pero morirá en el intento y dejará huérfana a la Madre, la Iglesia. Sin embargo, hará importantes revelaciones antes de expirar; revelaciones trascendentales en el terreno científico, capaces de conducir a la destrucción de las armas y al establecimiento de la paz en el mundo. Posiblemente, el papa será un científico, o descubrirá antiguos secretos que darán increíbles resultados al ser aplicados a su época. Seguirá una etapa de paz, gracias a este papa, que se llamaría Alberto. A no ser que este nombre tenga que ver con su descubrimiento, con alguien del pasado o con alguien vinculado a su figura.

La larga paz hará olvidar los errores del pasado. Hará olvidar al hermano mayor crucificado cabeza abajo. Y habrá guerra en el interior de la Madre. Y los rebaños se dispersarán. Alguien llamará entonces a la sangre y será escuchado. Desgraciado aquel que haya lanzado el grito, porque suya será la primera sangre que corra.

La media luna, la estrella y la cruz se enfrentarán. Alguien mantendrá en alto la cruz negra. Del valle del Príncipe vendrán los jinetes ciegos.

Tras ellos, los cuervos del hambre, la escasez y la peste.

¿Hacia dónde creéis huir, ahora que habéis destruido las iglesias y matado al último Padre?

Esperad el signo de Juan. El cordero está dispuesto. Persignaos siete veces con mano fatigada y esperad. La luz viene todavía de Occidente.

El dictador de Oriente será muerto —*crucificado cabeza abajo*— y de ello se derivarán largos años de paz. Pero el hombre se cansará de la paz, no sabrá apreciar su valor: surgirán nuevas disputas en el seno de la Iglesia, causando la dispersión de los fieles, luchas e incluso cismas. Se llegará a la violencia, posiblemente con el nacimiento de un antipapa o el advenimiento de un falso profeta que logrará seducir y engañar a muchos fieles. Pero la primera sangre derramada será la de aquellos que hayan provocado esta guerra: en efecto, cabe pensar en una guerra como consecuencia de tales acontecimientos.

La media luna, la estrella y la cruz se enfrentarán. Una gran guerra de religión, en la que tomarán parte musulmanes, hebreos y cristianos. Puede tratarse asimismo del contenido simbólico de estas referencias, que sin embargo son muy claras, de lo cual se infiere que la lucha se planteará en términos distintos a los que hoy conocemos.

Alguien mantendrá en alto la cruz negra. Las fuerzas del mal, las armas del Anticristo en acción, en el centro de la gran contienda, que acaso haya originado. Del valle de Satán (el Príncipe) vendrán sus secuaces y las fuerzas del mal se desencadenarán sin trabas: en efecto, los jinetes ciegos están bien perfilados en la escuela esotérica como las fuerzas de la antitradición y la contrainiciación.

Tras la lucha y la violencia, las otras calamidades: el hambre, la escasez, la peste. En este punto, la invocación del profeta adquiere tintes dramáticos: ningún cristiano podrá salvarse, porque los templos han sido derruidos y el último papa ha sido muerto. Debe ser, necesariamente, el último en el orden cronológico, más que el último en sentido absoluto, aunque la cuestión deja un margen de duda. De hecho, como

podremos leer en otras profecías, las últimas, relativas a la Iglesia, el momento del fin está muy próximo. Por de pronto, en éstas se anuncia ya la llegada del signo de san Juan, que cierra el Apocalipsis. La profecía concluye con la esperanza de una luz que viene de Occidente; sus posibles significados son demasiados para permitir una interpretación correcta.

Antes de la última luz, los pastores reconocerán el signo. Y la Madre tendrá muchos Padres, y todos ellos serán hermanos.

De las aguas y de las tierras nacerán catedrales y templos para antiguos y nuevos santos de nombre eterno. Pero ya ha llegado la hora de los santos.

Todos hablarán la misma lengua.

Y la hablarán para rezar a la Virgen y al Salvador. Llega a la tierra el Reino de Dios, se erige su ciudad incluso para quien no la deseó.

El primer sol ilumina la balanza de lo creado.

Abrid vuestro corazón al lirio. La voz será potente, la anunciarán las trompetas.

Luz de Occidente, última luz anterior a la luz eterna y desconocida. La verdad será más simple que lo que todos hayan dicho o escrito.

Será un juicio benévolo.

Padre nuestro, que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Veinte siglos más la edad del Salvador. Amén.

Con estas frases terminan las profecías relativas a la Iglesia. Se refieren claramente al Juicio Final, visto a la luz de una gran esperanza, una gran bondad y una gran fe. Después de muchos padecimientos, los hombres habrán comprendido. Y por fin habrá muchos papas (Padres), o más bien no habrá ninguno, porque la Ciudad de Dios habrá sido edificada en la tierra y todos serán hermanos. Se levantarán nuevos templos y habrá nuevos santos. *Pero ya ha llegado la hora de los santos*, dice el profeta, dando a entender que, de acuerdo con el Juicio Final y siguiendo el pacto divino, todos los buenos serán santos. La Humanidad conocería una sola lengua, incluso una sola fe. El significado del pasaje es múltiple. En cualquier caso, esta *lengua* será empleada para rezar y proclamar la grandeza de la Virgen María, cuya intervención habrá resultado determinante de la salvación de la Iglesia, su triunfo y la recuperación de la verdadera fe por parte de los hombres.

La balanza de lo creado debe de simbolizar el juicio. El resto de la profecía es tranquilizador y explica que la verdad que descubriremos al final será más simple que cuanto hayan intentado explicar los hombres, a lo largo de los siglos, con demasiadas palabras y en demasiados libros. El profeta entiende que la verdad reside en la propia fe. *Será un juicio benévolo*, dice, con una frase simple, tranquilizadora y llena de amor.

Y la última frase de la profecía establece con cla-

ridad la fecha en que todo ello deberá producirse: *veinte siglos más la edad del Salvador*. A menos que haya en ello significados ocultos, cosa que no creo, el día del juicio debería situarse en el año 2033 después de Cristo.

¡Oh, Italia, tú que creíste en la falsa libertad del setenta y nunca has conocido la verdadera libertad!

Tú que has parido de tus entrañas los males del siglo, nacidos en la ciudad del primer edicto.

Has tenido falsos reyes, hijos de no reyes, y no has sabido matarlos mientras te mataban.

Hoy, tu rey hijo de un no rey es la sombra del disfraz que grita. Simulará la paz en Munich, pero habrá vertido sangre en España.

Y tiene como hermano, padre y señor al hijo de la Bestia. Se exhuman los dioses de los paganos negros, las águilas y los cantos de la muerte.

Nunca hubo libertad, no hay libertad, No es libre quien cree oponer a la fe una falsa ciencia o a lo divino un orgullo inmaduro.

Hoy, quienes ejercen la opresión son los hijos de este orgullo, oprimidos en el interior de los confines. Y todos son enemigos.

Y tú, nuevo zar a quien el padrecito maldijo, estrechas la mano del dictador negro. Miras el mar. La sangre lo enrojecerá.

Con esta profecía comienzan los anuncios de Angelo Roncalli sobre la política, la guerra y la paz. El profeta habla primeramente de Italia, fijando el inicio de sus males en la toma de la Puerta Pia, presentada como ilusión de una libertad que en realidad era falsa. El profeta atribuye a Italia el surgimiento de los males de nuestro tiempo, nacidos en una de sus ciudades, la del primer edicto. Hay que pensar en Milán, donde fue promulgado el primer edicto relacionado con la Iglesia, el edicto de Constantino. Y en Milán, efectivamente, se originó el fascismo. No sabría decir en qué consisten los otros males, aunque Milán haya sido el escenario de los avances del capitalismo y del socialismo.

El profeta califica de falsos a los reyes italianos, *hijos de no reyes*: de hecho, no es la suya la primera voz que sostiene la tesis de que la dinastía de Saboya conoció conflictos sucesorios y sustituciones de herederos. Pero es posible que la acusación se dirija a los monarcas italianos en general, considerados incapaces de reinar. Afirma el profeta que el pueblo no supo matarles mientras mataban a su país. El rey al cual se refiere es con seguridad Víctor Manuel III, *sombra del disfraz que grita*. Con ello se alude seguramente a Mussolini. Poco después se habla de la grotesca reunión de Munich, en la que el Duce adoptó actitudes de mediación y de pacifismo, cuando ya se gestaba la guerra. El hijo de la Bestia es sin duda alguna Adolfo Hitler. Se le menciona primero como hermano de Mussolini, después como su padre y finalmente como su señor. No podría darse una caracteri-

zación más exacta. Y para ambos se habla de la guerra de España. Y para ambos, además, hay referencias a las águilas, a los cantos de muerte y sobre todo a los dioses paganos negros, desenterrados por el nazismo y remedados por el fascismo. El culto de la sangre de la raza y del superhombre.

Poco después afirma el profeta que si no hay libertad en esta época tampoco la hubo antes y que acaso sean éstos los resultados de la estupidez de los hombres, que han opuesto la ciencia a la fe y el orgullo a la divinidad. Hitler y Mussolini son, así, hijos de tales errores.

La profecía termina aludiendo a Stalin. El *padrecito* que dejó hechas afirmaciones duramente negativas acerca de Stalin es Lenin. Y el texto se refiere al pacto de la Unión Soviética con la Alemania nazi. Stalin lo firmó con miras expansionistas, pero tuvo como consecuencia el baño de sangre de una guerra terrible.

Unidos en el orgullo de la victoria, de la venganza, y en la trama expansionista, os dividiréis y se desmoronará vuestra sociedad de naciones.

El privilegio no puede traer la concordia al mundo, ni la traerán tampoco las invasiones, ni la división de la sangre y de la fe. Hijos del demonio de Lutero.

Los estados del futuro no se contaban entre vosotros. Los ignorabais y menospreciabais. Hoy son esclavos, pero mañana serán señores radiantes.

Danzig, herida de Europa, flagelo del mundo. Dividir el mundo significa dividir y herir, golpear.

Avanza el hijo de la Bestia, parido un año en el secreto.

Sufren, allende los Urales, los eternos esclavos dóciles, hijos de Dios y de la Gran Madre Santa.

Mueren a millones, en silencio; apenas si se hablará de ello.

Los muertos no hablan.

El nuevo zar da muerte a los verdaderos hijos del padrecito. Tiene ojos de lobo. Pero los lobos están en la frontera.

¿Por qué calla el aviador de ojos de acero, que sabe porque le fue dicho?

¿Por qué huye en silencio?

Hay demasiado orgullo en la tierra de los ángeles. El mundo está seguro de seguir sonriendo. Y los ricos juegan con los cachorros, fingiendo ignorar que son los tres lobos de los errores de mundo.

El pasaje inicial es una severa advertencia, una profecía precisa que concierne a la Sociedad de Naciones, cuyos errores son la causa principal de la situación que ha conducido a la exacerbación de los nacionalismos y al nacimiento de estados autoritarios en Europa. La acusación se dirige especialmente a los estados capitalistas protestantes, hijos del demonio de Lutero: los Estados Unidos e Inglaterra. Esta última oye una acusación de colonialismo y explotación de otros pueblos. En la profecía se afirma que los estados del futuro, los que darán nueva luz al mundo, son los que hoy se ven colonizados, vilipendiados y esclavizados.

Y he aquí una profecía sobre la segunda guerra mundial: se cita el nombre de Danzig. La frase inmediata se refiere sin más a los manejos diplomáticos que, intentando un reparto del mundo, condujeron a una división que se convirtió en herida, la herida de la guerra.

Y otra vez Hitler, en pleno avance. Resulta mis-

teriosa la frase *parido un año en el secreto*. No logro hallarle una explicación convincente, aunque las posibles referencias van desde las pretendidas dotes mágicas de Hitler al hecho de que él fuera el producto de una voluntad superior consagrada al mal.

Se habla otra vez de Rusia, con palabras de piedad para su pueblo, que el profeta afirma esclavizado, y de millones de muertes ocurridas antes de la guerra y tenidas en secreto. *Apenas si se hablará de ello*: se ha sabido de las persecuciones estalinistas, pero cabe pensar que fueron más crueles de lo que sabemos y que nunca se harán nuevas revelaciones al respecto. Y otra vez Stalin y sus crímenes, de los que fueron víctimas sus enemigos del partido, los *verdaderos hijos de Lenin*.

El aviador puede ser Lindbergh: está en posesión de un secreto y calla. Se aleja en silencio. Lamentablemente, no sabemos nada acerca de dicho secreto. Y el aviador, que debió de ser él, ya no está entre nosotros.

La tierra de los ángeles debe de ser Inglaterra (*Angleterre*); dice el profeta que hay demasiado orgullo en ello. *El mundo está seguro de seguir sonriendo*: frase que da la exacta medida de la inconciencia general ante los dramas que están a punto de estallar, de la irresponsabilidad de algunos de los poderosos, que se entregan a una partida en la que está en juego —cosa que ellos pretenden ignorar— la suerte de la Humanidad. El pasaje contiene una severa acusación contra los dententadores del poder económico, que juegan con el peligro, movidos por sus afanes especulativos. De un examen de las manifestaciones del profeta realizado desde otros puntos de vista se infiere que los tres males del mundo son el capitalismo, el nazismo y el socialismo.

Grandes saqueos. Se llevan falsas coronas a vastas tierras, se dan reyes y jefes esclavos a pueblos civilizados, en nombre de la nada engendrada por el mal.

Quien podría actuar no se mueve, esperando salvarse o cobrar su parte del botín.

En los laboratorios se preparan armas desconocidas. Italia les sirve de forja.

Italia, que graba en el falso mármol lo que no lleva en el corazón. Sus hombres son estatuas que no piensan.

La guerra deseada. La guerra de todos, guerra sin fronteras. El hijo de la Bestia desata las fieras.

Y Europa se derrumba como una estatua de barro.

El mar mata desde dentro del agua y el cielo escupe fuego. Mueren los inocentes en sus casas.

Y los hijos de Israel conocen la aflicción allí donde llegan las botas y los clavos. Ovejas para el dolor y la muerte impalpable. Los matarifes saben, y mentirán en Nuremberg.

Buscad siempre a los matarifes, aun cuando les creáis muertos. Buscadles dondequiera conviva el poder con el terror. Buscadles en las casas de quienes se enriquecieron con la guerra.

No para vengaros, sino para impedir que ellos y sus hijos vuelvan a invadir el mundo con su simulacro de palabra y de caudillo.

De Italia no se dirá nada, pero sus hombres son cómplices.

El hijo de la Bestia lleva la gran arma en el corazón.

La guerra y sus execrables matanzas son el núcleo de esta parte de la profecía, que en su comienzo predice el advenimiento de falsos reyes y gobiernos de paja, impuestos a la fuerza por los gobiernos nazi y fascista. Y hallamos una acusación contra los gobiernos que pudieron impedir tales abusos y no lo hicieron, esperando obtener ventajas de ellos.

Primera alusión a las terribles armas atómicas, con la mención del nombre de Italia, donde viven los científicos que las crearán. Y otra alusión a Italia, a la degradación de su pensamiento, a la falsedad de su ideología y a la nulidad de la época que vive. Y la guerra: *la guerra de todos, guerra sin fronteras*. Bombardeos, ocupaciones, persecución de las minorías, saqueos, devastación: una realidad que hace que la guerra cruce las fronteras y se desarrolle de casa en casa, matando, además de a los soldados, a la población civil, a las mujeres, a los niños. Europa se derrumba ante la acometida hitleriana: camina, a

punto de desmoronarse como una estatua de barro. Detectamos alusiones a la guerra submarina y a los bombardeos.

Ovejas: la palabra nos habla de las persecuciones de judíos, los campos de concentración, el genocidio. Luego, la acusación: *los matarifes saben, y mentirán en Nuremberg*. Y una exhortación a la búsqueda de los carniceros, muchos de los cuales viven aunque les demos por muertos: viven en países donde reina todavía el terror, protegidos por quienes se enriquecieron con la guerra y los crímenes de los propios verdugos. El profeta precisa cristianamente que no hay que buscarles para cobrar venganza, sino para evitar que ellos y sus discípulos (*hijos*) puedan reaparecer ante el mundo con otro rostro y otras palabras o con otro caudillo. Serán los mismos de siempre, pese a todo. Existen todavía, pues, muchos criminales nazis que sobrevivieron a la derrota y siguen conspirando; quizás están ya actuando, ocultos tras títeres, en el escenario del mundo.

También Italia es responsable de los crímenes más nefandos cometidos durante la guerra, afirma el profeta: hay todavía muchos cómplices entre nosotros, protegidos por pactos de silencio.

El hijo de la Bestia lleva la gran arma en el corazón: la frase contiene quizás una referencia al arma total de la que habló Hitler y que acaso existió realmente. O bien encierra un segundo significado, relativo a la voluntad de Hitler, que no he logrado desentrañar.

El que cae del cielo de Africa con el ala herida sabía, y podía actuar. Por eso fue muerto.

Su esposa secreta conserva las cartas de la traición. Saldrán a la luz cuando ella muera y entonces se descubrirá que quien parecía un cordero es un lobo.

El que encendió tres cirios en la noche santa se salvó. ¿Quién lo sabía?

El nuevo zar ha cometido una traición, creyéndose derrotado. Ha matado a los suyos antes que fueran aplastados por los clavos. Por culpa de su cobardía caerán millones de hombres, pero su cuerpo reverenciado será retirado del sagrario,

La tierra de los ángeles llora y su caudillo va a cometer una traición. Un día se conocerán otras cartas, cuando se descubra el secreto del amigo del hijo de la Bestia, que volará de noche hacia la tierra de los ángeles.

La tierra celeste está invadida y dividida. Pero interviene el más grande de todos, que un día será llamado padre y dará amor a su magno

pueblo. Tiene tres enemigos: los abatirá uno tras otro.

El primer enemigo, el amarillo, ha herido a los hijos de Lutero, desnudos en el agua. El segundo está en su tierra y tiene aliados poderosos. El tercero es el nuevo zar que ha ordenado darle muerte.

Pese a incluir referencias precisas y citar a personajes fácilmente identificables, esta parte de las profecías nos enfrenta a una serie de *misterios* relativos a hechos ya acaecidos que nos hace pensar en una historia secreta que acaso se sepa algún día.

El primer hecho referido concierne a Italo Balbo, caído en Africa: fue abatido (*con el ala herida*) por armas italianas, y se cree que fue muerto obedeciendo órdenes muy concretas. La profecía dice que Balbo *sabía, y podía actuar*. Desconocemos qué era lo que sabía, pero el texto habla de unas cartas en poder de su esposa secreta, para cuya identificación no se nos da pista alguna; tales cartas, que aparecerán tras la muerte de esta mujer —presumiblemente viva, por lo tanto—, constituyen documentos que desmascararán a ciertos personajes reputados actualmente como buenos y justos pero en realidad condenables por traidores.

Las dos frases siguientes son muy misteriosas. No he conseguido descifrarlas ni hallar su posible relación con el resto de la profecía, que sigue hablando de Stalin, al que presenta como un ser vil que dispuso la muerte de los suyos antes que millones de soviéticos cayeran ante las armas nazis y fascistas. Muchas de tales muertes se debieron, según el profeta, a la cobardía del dictador soviético, acerca del cual la profecía dice lo que ya sabemos por haberse

cumplido. En efecto, el cadáver de Stalin fue retirado del Mausoleo de Lenin tras la presentación del informe de Kruschev al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Otra vez Inglaterra, que en este período se ve sometida a una dura prueba. *Su caudillo va a cometer una traición. Un día se conocerán otras cartas*. Clara alusión a Churchill. Tales documentos saldrán a la luz cuando sea revelado el secreto de Hess, presentado aquí como el amigo de Hitler que fue a Londres en vuelo nocturno. La historia, afirma el profeta, debe descubriarnos todavía muchos secretos, todos ellos relacionados entre sí, según parece. Hay que pensar en una serie de traiciones cometidas en Inglaterra, en la Unión Soviética y en Italia (no cabe otra explicación para lo que se dice del asesinato de Balbo). Y en una serie de documentos hoy todavía guardados en secreto pero que aparecerán en su día y darán una versión más clara de este terrible período, poniendo al descubierto las graves responsabilidades de personas que actualmente parecen del lado de la justicia.

La última parte de la profecía hace referencia, sin duda, a China, la *tierra celeste*. Se habla de su división interna, de la lucha por el poder y de la invasión japonesa. *Pero interviene el más grande de todos*, dice el profeta. Se trata, evidentemente, de Mao Tse-tung, que un día —sigue diciendo el texto— será grande y colmará de amor a su pueblo. Antes habrá derrotado a sus tres enemigos.

El primer enemigo son los japoneses, que han asestado un duro golpe a los Estados Unidos, *hijos de Lutero*, con el ataque a Pearl Harbour. El segundo es el mariscal Chang Kai-chek. El tercero es Stalin. En la profecía se afirma que dio órdenes de asesinar a Mao.

Europa está en flor.

Francia tiene dos jefes, mas es grande el del desierto. Debe secreto agradecimiento al general de España.

Se lucha, pero descienden de las montañas flores rojas y blancas. Europa, éstos son tus mejores hijos, que un día serán traicionados.

Porque los jefes que crearán abatir seguirán en el poder, serán los mismos de siempre.

Abatirán a los íteres del dinero, no a sus dueños. Y se dejarán seducir por el nuevo zar, que vence a pesar de la traición y gracias al ardor de su llama roja.

Los hijos de Lutero, en Europa. Guerra de armas, guerra de pasiones. Los jóvenes de la montaña tienen nuevas banderas que los poderosos desgarrarán con mentiras.

Alerta: los hijos de Lutero y los del nuevo zar quieren un mundo desangrado con el que ce-

lebrar un último banquete. Alza la cruz de Lorena, Francia. Eleva tus cantos, Europa, más fuertes que el estampido de los cañones.

El hijo de la Bestia ha sobrevivido a tres atentados. No al cuarto. Le sirven para matar a quienes odia. Pero le llega su fin. Encerrado en su cubil, abrazado a la mujer de otro. Sobre su muerte, misterio. Mas, atención al último que salió de la madriguera. Será difícil acabar con él y prepara nuevos infortunios para el mundo. Él conoce el verdadero rostro de la Bestia.

La profecía se abre con una frase cargada de esperanza. Habla acto seguido de la Resistencia y de los dos jefes de Francia: el mariscal Pétain y el general De Gaulle; a él debe referirse la frase *mas es grande el del desierto*, ya que la Resistencia francesa se originó en Africa. Respecto de este punto, algo que no queda claro: se dice que De Gaulle *debe secreto agradecimiento* al general de España. De no tratarse de algún general español que no logro identificar, debe aludir a Francisco Franco.

La Resistencia otra vez, simbolizada por las flores rojas y blancas (la esperanza, el entusiasmo) que bajan de las montañas. *Se lucha*, dice luego el profeta. En estos pasajes opone la guerra de los grandes ejércitos, fría, calculada y guiada en uno y otro bando por intereses económicos a menudo inconfesables, a la guerra de la Resistencia, animada por el entusiasmo y el ideal de la libertad. De los partisanos se afirma: *Europa, éstos son tus mejores hijos, que un día serán traicionados. Porque los jefes que crearán abatir seguirán en el poder, serán los mismos de siempre.* En Italia, al igual que en otros países, la realidad de esta profecía tuvo una dolorosa confirmación:

gracias a un juego de poderes, quienes estaban comprometidos con el fascismo terminaron salvándose. La Resistencia fue traicionada y desarmada en el momento decisivo, y volvieron al poder, más o menos amparados en nuevas etiquetas, los principales responsables, aquellos que debieron haber sido derribados por el pueblo. El texto da a entender que entre ellos se contaban los hombres del estado liberal, falsamente democrático, que permitieron en su día la ascensión del fascismo. Lo que tuvo lugar fue una restauración, basada en un pacto rufianesco con los restos del fascismo italiano y otras fuerzas reaccionarias del extranjero, no la implantación de un nuevo orden de libertad. De hecho, prosigue la profecía, *abatirán a los títeres del dinero, no a sus dueños.*

Y aparece de nuevo Stalin, *que vence a pesar de la traición*, gracias al vigor, la abnegación y el valor de los soldados del Ejército Rojo. Muchos se dejarán cautivar por él.

Se habla luego de los americanos, los *hijos de Lutero*, y de su intervención militar en Europa. Vuelve a contraponerse a la guerra de las grandes potencias la rebelión individual de la Resistencia: *los jóvenes de las montañas tienen nuevas banderas que los poderosos desgarrarán con mentiras.* Y se lanza una advertencia referida sin duda al reparto del mundo al que se procedería en Yalta. Atención, dice el profeta: *quieren un mundo desangrado con el que celebrar un último banquete.* Por desgracia, lo tendrán.

Una invocación a Francia, a la cruz de Lorena de Juana de Arco, enarbolada ahora por la Resistencia y De Gaulle, y a Europa entera: *eleva tus cantos, más fuertes que el estampido de los cañones.* Los cantos de la liberación auténtica, aquella que conduce a la liberación del hombre, no a los compromisos que se

establecerían al término de la segunda guerra mundial, con el reparto hecho en Yalta, la negación de la libertad a naciones enteras, la expansión del colonialismo y la dictadura económica sobre gran parte del mundo: la guerra fría y las diversas guerras declaradas en distintos puntos del globo.

El profeta afirma a continuación que Hitler ha sobrevivido a tres atentados de que se dice fue objeto, pero no al cuarto. Como quiera que fueron numerosas las conjuras urdidas contra él, no se sabe a qué atentado puede referirse el texto. Los atentados fingidos habrían servido a Hitler para justificar los asesinatos de hombres notables a los que odiaba o que significaban obstáculos para sus ambiciones.

Según la profecía, el misterio envuelve la muerte de Hitler, aunque describa ya su fin en el interior de su cubil, junto a la mujer de otro. Dicha mujer sería Eva Braun, aunque no sé por qué se habla de ella en tales términos. ¿Acaso es en ella donde radica el misterio, relacionado con otro hombre cuya identidad desconocemos? La profecía deja algunas dudas sin despejar acerca del fin y de la muerte de Hitler. Habla de *misterio* acerca de la *muerte*, pero también de *fin*. Llevar la interpretación más allá resulta muy difícil.

Más escalofriante es, por contra, la llamada de atención que se nos hace a continuación y que debe ponernos en guardia contra quien fue el último en salir de la *madriguera*. Podría tratarse de Martin Bormann pero también de algún personaje más oscuro, de los que rodeaban a Hitler en sus últimos días. Se dice que fueron éstos los últimos en abandonar el búnker de Berlín. Según numerosos testigos, algunos de ellos lucían ornamentos sagrados, vestimentas rituales de una religión antitradicional de la raza

y la sangre que apuntaba, con Hitler, a la instauración del tristemente célebre Nuevo Orden.

Tal o tales personas serán difíciles de exterminar y se ocultarán, contando seguramente con la necesaria protección, para elaborar un proyecto de venganza que acaso se haya iniciado ya y que cobra formas no siempre detectables, o para hallar un cauce en la violencia ejercida por ciertos poderes y ciertas instituciones. El último en salir de la madriguera *conoce el verdadero rostro de la Bestia*, La Bestia, de la que se llama hijo a Hitler, podría ser la del Apocalipsis. Y en los momentos más dramáticos de la vida de la Humanidad podrían entrar en acción, todavía, las fuerzas monstruosas que originaron el nazismo y condujeron al mundo a una espantosa guerra sembrada de genocidios, violencias y crueldades.

Tú, hijo de Lutero, no verás el fin de la destrucción. Y tu sucesor cometerá más crímenes que tú, si ello es aún posible.

La gran arma estallará en Oriente, produciendo llagas eternas. La infame cicatriz no se borrará jamás de la carne del mundo.

La gran arma inutilizable en la guerra se empleará para fundamentar el poder, para amedrentar a quien no se someta a la nueva esclavitud. Pero ningún arma puede detener a quien tiene fe. Y en la tierra celeste se lucha por la libertad. El pequeño zar tiembla al oír la explosión. Quiere detener la insurrección del pueblo de la tierra celeste. No lo conseguirá.

El traidor de la tierra de los ángeles ha perdido las cartas. Un día aparecerán. Ha matado para recuperarlas.

En la tierra de Brahma, una voz desarmada. Es la conciencia del mundo, que nunca morirá, aunque maten su carne.

El disfrazado será colgado por los pies en la ciudad del edicto. Pero nadie sabrá jamás cómo fue muerto. La orden llegó de lejos.

El rey que no fue hijo de rey no regresará a Italia. También será rechazado el hombre que dice ser hijo suyo. Será amarga la noche del chantaje.

¡Oh, Israel, tú que regresas a tu tierra!

Las profecías son de una claridad impresionante y detallan acontecimientos que ya se han producido. Subsisten algunas dudas acerca de ciertas personas, se ofrecen explicaciones de hechos que nos causan perplejidad porque nos escapan y cae sobre muchas figuras la sombra de un gran interrogante.

Se inicia la profecía con el anuncio de la desaparición del presidente Roosevelt, que efectivamente murió antes del final de la guerra. Se habla de él como de un criminal. Luego le llega el turno a Truman, juzgado con mayor dureza si cabe. Se predice con indignación, en frases duramente condenatorias, el lanzamiento de bombas atómicas sobre el Japón. *La infame cicatriz no se borrará jamás de la carne del mundo.* Según se desprende de un estudio atento del texto, las explosiones resultarían inútiles hacia el final de la contienda, pero eficaces, pese a todo, con vistas a un refuerzo del poder político y económico. La bomba atómica es vista como un arma destinada fundamentalmente a sembrar el terror entre quienes se opusieran a una guerra total. Y poco después se alude a China, donde sigue su curso la lucha entre Mao Tse-tung y Chang Kai-shek. También Stalin quedaría aterrorizado por la bomba atómica.

Stalin intenta, una y otra vez, detener la ascensión de Mao Tse-tung —y esto ya es historia— sin

conseguirlo, pese a emplear una gama de recursos que va desde la adulación hasta la amenaza. Pero el pueblo chino tiene ya un caudillo y una ruta.

Se habla otra vez de Churchill, *el traidor de la tierra de los ángeles*: perdería documentos en pos de cuya recuperación cometería crímenes. Un día se conocerá su contenido. Puede tratarse de dos colecciones de cartas, que formarían la correspondencia Churchill-Hitler y sobre todo la mantenida por el *premier* inglés con Mussolini. De ambos epistolarios se sabe muy poco; de hecho, todo lo que se ha dicho acerca de ellos se ha apoyado en meras habladurías. Por lo que a nosotros respecta, los testimonios conocidos son insuficientes.

Hallamos ahora una referencia rebosante de simpatía y entusiasmo por una de las máximas figuras de nuestro tiempo: Gandhi, *conciencia del mundo*. Se anuncia en el texto su muerte en atentado, al tiempo que se afirma lo que hoy ya nos consta plenamente: que su voz inerte no morirá nunca, con la sublime lección de la no violencia.

Y he aquí a Mussolini, *el disfrazado*. Se profetiza el tétrico suceso de la plaza de Loreto, pero el resto del pasaje propone una duda radical: nunca se sabrá quién mató a Mussolini ni por qué. *La orden llegó de lejos*, dice misteriosamente el texto.

Se toca de nuevo el exilio de Víctor Manuel III, cuya condición de hijo de rey niega la profecía. Lo propio sucede con su hijo, Humberto II, el hombre que *dice ser hijo suyo*. ¿No lo era, entonces? Parece apuntar una complicada historia en el seno de la casa de Saboya; de cualquier modo, se anuncia ya el resultado del referéndum: Humberto II *será rechazado*. La frase que viene a continuación plantea una nueva incógnita: ¿qué fue la *noche del chantaje*?

¿Qué ignorados manejos entre bastidores se esconden tras la caída de la monarquía y la marcha de Humberto II? Todo parece indicar la existencia de una extorsión, cuyos detalles ignoramos.

La última frase está dirigida a Israel: se anuncia el regreso de los judíos a la Tierra Prometida y el problemático y exaltado nacimiento del nuevo estado de Israel. Con esta profecía entramos propiamente en los años de la posguerra, aunque el texto ha hecho ya alguna incursión en dicho período.

Hoy se aparece la Virgen

Nadie escucha su palabra porque, como siempre, la dulce señora se presenta a los humildes.

Los humildes pueden escuchar y los humildes saben comprender.

Sólo los humildes saben hallar entre las flores las palabras sencillas, para dar sincero testimonio de ellas.

Santísima Madre Inmaculada, tú que descendes a la tierra entre rosas y hablas para quien no quiere oírte.

Santísima Madre del corazón abierto: no eres una estatua de carne, ni un sueño, ni un miedo, como afirman algunos.

Estás viva para quien está vivo y hablas al mundo eligiendo a los más humildes,

Mas también sabes perdonar.

En este texto se habla de una importante aparición de la Virgen, que haría grandes revelaciones a gentes de humilde condición en palabras no escuchadas, empero, por nadie. Desafortunadamente, es imposible determinar el momento y el lugar de dicha aparición y carecemos de referencias que pudieran conducir a una localización precisa. Además de su valor profético, el texto posee intensidad poética y mantiene, especialmente en su final, el tono sumiso y humilde propio de toda oración mariana.

*Los pueblos jóvenes y vilipendiados explotan.
Se lucha y se vence. En la lejana tierra de Oriente
se luchará durante mucho tiempo y vendrá
una larga paz. Y los hijos de Lutero sucederán
a los hijos de Juana, pero todos serán derrotados.*

*En la tierra celeste hay un único vencedor,
con el pensamiento, la acción y la palabra. Por
él se impondrá en el mundo un nuevo orden
de cosas.*

*Los hijos de Lutero combaten en diversos
puntos del globo.*

*Israel resurge y triunfa. Pero el islam no es
menos grande y la media luna está dividida,*

*La rabia de los esclavistas se desata unánime
ahora que la lejana guerra está perdida.*

*Las grandes armas están en todo el mundo
y son la clave del miedo.*

Europa está dividida. Un pequeño muro, una gran vergüenza.

El pequeño zar muere asesinado en la oscuridad de su cubil. Pero algunos de sus asesinos ya estaban muertos y los demás, en parte, se matarán entre sí.

Buscad en las aguas del Neva.

Occidente civilizado, víctima de la opresión. Ristras de calaveras. Pueblos esclavos. Sois cristianos perseguidos. La Madre del Silencio no muere.

Quien perdió la guerra la gana hoy.

En la tierra de Juana disparan contra la cruz de Lorena, La segunda Isabel asiste de cerca a la ruina de lo que construyó la primera, Hoy es pequeño el mar y la fuerza está más lejos.

Ahora la guerra está en el interior del hombre.

Injusto Nuremberg. Los asesinos están ausentes. Algunos de ellos ocupan sillones de juez.

Esta sombra se extiende hasta muy lejos.

Guerras de liberación nacional, luchas contra el imperialismo y el colonialismo en todo el Tercer Mundo. Se habla del Vietnam, donde la paz se divisa muy a lo lejos. Y se precisa que los americanos ocuparán el puesto dejado por los franceses. Pero se predice, aunque lejano, la victoria: *todos serán derrotados.*

Se anuncia igualmente la victoria total de Mao Tse-tung, presentado con perfiles de radiante luminosidad, hasta el punto que el profeta afirma que de él emanará la nueva palabra capaz de dar al mundo *un nuevo orden de cosas.*

Otra referencia a Estados Unidos, empeñados en combatir en una multiplicidad de pequeños frentes

a lo largo y ancho del mundo. Y se nombra al estado de Israel, que resurge y vence. También al islam, que, según se nos dice, no es menos grande ni menos fuerte, aunque desgraciadamente está dividido. Con su enfrentamiento hay que relacionar la frase que habla de la rabia de los *esclavistas*, que luchan ahora más unidos porque sus imperios se desmoronan.

Se anuncia la proliferación de armas nucleares, *clave del miedo*, una de las fuerzas que rigen la guerra fría. Luego, el texto alude a la Europa dividida por el muro de Berlín: *un pequeño muro, una gran vergüenza.*

Y una profecía escalofriante sobre la muerte (asesinato a traición) de Stalin, que el texto sitúa *en la oscuridad*. ¿Stalin, asesinado? Se habló de ello, pero la hipótesis fue descartada. La profecía prosigue, ahora, sibilamente: afirma que algunos de sus asesinos ya estaban muertos y que gran parte de los demás se matarán entre sí. Esta segunda afirmación apunta a las luchas intestinas que se produjeron en el Kremlin tras la muerte de Stalin; la primera encierra posiblemente una clave simbólica: se trataría de los remordimientos de Stalin por los crímenes denunciados antes por las profecías. A no ser que los asesinos quisieran vengar la muerte de sus compañeros eliminados por Stalin, lo cual explicaría la intervención de la voluntad de los muertos en las acciones de los vivos.

Buscad en las aguas del Neva. El Neva, citado en otros pasajes de las profecías, es uno de los ríos de Moscú: en él residiría la explicación del misterio de la muerte de Stalin, a menos que la frase se refiera a otra cosa que no logro poner en claro. No se nos dice siquiera si la verdad acerca de la muerte del dictador soviético saldrá o no a la luz alguna vez.

Se habla a continuación de los pueblos oprimidos por la bota comunista, con una alusión precisa a la Iglesia (*Madre*) del Silencio y al cristianismo de sus gentes esclavizadas. Pero la civilización cristiana, dice la profecía, es inmortal y debe triunfar al fin.

Quien perdió la guerra la gana hoy. Esta frase podría tener muchas explicaciones, y hallar la más exacta resulta difícil. Me inclino por ver en ella una alusión a la victoria económica de países como el Japón, Alemania o Italia frente a países como Francia o el Reino Unido, económicamente más débiles, que se contaron entre los vencedores de la guerra.

La frase siguiente debe referirse a los atentados contra el general De Gaulle. No hay margen para la duda en cuanto a la identidad de *la segunda Isabel*. Resulta escalofriante cómo se la pone en relación con Isabel I: la segunda ve derrumbarse, con el fin del imperio británico, lo que prácticamente edificó la gran reina que llevaba su mismo nombre. Un ejemplo más de la magia de los nombres y de las extrañas coincidencias de la historia. *Hoy es pequeño el mar y la fuerza está más lejos.* Debe de ser otra alusión al hundimiento del imperio británico, apoyado siempre en la fuerza de una flota actualmente inútil.

Ahora la guerra está en el interior del hombre. Es posiblemente una forma de expresar la angustia del hombre actual, sus pugnas internas ante el desencadenarse de los acontecimientos, el hundimiento de valores tenidos antes por inquebrantables y la transformación violenta y agresiva de la sociedad, de sus estructuras, de los estados, las leyes y la moral. El hombre está en grave conflicto consigo mismo y pugna por descubrir su auténtica dimensión.

Injusto Nuremberg. Buena parte de lo que ocurre se debe, afirma el profeta, a la injusticia del proceso

de Nuremberg. Con él hay que relacionar todos los intentos de reordenar un mundo devastado efectuados atendiendo tan sólo a las leyes del poder, el beneficio y la explotación, desde los tratados de paz a los convenios de Yalta. Y no sólo estaban ausentes, en el juicio, los verdaderos asesinos, sino que, además, varios de los mayores criminales se sentaban en el lugar de los jueces.

Esta sombra se extiende hasta muy lejos. Tal es el lúcido y desconsolador cierre de la profecía. El texto ya ha tocado repetidamente el tema: la Humanidad deberá pagar los errores de los poderosos y sufrirá largamente por culpa de la libertad de que gozan los criminales de guerra. Los verdaderos culpables, insiste el profeta, andan sueltos, y sus cómplices, que siguen siendo poderosos, tienen las manos libres para trazar nuevos planes delictivos.

Hombres y disparos. Jefes de Estado y quienes se les oponen. Caerá alguno de ellos.

Siete viudas están dispuestas para el altar y esperan a sus esposos.

Al sur de Lutero, agitación, armas y hombres que gritan. El hijo del sol se alejará en más ocasiones. Pero allí reina Mammón, y Dios sólo está en las palabras. En Oriente, el hombre calvo, el campesino, sonríe. Mas su sonrisa es una mueca de maldad, porque por su culpa muchos sufren y mueren. Derribará al gigante, pero seguirá siendo pequeño.

Una familia de dictadores tomará el poder en la tierra de los hijos de Lutero. Derramará sangre.

Será entonces cuando Noé empezará a construir la última Arca. Pero no verá las aguas, gracias a la palabra de quien no se sabe, que

hace temblar a los poderosos cuando desciende del monte.

Caerá el presidente y caerá el hermano. Entre los dos, el cadáver de la estrella inocente.

Hay quien sabe. Preguntad a la primera viuda negra y al hombre que la llevará al altar en la isla.

Sus secretos están en las armas, en el crimen. Y son secretos de quien no estaba en Nuremberg.

Serán tres quienes disparen contra el presidente. El tercero de ellos estará entre los tres que atacarán al segundo.

Morirá Lutero y será para bien. A su espalda, la sombra de quien ya ha asesinado. Su voz mentía.

El mundo no conoce flores.

Se habla de los atentados de que fueron víctimas algunos jefes de Estado y personalidades del mundo de la política, entre ellos De Gaulle y Togliatti. *Siete viudas están dispuestas para el altar y esperan a sus esposos*: debe tratarse de una alusión a siete graves atentados políticos y sus siete víctimas. Es posible, porque el profeta no tarda en insistir sobre el tema, aunque la frase puede esconder alguna otra revelación.

Se habla de Sudamérica, con su agitación política y sus golpes de Estado. Creo identificar a la figura que se cita (*el hijo del sol*) como el general Juan Domingo Perón, que en dos ocasiones fue desposeído de sus cargos y desterrado. El texto dice después, refiriéndose a los países sudamericanos, que en ellos gobiernan hombres que hablan de Dios con palabras vacías, puestas al servicio de la especulación. El poder es detentado en realidad por el gran capital, instru-

mentalizado políticamente por los Estados Unidos.

La figura que aparece inmediatamente después es Nikita Kruschev, cuyo aspecto bonachón se pone en contraste con los crímenes que siguen cometiéndose en Oriente durante su mandato, con revueltas socialistas ahogadas en sangre y pueblos enteros convertidos en víctimas de sus atropellos. *Derribará al gigante, pero seguirá siendo pequeño*: es, con plena certeza, una alusión a la desestalinización, al informe de Kruschev, que logró destruir el mito Stalin, aunque no aumentó las dimensiones de la figura de su acusador, considerado por todos como un individuo mediocre.

En los Estados Unidos, la familia de dictadores debe de ser la de los Kennedy. Se afirma que ha derramado sangre para obtener el poder y la derramará después de conquistarlo.

Será entonces cuando Noé empezará a construir la última Arca.

Se anuncia un inmenso peligro para la Humanidad. Una guerra mundial, quizás, o en todo caso un cataclismo peor que el diluvio, porque el Arca de la que se habla en el texto ha de ser la última. La frase parece apuntar a la guerra de Vietnam, al desembarco en la bahía Cochinos o al peligrosísimo duelo mantenido por Kennedy y Kruschev durante la crisis de Cuba, que puso al mundo al borde de la guerra nuclear.

No consigo entender a qué se refiere el párrafo siguiente: *Pero no verá las aguas* —aquí se afirma claramente que no se romperá la paz—, *gracias a la palabra de quien no se sabe, que hace temblar a los poderosos cuando descende del monte*. Parece encerrar una alusión a una intervención divina a la de algún personaje de imposible identificación.

Después de esto, la profecía que predice la muerte de los dos hermanos Kennedy. *Entre los dos, el cadáver de la estrella inocente*. A consecuencia de aquellos atentados se produjeron otras muertes, pero la palabra *estrella* sugiere que se trata de una actriz y, por tanto, de Marilyn Monroe. Cada vez se defiende con más insistencia la teoría de que la famosa actriz estadounidense estaba relacionada con el clan Kennedy y murió asesinada. De todos modos, la explicación podría ser otra.

El párrafo que viene a continuación dice que todo lo relativo a la muerte de los Kennedy puede ser revelado por alguien. Quienes lo saben son, en palabras del profeta, *la primera viuda negra y el hombre que la llevará al altar en la isla*. La viuda de Kennedy, Jacqueline, contrajo matrimonio con Onassis en una isla, la de Skorprios. Onassis, que pudo saber algo, ya no vive. ¿Acaso posee la viuda datos de suma importancia acerca de los atentados que costaron la vida de su marido y de su cuñado? En tal caso, ¿por qué calla? ¿Y qué secreta relación existe entre tales datos ignorados y su unión con su segundo marido? Se perfila aquí una hipótesis desconcertante, especialmente si tenemos en cuenta que fue propuesta por el profeta nada menos que en el año 1935.

Sus secretos están en las armas, en el crimen. Y son secretos de quien no estaba en Nuremberg. La primera oración constituye una durísima acusación contra Jacqueline Kennedy y Aristóteles Onassis. La segunda sitúa otra vez en primer plano las fuerzas del mal, encarnadas en los personajes que se diseminaron por el mundo tras la caída del nazismo y que hoy siguen en acción. ¿Qué relación existe entre unos y otros?

No acaba ahí el misterio: según el texto, fueron tres

las personas que atentaron contra John Kennedy. Y una de ellas, junto con otras dos, distintas, intervino también en el atentado que puso fin a la vida de su hermano Bob.

Otro crimen atroz: el asesinato de Martin Luther King. El profeta asegura que su muerte habrá constituido un bien: *A su espalda, la sombra de quien ya ha asesinado*. La explicación parece incluso demasiado obvia, pero pueden esconderse en la frase contenidos que me escapan, posiblemente relacionados con la muerte de los hermanos Kennedy. De todas formas, el juicio sobre el personaje es tajante.

Y la última frase de la profecía subraya el carácter dramático del momento vivido por el mundo.

Los dos caudillos rojos se enfrentan en nombre de la Humanidad. En la tierra celeste suena la voz del que ama al mundo y habla por los débiles. El hombre pequeño emplea la fuerza y hace que se extinga la primavera. Lo mismo harán los que le sucedan.

Se hablará de una falsa paz, pero las armas seguirán escondidas. Volarán hombres por el cielo y los hombres se entusiasmarán. Deberían estremecerse, porque se trata del mal, que conquista el cielo para atacar la tierra.

Dicen que Dios ha huido. Dios está muerto. Se ha escondido en el corazón de los jóvenes. Y volverá para vencer cuando, para dar nuevo valor a la vida, se hayan consumido las ciudades y las tierras. Vendrá de la tierra para destruir el cemento.

Israel: sufres y luchas tanto como quien te

agrede y no sabe compartir tus padecimientos. Sois hermanos: alguien os empuja al combate sin salir de su escondrijo. Aquí se decide el destino del mundo.

Y en el palacio donde se abrazan los estados vive el fugitivo de la madriguera. De este palacio brota el odio hacia Israel. Será señal de ruina.

Hombre, tú que has llegado a la Luna, no te confíes: ahora la posees, pero su imagen se refleja en un albañal.

Choque de dos juventudes. Vencerá la silenciosa. Y el tiempo juega en favor de la fe.

Vientos cálidos y fríos sobre el mundo. Tormentas sociales. Sangre bajo Lutero, sangre en la tierra católica usurpada y en sus países vecinos.

El conflicto chino-soviético, anunciado anteriormente por el profeta, cobra aquí su verdadera dimensión dramática. Angelo Roncalli no disimula aquí su simpatía y su solidaridad con el pueblo chino y el presidente Mao Tse-tung. Y subraya inmediatamente después lo despiadado de la represión ejercida por Kruschév sobre los pueblos que se rebelan persiguiendo el sueño de un socialismo de rostro humano. Sus sucesores seguirán, según está escrito en el texto, su sanguinario ejemplo.

La frase que sigue se refiere a la llamada distensión, que en realidad ocultaría el objetivo de las armas, el anhelo de la conquista del poder. Y henos aquí ante los vuelos espaciales: el hombre exulta de satisfacción por conquistas que deberían ser científicas, pero el profeta le pone sobre aviso. No debería regocijarse, sino temblar. La interpretación más ade-

cuada de este pasaje me parece la afirmación de que las conquistas espaciales esconden por encima de todo experimentos e intenciones de carácter bélico, con la colocación de armas en órbita alrededor de la tierra. Es el mal, que *conquista el cielo para atacar la tierra*. Por lo tanto, como resultado de los experimentos espaciales y los vuelos humanos en satélites artificiales podría sobrevenir la más grave de las amenazas para la Humanidad.

El profeta dice que la época materialista, consumista y degradante que hemos vivido y estamos viendo nos hace afirmar que Dios ha muerto. Muy al contrario, se ha refugiado en el corazón de los jóvenes. De las nuevas generaciones ha de surgir un renacer religioso. El texto es, más que claro, luminoso: nuestro tipo de civilización se consumirá a sí mismo. Las grandes crisis energéticas, económicas y sociales son sólo el último aviso. El mundo no puede sostenerse apoyado en los valores degradantes del consumo y terminará por destruir esta ideología pagana, destinada por su misma naturaleza a la disolución, al consumo. Entonces llegará la victoria de la verdadera civilización, por obra de los jóvenes que han guardado a Dios en su corazón, redescubriéndolo en su refugio secreto. *Vendrá de la tierra para destruir el cemento*. Una idea que el profeta había anticipado ya, casi en idénticos términos. No cabe duda de que, del mismo modo como algunas profecías se han confirmado en el pasado, si las relativas al futuro han de revelarse acertadas, ésta es una de ellas.

Israel, su drama, la guerra y las guerrillas. Piedad para los sufrimientos de Israel, pero también para los de los pueblos árabes. *Sois hermanos: alguien os empuja al combate sin salir de su escondrijo*. Una acusación más contra la instrumentalización de los

sentimientos de las masas y contra su expansión en nombre de la especulación política y económica.

Aquí se decide el destino del mundo. Precisamente en el Próximo Oriente sitúa el profeta uno de los puntos más delicados del equilibrio mundial, un drama en perpetuo desenvolvimiento, que puede conducir a consecuencias irreparables. Pero me parece adivinar que el *destino* puede igualmente ser otro: así, en el Próximo Oriente se decide el destino del mundo, para bien o para mal. De él pueden surgir tanto grandes horrores como grandes beneficios.

Nuevamente el espectro del *fugitivo de la madri-guera*, al que el texto profético se refiere una y otra vez. El verdadero culpable, que debió sentarse en Nuremberg entre los acusados, estaría en el seno de las Naciones Unidas. Se alude aquí al voto de censura del sionismo por parte de la ONU. *Será señal de ruina.* Sin duda, el actual antisemitismo debe ser favorecido y radicalizado por los mismos villanos de ayer, que se mantuvieron en la sombra en tiempos de Hitler y se mantienen en la sombra hoy, siendo los verdaderos enemigos de la Humanidad y viéndose amparados por monstruosas complicidades político-económicas.

Y se nos hace ver que estamos al borde del abismo: *Hombre, tú que has llegado a la Luna* —el profeta previó también la llegada a nuestro satélite—, *no te confíes: ahora la posees, pero su imagen se refleja en un albañal.* Hemos acometido la exploración del cielo, pero hemos embrutecido nuestro mundo. Hemos querido elevarnos y hemos caído muy bajo, cada vez más. La Luna que creíamos haber conquistado está en las cloacas. El nuestro es un mundo de su-ciedades: el odio, el racismo, la omnipresente guerra, las aberraciones sociales, la explotación del hombre por el hombre, el capitalismo, los odios de clase, la

esclavización de estados civilizados por parte de un poder burocrático, la escalada de la violencia, han hecho que en el tiempo que estamos viviendo el hombre no pueda ver reflejada su imagen más que en albañales. Pero nos queda la esperanza, dice el profeta; nos queda, más aún, una certeza: *el tiempo juega en favor de la fe.* Poco antes, al hablar del choque de dos juventudes, ha profetizado las impacencias de la juventud, los conflictos estudiantiles y la rebelión de las clases sociales más jóvenes. Resulta sintomático que se nos hable de *dos juventudes.* En realidad, la lucha de los jóvenes no se dirige hoy tanto contra las viejas generaciones como contra las generaciones más próximas, compuestas a su vez, también, por jóvenes. Tales precisiones de matiz resultan desconcertantes en un texto de 1935; van más allá de la fuerza profética, alcanzando cotas de sutileza que raramente se dan en ningún tipo de profecía.

Nuevas luchas en el mundo, especialmente en el plano social. Revoluciones, golpes de estado, agitación al sur de Lutero, en América del Sur. Es inútil enumerar los padecimientos de aquellos países, pero también se ve correr la sangre en la *tierra católica usurpada*, España. Sabemos ya de las muertes, los enfrentamientos que se produjeron en ella y también en sus *países vecinos*: Portugal es un buen ejemplo. Y ahora dirigimos ya la mirada hacia el futuro.

Un gran relámpago en Oriente. No oiréis el trueno; todo será inesperado.

Esto sucederá cuando muera un caudillo en Oriente y maten a un caudillo en Occidente. Al sur de Lutero.

Rechazad a los asesinos que se presenten y rechazad a los asesinos que os sean presentados. Los asesinos están en Europa. Quieren el Mediterráneo. Después habrá el crimen sin asesinos.

El tiempo ha incubado una mente turbia a la sombra de la cruz roja y negra ignorada de todos, hija de los que estuvieron ausentes de Nuremberg.

Ha tramado un crimen alrededor de sí misma. Hay quien renuncia a la vida por amor del mal.

La tierra rozará la matanza. Uno morirá por todos y será el más bueno.

No es éste un tiempo para reyes, nunca lo

fue. Desde la muerte de Federico, todo rey es un usurpador. Que se marche el rey y se quede el pueblo. Europa tiene sed, habrá sangre por las calles.

Mas también habrá grandes procesiones y la Virgen Santísima descenderá a la tierra. No la veréis en la gruta, sino en un corazón que volverá a la vida. Traerá de las tinieblas una palabra que todos comprenderán.

Ha llegado la hora de las cartas.

En Oriente sucederá algo inesperado y ciertamente grave; hay que pensar, no en Rusia ni en China, sino en alguno de sus países limítrofes, dado que los dos grandes estados suelen ser indicados por el profeta en términos más precisos. Habrá un relámpago —de ahí lo fulgurante del acontecimiento— seguido de un trueno. Algo especialmente amenazador, por tanto, y también inesperado. Tales hechos tendrán lugar después de la muerte de dos *caudillos*, es decir, de dos estadistas, uno en Oriente y otro en Occidente. Este último será asesinado. No hay que pensar necesariamente en autoridades del país en cuestión, sino que tales hechos luctuosos podrían tener lugar durante el viaje de algún estadista; ello es especialmente válido para el caso de la muerte por atentado que el profeta sitúa *al sur de Lutero*; en la América Latina, por lo tanto.

En este punto, como hizo respecto de otros acontecimientos sobresalientes, el texto nos hace una llamada de atención: los verdaderos asesinos no serán los que se presentarán espontáneamente, ni aquellos que la autoridad o la opinión pública señalará acto seguido como tales.

El tiempo ha incubado una mente turbia a la som-

bra de la cruz roja y negra ignorada de todos, hija de los que estuvieron ausentes de Nuremberg.

Reaparece la amenaza que viene de quienes no fueron procesados en Nuremberg, los verdaderos culpables escondidos o declarados en rebeldía. A lo largo de estos años —y el texto nos da aquí algunas referencias simbólicas que deberían ayudarnos a desemascararles—, los supervivientes del nazismo han elaborado planes y adiestrado hombres, uno de los cuales es responsable de los crímenes detallados anteriormente.

Y la conjura —porque de conjura hay que hablar— debe ser vista en relación con hombres integrados en los movimientos sociales y políticos más nuevos, que hallan en la herencia de los «tránsfugas de Nuremberg» motivos y argumentos para su acción contra el género humano, cuyo alcance es mayor de cuanto podamos imaginar.

Estas fuerzas han forjado personalidades retorcidas, capaces de sacrificar hasta la propia vida en aras del objetivo que les marca su proyecto maléfico. En esta época, la tierra *rozará la matanza*, pero un hombre, calificado en el texto como el más bueno de todos, se sacrificará. Su muerte, la muerte de un inocente, de una figura que en estos momentos resulta imposible perfilar (¿acaso el papa?), salvará a la Humanidad de la catástrofe. No es la primera vez que la Historia deja constancia de semejantes hechos.

Se habla a continuación de una monarquía europea, existente o en trance de restauración, destinada de uno u otro modo a hundirse: no es un tiempo propio de reyes. Y se demuestra, en las frases que siguen, la sabiduría esotérica del profeta, que se nutre directamente de la tradición occidental, la del Santo Grial concretamente: *desde la muerte de Federico,*

todo rey es un usurpador. En efecto, la figura del rey, de acuerdo con dicha tradición, auténtica por anti-conservadora, no es la del monarca que conocemos, la de los reyes de los últimos siglos, suplantadores todos ellos de una figura imperial que tuvo su última encarnación en Federico Barbarroja; no dominador del mundo, sino creador de concordia, como lo fuera el rey Arturo, fundador de la orden iniciático-monástico-caballeresca de la Mesa Redonda.

Caida la figura del monarca siervo de sus súbditos, tocado de la gracia de Dios y dedicado únicamente a superar las discordias y dar la paz a su pueblo, los reyes que le han sucedido son usurpadores, y por lo tanto déspotas, sobre cuyas cabezas cayó la famosa maldición templaria, siempre en clave simbólica. Y, ciertamente, no en forma de venganza sangrienta en las personas de los miembros de sus familias o dinastías, como afirman algunos tan a la ligera. La vía esotérica no sabe de venganzas temporales, sino que alienta únicamente un gran ideal de bondad, entendido como camino de unión con Dios.

El rey de la profecía se marchará y el pueblo pasará a gobernarse a sí mismo. Mas surgirán aquí desórdenes e insurrecciones, el posible desencadenamiento de una reacción que hará correr la sangre por las calles de Europa. *Europa tiene sed*, dice antes el texto: puede ser que se refiera a alguna calamidad, como una sequía o una carestía, a menos que se entienda que habla de sed de libertad y justicia.

Al mismo tiempo, sin embargo, debería darse un notable despertar religioso. Se habla de grandes procesiones y de una aparición de la Virgen. *No la veréis en la gruta, sino en un corazón que volverá a la vida.* La frase parece dar a entender que la aparición no será de las tradicionales, sino que habrá en ella algo

de traumático, vinculado quizás a un éxito clamoroso en el terreno de la medicina, o al regreso de alguien a quien se creía muerto y que ofrecerá testimonios capaces de sacudir la conciencia del mundo y tocarlo en su sensibilidad religiosa. *Traerá de las tinieblas una palabra que todos comprenderán.* La revelación de María, con el medio, totalmente insólito, que utilizará, llegará por lo tanto de la oscuridad, o quizá de una expresión del mal, pero será tan fuerte y tan diáfana que nadie permanecerá insensible a ella.

Ha llegado la hora de las cartas.

Si nos ceñimos a cuanto hemos examinado hasta ahora en el texto profético, podemos inferir que en este período aparecerán documentos guardados en secreto desde mucho tiempo atrás, que darán la solución de un gran enigma. Ignoramos de qué cartas se trata, pero creemos que no caben demasiadas alternativas: las relativas a los asesinatos de los Kennedy, las cartas y documentos confiados a María en ocasión de la muerte de Italo Balbo, o quizá los epistolarios de Churchill. Todo ello, en el supuesto de que dichos documentos no tengan que ver con un acontecimiento de la actualidad o del futuro. Teniendo en cuenta que el texto no contiene otras referencias, creo poder afirmar que no se trata de nada relacionado con la literatura ni con ningún aspecto resonante de un hecho literario.¹

1. En la frase del original a la que se refiere este comentario del autor (*E tempo delle lettere*), *lettere* es asimismo traducible como «letras». (*N. del T.*)

Alejadria es la tierra del Concilio del mundo y en ella se abrazan quienes creen en el hombre. Cristo es hombre porque es Dios. Todos se preparan para la gran lucha del espíritu contra quien lo niega.

Tú, Marcus, no podrás hacer nada desde tan lejos. Tu cuchillo es agudo, pero está demasiado afilado. La luz que emana de la reunión de paz refulge, lo reconoce y lo rompe en pedazos.

Israel, tú que en estos días hallas nueva tierra alrededor de la ciudad de los tejados de oro: hora es ya de lavar la sangre de tus hijos. Israel acude a la ciudad y la salva. Por fin tiene seis puntas la estrella.

El hombre que está solo a orillas del Neva habla al mundo y se da muerte. Dios, que lo creó para aquel momento, se apiadará de él. Sus palabras serán recogidas y formarán un rosario.

Y otros matarán cerca del Neva. Hoy sale al fin del río, intacto, el cuerpo nunca encontrado del monje santo. Y sus hijos secretos rezarán dentro del arca. Mirarán hacia la ciudad de los tejados de oro y su profeta, muerto en el Neva con la última palabra en los labios, será escuchado dondequiera haya enrojecido la bandera.

Estos párrafos contienen dos apartados proféticos bien definidos. El primero habla de un concilio, que no es de la Iglesia católica pero puede muy bien ser visto como un encuentro de todos los movimientos espirituales del mundo que trabajan en pro del hombre, para establecer una unidad que les permita derrotar a las fuerzas coaligadas en una lucha contra el hombre. En el texto se nos anuncia como inminente una *gran lucha del espíritu contra quien lo niega*.

Aquí se trae a colación un misterioso personaje, designado en el texto con el nombre de Marcus, el cual, desde lejos, trata de obstaculizar las actividades de la asamblea, causando heridas y divisiones. Pero no conseguirá su propósito, porque su solapada amenaza será desenmascarada, expuesta a la luz y desbaratada antes que pueda actuar.

Prosigue la profecía con un llamamiento a Israel que resulta más bien desconcertante. La ciudad de los tejados de oro es, sin duda alguna, Praga, y en ella debe encontrar Israel *nueva tierra*. El texto hace pensar en una rebelión de los países del Este, en particular Checoslovaquia, que tendrá como consecuencia una intervención militar o una acción de los israelitas: *hora es ya de lavar la sangre de tus hijos. Israel acude a la ciudad y la salva*. La frase se refiere a Praga, como ya hemos establecido, y a una

perturbación que llevará a los judíos a vengarse en dicha ciudad de una grave afrenta contra la propia civilización. La frase siguiente deja claro que verán su empeño coronado por el éxito, con un anuncio de la victoria: *Por fin tiene seis puntas la estrella*.

Y he aquí otro hecho de gran resonancia: un personaje destacado, quizás un perseguido, un filósofo, un artista o un político, se suicidará en Moscú (*a orillas del Neva*) y dejará al mundo un mensaje llamado a causarle honda conmoción. Dicho mensaje se extenderá por el mundo, sacudiendo todas las conciencias civilizadas. Y como consecuencia de este suceso tendrán lugar en Moscú levantamientos, crímenes y revueltas: *Y otros matarán cerca del Neva*.

Nos hallamos ahora ante una profecía en verdad extraordinaria, ya que el monje santo al que se refiere el texto es, sin sombra de duda, el famoso taurólogo Rasputín, que murió arrojado a las aguas del Neva por el príncipe Yusupoff, que había intentado vanamente matarle con dosis masivas de veneno, garrrotazos y disparos de pistola. El asesino lanzó el cuerpo todavía vivo por entre los témpanos que flotaban en el Neva, entre los que fue descubierto más tarde. Abundan quienes afirman que Rasputín sobrevivió y que el cadáver rescatado del río era el de un desconocido. Los hijos secretos de Rasputín —y hallamos aquí una referencia bien clara al *arca*, es decir, al lugar y el símbolo de las reuniones esotéricas de la «Secta de los Khlystis y de los Amigos de Dios», la organización iniciática ortodoxa en la que Rasputín se formó hasta convertirse en su exponente oculto, su verdadero maestro— serían los iniciados vinculados a la Iglesia ortodoxa, bien viva en la realidad popular de Rusia y sus países satélites.

Resulta difícil establecer el orden de los aconteci-

mientos, pero es posible formarse una idea de lo que puede suceder. En cierto modo, el hombre que se suicidará en Moscú será el ejemplo, la chispa que hará estallar un potente movimiento popular religioso de rebelión, y los cristianos de Rusia, siguiendo el ejemplo de lo que habrán visto suceder en Praga, iniciarán su lucha por la libertad religiosa. El mensaje lanzado desde el Neva hundirá sus raíces en antiguas verdades y tradiciones, hallando impulso, probablemente, en un movimiento iniciático ligado a la figura del maestro Rasputín, que no es en modo alguno el monstruo que nos presenta el tópico que se nos ha querido imponer. Sea como fuere, esta realidad se expandirá por todos los países comunistas, *dondequiera haya enrojecido la bandera.*

Un nuevo sol en el Oriente azul. En la tierra azul y antigua será descubierta la tumba del primer emperador, elegido de entre los humildes. Se alzarán cantos y las gentes en fiesta, en una fiesta de pobreza y alegría, marcharán hacia las tierras esclavizadas para liberarlas con el amor. Muchos morirán en el río, pero serán eternos vigías de un tiempo próximo.

Hombre de Boston, nieto de poeta, gracias a ti y a tu sueño, escarnecido durante estos años, la terrible arma será inofensiva. Y la energía curará los males.

De noche, el gran raptó: los dos hombres que se creen dueños del mundo, conducidos ante el tribunal en la mayor plaza de la tierra y procesados por los que se han rebelado. Serán sus acusadores los hombres de ciencia condenados por ellos a la esclavitud del poder, a la dedi-

cación de su inteligencia a la destrucción de sus hermanos. Vendrá luego el turno de los perseguidos. La condena será severa y el hombre se volverá a encontrar a sí mismo en el abrazo de la ciencia con la fe.

Las actas del proceso serán el poema de las gentes. Sus palabras serán dulces para los mansos y terribles para los poderosos henchidos de orgullo. Los ejércitos enviados al lugar se han detenido en los confines de la plaza y han vuelto sus armas contra quien les dio las órdenes. Hoy son derrotadas las armas. Las de la tierra y las del cielo.

De nuevo China, la tierra que debería dar origen a un nuevo astro, probablemente vinculado a una gran tradición. De hecho, el descubrimiento de la tumba del primer emperador es una expresión esotérica que se refiere al restablecimiento de un lazo de unión con la verdad perdida, que se vuelve a encarnar: en este caso, en el pueblo. *Elegido de entre los humildes*, dice claramente el texto. El advenimiento de este jefe que representa a todo el pueblo coincidirá con otra importante acción, caracterizable como una marcha del pueblo chino contra la Unión Soviética, con el propósito de liberar a los pueblos oprimidos por la burocracia del Kremlin y de restituir el amor a dichos pueblos hermanos. El texto profético, en efecto, dice: *liberarlas con el amor*.

Pero la acción, que se presenta como un gesto de abrazo, desembocará en una tragedia: se producirán combates y muchos chinos perderán la vida en el río, presumiblemente el Ussuri, aunque *serán eternos vigías de un tiempo próximo*. Su muerte, pues, no será estéril, porque servirán de ejemplo para una acción

posterior, casi inmediata, que conducirá al triunfo de la causa por la que se pusieron en marcha y murieron.

Estamos en los Estados Unidos y se habla de un inventor, un científico de Boston, *nieta de poeta*. Este hombre ha realizado un descubrimiento, mucho tiempo atrás. A causa de él ha sufrido befas y persecuciones. Pero ahora salta al primer plano y su descubrimiento puede anular la eficacia de la *terrible arma*. Puede tratarse de las armas nucleares que hoy conocemos o de otras de orden superior no vistas hasta ahora. El hallazgo del hombre de Boston, así, dejará sin ningún poder a las armas, o a esa arma superior, en tanto que la *energía* será útil para la medicina. Por consiguiente, debe tratarse de la energía atómica.

Acto seguido, una profecía considerablemente grave; leída al pie de la letra, incluso dramática. Y así es como hay que leerla, pienso, porque es improbable que contenga referencias sibilinas, por otra parte rarísimas en todo el texto de las profecías.

Los pueblos se rebelarán contra dos grandes jefes, dos hombres poderosos, posiblemente en un momento crítico, preludio de guerras. Los pueblos se negarán a ser utilizados como meros instrumentos por quienes detentan el poder, posiblemente dos auténticos dictadores. Estos dos personajes serán secuestrados, conducidos a *la mayor plaza de la tierra* y sometidos a juicio público. El papel de acusadores será asumido por los hombres de ciencia, probables inspiradores del gran gesto de rebeldía, rebelados ellos a su vez contra la esclavitud que en esta época ha sometido realmente la ciencia al poder y sus fines. Fines difícilmente conciliables con la auténtica evolución humana. La profecía hace una alusión muy precisa al hecho de que el poder haya obligado a los científicos

a dedicar su inteligencia a *la destrucción de sus hermanas*. La condena de los dos déspotas será ejemplar, lo cual unirá a los hombres de una forma nueva que el profeta, con una expresión sintética pero capaz de hacernos entrever en este futuro una realidad maravillosa, define como *abrazo de la ciencia con la fe*.

Las actas del proceso serán el poema de las gentes: el acontecimiento será verdaderamente ejemplar e inspirará, además de una nueva legislación, nuevas formas de relación entre los hombres, nuevos sistemas estatales, nuevas ideologías y la creación de obras inmortales por los artistas. Los resultados del proceso infundirán incesante fuerza y valor a los humildes y quedarán como un ejemplo para los hombres poderosos del mañana. La última parte del texto cuenta que se movilizaron ejércitos para salvar a los dos reos. Sin embargo, no penetraron en la plaza. Sin duda, los soldados se sintieron hombres y, deponiendo las armas, se unieron a los rebeldes en nombre de los valores humanos. Fue —será— el día de la derrota de las armas.

Desde el sur, contra Lutero y los herederos de Nuremberg, los que faltaron, los que ocupaban el sitio de los jueces.

La que fue colonia esclava del tributo de la sal impone su autoridad popular. Y llegará un santo a la ciudad blanca para decir en voz alta palabras de verdad.

Tras él, a pecho descubierto, los humildes, que traerán la justicia a la tierra de Lutero, ayer desgarrada. Las tierras del oeste que se habían rebelado lucharon y vieron a sus hombres encerrados en el cemento, entre las palmas. Lutero tenía dos jefes enfrentados y divididos. Allende el riachuelo, la autoridad del pueblo y la orden de rendirse al mundo marginado que hoy, cuando han muerto las armas, posee el poder de la palabra.

Lutero conocerá luchas y abrazos y, más tarde, una sola palabra, la más alta, la ya pro-

nunciada. Y al pie de la estatua de la primera santa será firmada la carta del amor. En los lagos espera el que odia; quiere matar y no se atreve.

Sólo hoy termina Nuremberg.

Mas atención al rostro que sonríe y que viene del sur, más del sur que nadie. Su corazón estuvo siempre en el norte y vuelve para recuperarlo con sus hermanos negros. Persiste el miedo, pero en la concordia todos los hombres de encima y debajo de Lutero buscarán a alguien. Y será de paz el día en que una mujer jurará sobre la Biblia renovada.

Una gran revuelta popular en América Latina, un movimiento de masas contra los Estados Unidos, que provocará la caída y quizás el definitivo desenmascaramiento de los herederos de Nuremberg, sean éstos nazis o miembros del bando vencedor, pero que en cualquier caso, como ha afirmado anteriormente el profeta, debieron sentarse en el banquillo de los acusados.

Antes de producirse esta revuelta de los pueblos sudamericanos habrá llegado a la ciudad blanca —que no he sabido localizar, pero que debe de estar en los Estados Unidos— un santo, que predicará y abrirá camino al gran movimiento popular que le seguirá. Avanzarán los humildes y será el suyo un camino de justicia.

Pero antes de este acontecimiento, la profecía parece aludir a otros que ya tuvieron lugar. En Estados Unidos debieron de producirse grandes alteraciones sociales: ésta es la interpretación más clara y simple, además de ser la única que concibo. Se trataría acaso de una guerra de secesión, una lucha in-

testina que conduciría a la división de los estados en dos bloques. Acaso —es más probable— de una pugna económica interna, con los estados del oeste negándose a verse comprometidos en alguna decisión de Washington en materia política o económica, encastillándose en una confederación tendente por encima de todo a defender su economía del desastre colectivo.

La rebelión de las tierras del oeste debió de conducir incluso a una guerra civil. Dos jefes de Estado se hallan al frente de los Estados Unidos en el preciso momento en que Sudamérica se rebela contra su condición de colonia económica de Norteamérica, víctima a su vez de un derrumbamiento económico que le resta todo poder colonial.

Hoy, cuando han muerto las armas, En estas palabras radica posiblemente la explicación de los hechos que permitirán a los sudamericanos librarse del colonialismo económico de Estados Unidos. El mundo marginado dará un paso al frente y habrá confrontaciones, luchas, pero también abrazos. Por ello cabe pensar que, mientras que una parte de la política norteamericana, quizás una de las dos facciones en lucha, se opondrá a la invasión —que con todo puede ser pacífica—, la otra parte se unirá a la marcha. Y cabe dentro de lo posible que se unan al avance las fuerzas populares, las minorías y los movimientos intelectuales que tan profundamente han sacudido en los últimos años la conciencia de los Estados Unidos.

Finalmente vencerá la parte pacífica, y al pie de la estatua de la primera santa será firmada la carta del amor. La primera santa puede ser santa María Cabrini, la primera elevada a los altares en Estados Unidos. Y la concordia establecida podría ser incluso de base religiosa. En cualquier caso, el conflicto tendrá

como consecuencia la redacción y firma de una carta fundamental que tendrá en consideración y hará realidad las exigencias de todos los hombres, incluidos aquellos que anteriormente estaban marginados. Es lícito pensar, más aún, en un nuevo orden económico, más que político, basado en antiguos principios religiosos cristianos.

Sin embargo, en el norte quedarán algunas facciones opuestas al nuevo orden, que formarán una resistencia, armándose y esperando en los grandes lagos el momento de reaccionar para deshacer todo lo que se haya construido. Mas no parece que vaya a verificarse dicha última tentativa. *No se atreve*, dice claramente el texto, para añadir inmediatamente después una frase enormemente confortadora: *Sólo hoy termina Nuremberg*. Estos acontecimientos ponen fin, pues, a la maldición que la Humanidad ha venido arrastrando durante decenios.

Hay todavía un peligro contra el cual nos advierte el profeta. Viene del sur alguien a quien todos creen bueno pero que en realidad sirve a la causa del mal. Dejó su corazón en el norte y *vuelve para recuperarlo con sus hermanos negros*. El texto no da ningún otro dato acerca de la identidad de este personaje y tampoco podemos comprender con exactitud quiénes son dichos *hermanos negros*.

Más miedo y más tensiones, pero todo se terminará con un abrazo de los pueblos del sur con los del norte de América. Abrazo que tendrá lugar el día —día de paz— en el que *una mujer jurará sobre la Biblia renovada*. La mención de la Biblia renovada nos hace volver a considerar la posibilidad de que este movimiento desemboque en una estructura social sujeta a los principios del cristianismo. En cualquier caso, una cosa es cierta: una mujer será presidente

de los Estados Unidos, que pueden aumentar su ámbito a la totalidad del continente americano.

En este punto se insertan, rigurosamente ordenadas, algunas profecías que no acierto a descifrar. Deben de referirse al futuro, pero son herméticas, y me atrevo a asegurar que buena parte de ellas poseen un significado casi exclusivamente esotérico. Por consiguiente, me limito a reproducir los pasajes, comentándolos únicamente cuando vislumbro la posibilidad de una interpretación clara.

Luz de luz y antigua llama, cada esperanza alcanza su orilla.

Desatas tus cabellos, exedra amiga, y cae alguno. No lo recojas.

El rostro de la mujer es una máscara y no existe unidad sino allí donde el hielo se levanta y cae.

La última frase podría inducir a pensar en algún cataclismo debido a una alteración de los casquetes polares o en la posibilidad de que los hielos lleguen hasta los mares más alejados. Confirman la corrección de tal conjetura algunas alusiones contenidas en el texto que viene a continuación.

Prometeo ha devuelto el fuego y el hombre ya no osa mantener su desafío, rodeado de hielos cada vez más altos. Y observa el frío mien-

tras el calor está en lo alto. No es el sol, es la esperanza. Alguien comprenderá, pero hará falta tiempo.

En cambio, el texto que sigue me ha resultado absolutamente impenetrable.

Señora de las nieves y las estepas, que huiste de noche con tu nuevo hijo, has visto lo negro y has esperado, calentándote con fango.

Gusanos ágiles de la tierra del sol, plomo colado en los puentes de Satanael.

En la roca no hay plomo, ni hierro, ni una mano apta. La rebelión es de los locos, jauría enloquecida que se subleva contra si misma y busca en el sol el cementerio de los padres.

Allí sólo hay huesos y un rostro sonriente inmaculadamente blanco.

Hoy habla la cabeza de la isla del Egeo.

Bajo la última de estas frases late un posible contenido esotérico, aunque la referencia puede no ser cierta. La isla del Egeo sería la de Lesbos, donde, según la tradición esotérica órfica, era custodiada la cabeza del gran maestro Orfeo, que, pese a estar separada del tronco, respondía a las preguntas de los iniciados que habían logrado penetrar en los misterios órficos. Pero la frase queda aislada, ya que en los párrafos que siguen no detecto nada que tenga relación con ella.

Digo vuestros nombres porque no podréis esconderos cuando seáis llamados.

*Wang, Levi, Rustov, Sherman, Tour.
Leonard, maestro y hermano, maestro y sier-
vo, estará por encima de vosotros. Estaréis uni-
dos, por lo tanto, antes del paso negro.*

Por el contrario, la frase siguiente es explicable según la tradición esotérica, pero no permite perfilar ningún contorno de la realidad futura.

*Gog y Magog se disputan su nombre, mas
conocen su paso entre las dos, hoy que se in-
vierte el Calvario.*

Pero la cruz no está preparada.

Gog y Magog, las ciudades de las tierras negras, las ciudades del mal, contra las que lucha, según dice la tradición, el preste Juan, cabeza del pueblo invisible, están destinadas a ser cuna del Anticristo, la figura que se cita siempre en los textos proféticos, especialmente en el Apocalipsis de san Juan. Cara a la interpretación de este fragmento, hay motivos para pensar en el Anticristo (*hoy que se invierte el Calvario*), y también en el hecho de que su llegada sea prematura, ya que la cruz no está dispuesta. Sabemos por la tradición, efectivamente, que al cabo de tres años de triunfo el Anticristo debe ser crucificado.

*Yo os he llamado. Otros os llamarán.
Siete veces, siete veces, siete veces.
La primera luz se ha posado en la mano y
también la séptima.*

*Conocéis el rojo antro de las otras.
Abrid, abrid, que hoy no haya nada escondi-
do. Las tinieblas ya han devorado su parte.*

El texto siguiente, que a buen seguro contiene afirmaciones proféticas (para mí, en todo caso, indescifrables), aparece escrito en forma de poema en el acta de donde lo copié. Es una plegaria de gran devoción, que pudo nacer como un acto espontáneo de Angelo Roncalli mientras veía un gran peligro acechando a la Humanidad y rezaba con humildad. Transcribo el poema teniendo también en cuenta sus méritos literarios, que juzgo notables incluso para la época en la que fue compuesto.

*Fuiste llamada madre una vez,
cuando no lo sabías: madre del ser
del que eras hija, humilde reina.
Hoy no te llaman madre tus hijos
pues aun siendo hijos tuyos ya no saben
ceñirse cadenas en torno a los ojos,
y les cortó la lengua el sol severo.
Llevas corona de callados rezos
y aprietas un rosario de votos secretos.
Si abres las manos tan lastimadas
antes del Gólgota, antes del Hijo,
de ellas cae siempre algo sonriente.
Recoges, invisible, otra corona
de plegarias de los pobres y los mudos
para aquellos que hoy no saben rezar;
conoces qué cadena une a las gentes
y sabes cuánto entrega el padre por el hijo
y qué penoso es ser madre repudiada.
Si dicen estos hijos: «Yo no tengo madre
y no te reconozco como tal»,
alguien lo dijo mucho antes que ellos,
en otro tono y sin mirarte:
era tu padre, era tu hijo.*

y no hubo entre vosotros palabras de perdón.
Tú sabes perdonar sin decir nada
y tu llaga es hoy tan honda y ancha
que ya nada podría hacer que empeorase;
nada, al menos, que venga de tus hijos.
Hoy se sienten tus hijos fatigados y viejos
y se ven todos huérfanos en sueños.
Pero tan sólo en sueños, dulce reina,
sueños que puedes inundar de flores.
Da una a cada uno, duerma donde duerma:
que caiga antes de despertar y rece,
y que abra nuevos ojos a la flor.
Y con iguales ojos a la misma flor
mirarán hoy, confortados, sus hijos.
Alzarán cantos con la misma voz
y te devolverán con ellos los colores
que harán que en tu cielo estalle el día.
Paz en la tierra: sean los viejos jóvenes.
Nunca son huérfanos, en el dolor, los jóvenes.
Hoy, reina humilde, ruega por quien te ruega.

*El hombre de la túnica amarilla, de piel negra
y cráneo rapado, hijo del Leopardo, sembrará
el terror, arrastrando al viaje del exterminio a
las multitudes del hambre.*

*Esto sucederá allí donde Africa termina. Lue-
go subirá la marea y no habrá en aquellas tierras
más blancos que los renegados.*

*Será levantado un ídolo siete veces más alto
que el hombre de la túnica amarilla. El mundo,
atemorizado, le rendirá honores.*

*Pero llegará de Oriente, en pleno día, el rayo,
cuando el ídolo sea derribado y se dispersen los
devoradores de corazones.*

*Cuando se divida el islam y los hijos de Ma-
homa luchen contra los hijos más secretos de
Fátima, los del Asia en llamas, reconocerán en-
tre éstos, con un nuevo rostro, al hombre de la
túnica amarilla. Los hijos de Mahoma saldrán*

vencedores, el nombre de Fátima volverá a ser sagrado y la sangre del cruel regará el desierto.

De la pequeña isla del Mediterráneo brotará el grito del nuevo caballero. Y las naves de las falsas banderas serán hundidas. Primer día de Europa.

Matanzas en Africa del Sur, que se extenderán rápidamente al resto del continente negro. Intervendrán en ellas poblaciones enteras, guiadas por un caudillo al que el texto no describe demasiado bien, llamándole *hijo del Leopardo*. Estas palabras deberían conducirnos a una identificación precisa, pero en realidad nos dejan enfrentados a una gran diversidad de posibilidades. Puede tratarse de una alusión a la famosa secta secreta del Leopardo, del nombre de alguna tribu o, simplemente, de una figura mítica de alguna religión tribal restaurada por el *hombre de la túnica amarilla*.

Esta última hipótesis es la más verosímil. Vemos que, en efecto, una vez la acción de las masas guiadas por el hombre del cráneo rapado hayan exterminado a todos los blancos de Africa Meridional, será levantado un ídolo. Hay aquí una referencia esotérica que no logro desentrañar: *siete veces más alto que el hombre de la túnica amarilla*. Debería explicar bien el origen de su culto, bien la propia personalidad del caudillo. Dicho culto sería objeto de honores y reconocimientos por parte de gentes de todos los lugares del mundo, aunque las profecías parecen evidenciar que tales homenajes nacen del temor de los gobiernos y no de una auténtica adhesión. Por lo tanto, es indudable que el movimiento ideológico y religioso que desencadenará las matanzas posee poderosas armas de presión sobre la mayoría de los pueblos cultos.

La reacción llegará de Oriente, de improviso (como un rayo *en pleno día*). El texto no precisa si esta reacción tendrá como consecuencia la caída del ídolo y de sus secuaces o si los dos hechos tendrán lugar simultáneamente. Sin duda, el primero de ellos será la causa del segundo, aunque indirectamente.

Poco después estallará una nueva guerra, un nuevo trastorno, esta vez en el norte de Africa y quizás en los Balcanes: una lucha interna en el mundo islámico. Su origen debería ser puramente religioso, puesto que se habla de los hijos de Mahoma y los hijos de Fátima. Así se llamaba, como es sabido, la hija del Profeta. La complejidad de las divisiones en sectas del mundo musulmán no nos concede la menor posibilidad de colegir las causas de la disputa, relacionable con la propia tradición islámica. De todos modos, lo cierto es que en dicho conflicto se verá involucrado asimismo el mundo musulmán asiático, Bangla Desh en particular —pues en este territorio existe una multitud de sectas islámicas ortodoxas que practican el culto de Fátima—. *Los más secretos*, precisa la profecía, y efectivamente existen en el continente asiático sectas secretas constituidas en torno a la figura de Fátima. La famosa secta de los *thug*, que se transformó erróneamente en adoradora de la diosa india Kalfí, está formada en realidad por sectarios musulmanes que encarnaron en Kalfí a Fátima, la hija del Profeta. A lo largo de los siglos, la degeneración ha asumido proporciones que escapan ya a todo control.

El texto dice que en la facción de Fátima, la asiática, actuará *con un nuevo rostro* el mismo personaje de la túnica amarilla que trajo al Africa la guerra y el exterminio. Pero será desenmascarado y la victoria caerá del lado de los musulmanes ortodoxos, hijos de Mahoma. Fátima será reintegrada a la ortodoxia

islámica (*el nombre de Fátima volverá a ser sagrado*) y el hombre de la túnica amarilla morirá.

Otra profecía: como deja claro la mención del grito del *caballero*, la *pequeña isla del Mediterráneo* es Malta, sin duda. No sé quién puede ser la figura en cuestión, pero es evidente que en esta breve frase de la profecía se contiene una historia de gran extensión, en la que el profeta no ha querido detenerse sin duda porque los sucesos anteriores son de una trascendencia enormemente más grave para la historia de la Humanidad.

Es lícito pensar, sin embargo, que en el Mediterráneo se producirá una situación extremadamente tensa, con la presencia de flotas rivales que se disputan las zonas de influencia, los puertos, bases, pasos marítimos, mercados y, naturalmente, las posiciones militares de importancia estratégica. Ante tal situación, Europa permanecerá pasiva, y hay razones para considerar que la disputa será protagonizada únicamente por las grandes potencias.

Contra esta situación se rebelará precisamente la pequeña Malta, movida por la voz de su jefe (*el grito del nuevo caballero*). Se producirá una gran reacción, y en este punto ignoramos qué fuerzas entrarán en liza, aunque sí sabemos que las flotas de las potencias en cuestión serán destruidas.

Primer día de Europa. Palabras vigorosas y cargadas de promesas que cierran esta parte de las profecías. El acontecimiento que acabamos de ver someramente descrito debería conducir, merced a su clamoroso desenlace, al nacimiento de la nación europea. O, en el caso de que ésta fuese ya una realidad meramente formal, al alcance de su auténtica identidad política. El día que el Mediterráneo sea escenario de la destrucción de *las naves de las falsas banderas* se-

rá también el del nacimiento de los Estados Unidos de Europa o de la Nación europea que hoy existe únicamente en las palabras de los diplomáticos y en los sueños de aquellos que todo el mundo se obstina en considerar como simples forjadores de utopías.

Has vuelto de la montaña, Abraham, trayendo ileso a tu hijo.

La montaña de Italia no desea más sangre de sus preferidos. Esta es la tercera Italia.

Los papeles aparecieron hace tiempo, la mujer murió y los nombres fueron revelados. Ha sido necesario que muriesen dos Italias para limpiar el pasado. Y las cenizas no han parecido suficientes.

Todos confesaron, excepto quien se suicidó y quien fue muerto. Mas los asesinos fueron apresados uno a uno.

Abraham está en esta tierra en la que el sol se oscureció hace mucho, en la que el Padre de la Madre caminó pisando sangre por las calles de Roma, el primer día.

Hoy Roma ya no lleva este nombre.

Es un recuerdo, y sus palacios están en el

norte. Aquí quedan las ruinas, ruinas de cosas y de hombres.

Abraham es hijo y padre de Europa y sus hermanos están aquí.

Siete caudillos asesinados en las siete colinas, antes de la tercera Italia, última rebelde de Europa, unida a las banderas rojas por Severo.

Un juramento secreto en el Janículo, una conjura y luego el viento de la libertad. Hermanos entre hermanos.

Alguien llora y reza en la casita de Loreto. El mundo le escucha cada noche,

La profecía concierne toda ella a Italia y se incluyen en ella pasajes anunciados con anterioridad, además de darse soluciones —aunque no definitivas— a misterios ya apuntados. Pese a todo, el texto es muy explícito en su conjunto, aunque algunos de sus aspectos permanezcan forzosamente en la oscuridad, dada la imposibilidad de establecer conexiones entre la realidad futura y personajes y acontecimientos no relacionables entre sí, al no dársenos pistas precisas.

De cualquier modo, la profecía es notablemente optimista, aunque pródiga en pruebas que deberán ser superadas por la península mediterránea.

La frase inicial, con la mención del nombre de Abraham, personaje que reaparece a las pocas líneas, es complicada. Sin embargo, cabe inferir de ella que se pedirá al país un gran sacrificio, como en su día le fue pedido por Dios a Abraham. Un sacrificio que, sin embargo, le será ahorrado, ya que Abraham volverá de la montaña *trayendo ileso a su hijo*.

El país se rebela contra la sangre, lo cual nos hace suponer que sus sufrimientos no han sido escasos. Todo ello atañe, como subraya después el texto, a

una *tercera* Italia. Antes, habrán salido a la luz los documentos (*papeles*) secretos de que se nos habló anteriormente, aportando testimonios que arrojarán nueva luz sobre un pasado que creíamos claro, descubriendo sin lugar a dudas la culpabilidad de personas que pasaban por honradas y rehabilitando a otras que fueron condenadas. *La mujer murió*: una referencia a la mujer que conservaba dichos documentos secretos, destinados a aparecer únicamente después de su fallecimiento. Por consiguiente, serán estos documentos los que modificarán el orden social y político de la nación, llenando las cárceles de figuras cuya culpabilidad no se sospechaba siquiera: será necesaria la muerte de dos Italias *para limpiar el pasado*. Dos Italias, dos ordenamientos institucionales: el actual y uno que le sucederá, acerca del cual lo ignoramos todo salvo que traerá, con toda certeza, desórdenes, crímenes y caos.

Parte de los culpables desenmascarados se suicida para eludir sus propias responsabilidades; otros muchos son arrestados, en tanto que algunos recurren al asesinato en su afán de escapar. Pero todos, incluidos estos últimos, pagarán por sus crímenes.

Abraham —acaso una figura simbólica— estaría nuevamente en Italia. Se dice más adelante que Abraham es hijo y padre de Europa. Podría tratarse de un político o de un movimiento europeísta. En realidad, los momentos vividos por Italia no habrían sido fáciles. *Esta tierra en la que el sol se oscureció hace mucho*. Y hallamos en seguida una alusión (similar a la que apareció entre las profecías relativas a la Iglesia católica) al nuevo papa que camina por las calles ensangrentadas de Roma.

Hoy Roma ya no lleva este nombre. La profecía puede estar preñada de amenazas, pero también re-

pleta de esperanza, si interpretamos la frase en el sentido de que la ciudad ya no es capital debido a que se han constituido los Estados Unidos de Europa. El hecho del traslado al norte de sus palacios induce a pensar en un traslado de los ministerios, de las sedes de los organismos políticos y administrativos. En Roma quedarán únicamente ruinas, tanto en las cosas como en los hombres.

Pero, antes de todo ello, ¿cuál es el terrible acontecimiento que habrá tenido lugar? Antes del surgimiento de la *tercera* Italia, ha sido muerto un caudillo en cada una de las siete colinas de Roma. Sin duda, la ciudad ha sido escenario de conjuras y traiciones por parte de la clase política dirigente. Un personaje llamado aquí por su nombre de Severo habría vinculado a Italia a la esfera comunista con el fin de impedir su ingreso en la comunidad política europea. Así pues, Italia será el último obstáculo que se opondrá a la unidad de Europa, que a pesar de todo se hará realidad. Y ello será posible gracias a la presencia de Abraham y sus hermanos, personajes que no nos es posible identificar.

En la cima del monte Janículo se hará un juramento secreto y se tramará una conjura: una gran traición, una acción dirigida a desproveer a Italia de toda posibilidad de integrarse políticamente en Europa y a hacer naufragar con ello la propia institución de los Estados Unidos de Europa o de la Nación europea.

Pero la conjura del Janículo será desbaratada por el *viento de la libertad*. *Hermanos entre hermanos*, dice la profecía evocando la hermandad alcanzada en el interior del país y también en el exterior, el establecimiento de lazos de fraternidad entre Italia y las otras naciones europeas, unidas al fin.

Las dos últimas frases de la profecía hablan de alguien que llora y reza en la casita de Loreto, la famosa casa que, según cuenta la tradición, bajó del cielo de manos de los ángeles. No es posible saber quién es ese alguien, aunque se trata, con toda seguridad, de un personaje de importancia sobresaliente, acaso un místico o un santo. Un hombre, en cualquier caso, que hablará con tal fuerza que se hará escuchar por el mundo entero. *El mund le escucha cada noche.* La frase resulta tal vez misteriosa, pero tranquilizadora pese a todo. *Cada noche:* efectivamente, puede significar «todas las noches», pero también podemos entender que el personaje de Loreto hablará cada vez que se acerque la noche, entendida como una situación de peligro para la Humanidad. El dato tranquilizador es que el mundo sabrá escuchar las plegarias, los lamentos y las palabras del solitario de la casita de Loreto. Y quien sabe escuchar sabe también vencer el peligro y mantenerse a cubierto de las amenazas que planean constantemente por encima del mundo.

Hallarán a la mujer de Lutero, al alba, al pie del muro que divide Berlín. Nadie sabrá cómo llegó, nadie sabrá cómo fue muerta.

Su cuerpo mostrará las señales y quien intente hablar será muerto a su vez, con las mismas señales. Cuando el mundo reconozca aquel rostro dirá que su vida estaba dominada por el vicio. Había dejado el poder para vivir en el amor de Cristo y de los humildes, y en lugar de ello fue muerta por el vicio.

Muchos países sufrirán agitaciones. Las gentes se rebelarán. Y sólo uno conseguirá hablar, apenas un momento antes de expirar.

Pronunciará el nombre de quien asesinó, descubrirá sus signos secretos. Y el mundo entero se insubordinará contra el juego de los poderosos, la secreta hermandad de los grandes que tramaba la esclavización de los pueblos. Los es-

casos jefes honrados se unirán y los culpables serán derrocados.

La mujer que dejó el poder por Cristo será beatificada. Y para la erección de su monumento será derribado el muro. Europa se unirá con Europa.

¡Cuánta sangre para hacer justicia! Mas sólo la sangre puede regar las nuevas flores.

La paz sea contigo, Patricia, hija de Dios.

La mujer en cuestión, americana, llamada por el nombre de Patricia en la frase que cierra el texto, puede ser la misma mujer que hallamos en anteriores pasajes del texto, la que llegara a presidente de unos Estados Unidos ampliados hasta incluir a los estados sudamericanos. Pero también puede ser una mujer americana de gran poder económico o la cabeza visible de alguna vasta fuerza social.

Según la profecía, esta mujer, después de alcanzar la cúspide del poder, lo abandona todo para emprender el camino de la religión. El hecho causará gran revuelo, además de la natural admiración por el gesto, al parecer completamente inesperado.

Pero unos años más tarde se descubrirá el cadáver de una mujer en las inmediaciones de la muralla de Berlín. En un principio no se establecerá ninguna relación entre la fallecida y la mujer que se retiró a una vida de religión. Se hablará de un mero suceso vinculado con el mundo del vicio, de los habituales en las páginas de los periódicos. Los que sepan la verdad serán asesinados cuando intenten hablar. Sólo uno de ellos conseguirá decirlo todo, antes de morir a su vez, no sabemos si de forma violenta.

Se producirá entonces un gran escándalo a nivel internacional. Sin duda, la imagen de Patricia será sus-

tituida por la de una viciosa, a consecuencia de las inequívocas circunstancias que rodearon su muerte. Lo cual, además de causar honda conmoción, dará lugar a reacciones encontradas, desórdenes y luchas entre los defensores de una y otra tesis. Se abrirá una gran división en el mundo, porque no cabe duda de que su figura estará ligada a algún movimiento ideológico de gran amplitud.

Cuando se conozca la verdad, se descubrirá en la muerte a una mera víctima. El profeta la llama, sin más, *hija de Dios*. En este punto el texto se oscurece, aunque las dimensiones del caso son ciertamente desmesuradas. Se menciona una conjura de hombres poderosos, de jefes de estado con pretensiones dictatoriales.

Se adivina que en estos años —y las anteriores profecías lo evidencian con notable claridad— los pueblos habrán sabido combatir para conquistar casi en todas partes una libertad real. Así, se conjura contra esta libertad, se intenta sofocarla. Y Patricia es quizás una víctima de dicha conspiración, porque posiblemente su autoridad moral habría bastado para desarticular una trama de esta clase. Porque quizás habría bastado que se pusiera al frente de los hombres libres para obstaculizar la maniobra de los grandes.

Con su muerte y con la proclamación de la verdad —pese al intento de descalificar al personaje, denigrándolo— quedará desbaratada la conjura contra la libertad. Gracias a algunos dirigentes auténticamente honrados, el pueblo se rebelará y terminará con los malhechores. La expresión empleada en el texto es precisamente *secreta hermandad de los grandes*; de ahí que haya que pensar en algo por encima de una conjura ocasional, pero también en un posible acuerdo en el tiempo, a propósito de los objetivos del poder

económico y del poder político, en una especie de confraternidad secreta.

La rebelión de los hombres libres será enérgica y decidida; los conspiradores serán ajusticiados junto con sus cómplices. El profeta habla de mucha sangre, ofreciendo como justificación la gravedad del momento: *sólo la sangre puede regar las nuevas flores.*

La muerte de Patricia llevará a otra magna conquista de la civilización. El hecho de que muera al pie de la Muralla de Berlín, el hecho de que esta santa —porque como tal será proclamada— se convierta en el ídolo de las multitudes, conducirá al derribo del muro que divide Berlín. Y precisamente en su lugar le será levantado un monumento. Al mismo tiempo, deberá producirse la unión de las dos Europas, la oriental y la occidental.

He aquí el libro maldito, escrito por quien se odiaba a sí mismo y odiaba a su raza,

He aquí el libro de la mentira, del odio y de la podredumbre. Por culpa de sus palabras morirán muchos, sin comprenderlo ni saber quién fue su verdadero autor. Porque éste murió mucho tiempo atrás y quien encontró el libro permanece escondido.

He aquí el libro que invoca el odio y divide a los hombres. Cuánto daño causará, cuántos dolores y cuántas guerras traerá.

Por este libro se fabricarán nuevas armas y muchos hombres se encerrarán en sí mismos.

Esta es la verdad, se gritará por parques y plazas, ésta es la única verdad.

La tierra y sus amores se vendrán abajo.

El libro triunfará durante setenta años en la cuarta parte del mundo. Forjará caudillos, es-

clavizará a los pueblos. Y los hombres sembrarán odio y miseria.

El orgullo, el sueño del orgullo, el nuevo paraíso. El infierno en la tierra.

Entre una y otra guerra, alguien hablará de amor. Mas aunque sea derrotado, desenmascarado y puesto en evidencia como falso, el libro seguirá teniendo algunos seguidores, hasta el fin de los siglos.

El texto es de una claridad meridiana. Se habla de un libro que propondrá una nueva ideología o bien —hipótesis secundaria— una ideología rescatada de la Antigüedad. Conquistará muchos prosélitos y el mundo se dividirá por culpa de este infame libro. El profeta da a entender que habrá divisiones, guerras y luchas ideológicas y sociales por espacio de setenta años, a causa de unas ideas destinadas a conquistar a pueblos enteros. Y el género humano, que habrá desechado las armas, volverá, lamentablemente, a producirlas.

Setenta años de guerras y sufrimientos por un libro escrito por alguien muerto muchos años atrás y descubierto por una persona que, sin dar jamás a conocer su nombre, difundirá las ideas contenidas en sus páginas.

La tierra y sus amores se vendrán abajo.

Esta puede ser la síntesis del libro, propagador de tesis que pondrán en tela de juicio todas las concepciones científicas, sociales y políticas. Sus ideas sembrarán el odio entre los pueblos y también entre los individuos: el propio concepto de amor será sometido a discusión, contestado y rechazado por algunos. Atendiendo a otras frases del texto, hay motivos para prever un potente empuje de las tendencias individualistas

(*muchos hombres se encerrarán en sí mismos*), capaz incluso de desatar fuerzas puramente irracionales.

Una cuarta parte de la Humanidad será conquistada y tiranizada por los propagadores de tal ideología. Al cabo de setenta años el contenido del libro será desenmascarado y se demostrará su falsedad. Sin embargo, el profeta precisa que hasta el fin de los tiempos habrá siempre alguien que seguirá comulgando con sus ideas. Desgraciadamente, por culpa de este libro y de sus teorías, el género humano conocerá, además de la guerra y el odio, la miseria y el reino del *infierno en la tierra*, en tanto que el libro prometía el paraíso.

Siete de Grecia hacia el mundo, después de la visión. Y palabras nuevas conquistarán la tierra.

Repetidas por Cristo.

Repetidas por sus nuevos hijos. Será un momento de renacimiento y de grandes cánticos.

Los rollos serán hallados en las Azores y hablarán de antiguas civilizaciones que enseñarán a los hombres cosas antiguas que ellos ignoran. La muerte se alejará y el dolor será escaso.

Por medio de los rollos, las cosas de la tierra hablarán a los hombres acerca de las cosas del cielo.

Los signos, cada vez más numerosos.

Las luces del cielo serán rojas, azules y verdes, y veloces. Crecerán.

Alguien viene de lejos. Quiero conocer a los hombres de la tierra.

Ya ha habido encuentros. Pero quien vio realmente ha guardado silencio.

Si una estrella se apaga, ya está muerta. Mas la luz que se aproxima es alguien que está muerto y regresa.

La respuesta, al descubierto en los papeles ocultos en el subterráneo metálico de Wherner. El tiempo no es lo que conocemos.

Tenemos hermanos vivos y hermanos muertos. Nosotros somos nosotros mismos. El tiempo nos confunde.

Bienvenido, Arthur, muchacho del pasado. Tú serás la prueba. Y te entrevistarás con el Padre de la Madre.

El texto se abre con el anuncio de un gran acontecimiento místico que se originará en Grecia: Siete discípulos, o siete fundadores de una orden, saldrán de Grecia para propagar por el mundo la palabra de Cristo. Parece que tendrán cosas nuevas que decir, ya que el texto especifica *palabras nuevas... repetidas por Cristo*. Por consiguiente, se trata quizá de una revelación dentro de la revelación.

De cualquier modo, la predicación, el despertar, conducirá a un resurgimiento cristiano: *Será un momento de renacimiento y de grandes cánticos*. Podemos suponer que será un momento de serenidad y paz.

Se producirá asimismo otro gran acontecimiento, llamado éste a revolucionar las convicciones científicas. En las Azores se descubrirán unos *rollos*. Serán estudiados e interpretados, y la Humanidad conocerá las experiencias de civilizaciones anteriores, desconocidas hasta aquella fecha; aplicará su ciencia y dará un paso de gigante en cuanto a madurez y cultura. Esto será especialmente cierto en el terreno de la medicina, con-

cretamente en el de la gerontología, como indica el texto: *La muerte se alejará y el dolor será escaso*. Muchas enfermedades serán vencidas y se descubrirá la forma de prolongar la vida humana.

Sin embargo, los *rollos* contendrán revelaciones aún más extraordinarias en relación con la esfera de lo espiritual, puesto que *las cosas de la tierra hablarán a los hombres acerca de las cosas del cielo*. Y el hombre profundizará en el conocimiento de lo divino y de sí mismo.

La segunda parte del presente texto profético sugiere la idea de los OVNI. Pero un estudio atento de su contenido desemboca en consideraciones más profundas. Hay alguien que viene de lejos y quiere establecer comunicación con los hombres. En el cielo habrá luces cada vez más abundantes.

Ya se han producido encuentros de seres desconocidos con hombres, mas el profeta hace constar que quienes los protagonizaron no han querido romper su silencio. Por lo tanto, las revelaciones acerca de contactos con seres extraterrestres o entes sobrenaturales hechas hasta el momento deben ser tomadas como meras invenciones de mitómanos o falsarios.

La aparición de las mencionadas luces y el hallazgo de documentos científicos secretos en el *subterráneo metálico de Wherner* (lugar y nombre que no podemos identificar, aunque pueden designar a un científico y su laboratorio) llevarán al hombre a un descubrimiento que va más allá de la posibilidad de existencia de vida en otros planetas.

Nosotros somos nosotros mismos. El tiempo nos confunde.

El tiempo no es lo que conocemos.

En estas dos frases radica posiblemente la explicación de todo. La profecía se refiere al descubrimien-

to de vidas y mundos paralelos, en los que el hombre conseguirá penetrar, descubriendo acaso uno de los secretos de la muerte, su primera barrera. *Mas la luz que se aproxima es alguien que está muerto y regresa*. Nos hallamos aquí ante la misma clase de hipótesis.

La profecía arroja una clara luz sobre un vasto sector de nuestro futuro; no obstante, podría igualmente apuntar a otros significados que en el estado actual de nuestros conocimientos no nos es dado captar. Es posible que se den contactos con seres de otros mundos, pero es más posible aún que sean contactos con seres humanos de otras épocas, y que se nos ofrezcan algún día evidencias que revolucionen nuestra actual concepción del tiempo. Todo es traído a colación en esta profecía: mundos paralelos, reencarnaciones, teorías científicas situadas entre lo más moderno y audaz, al lado de antiguas concepciones gnósticas, por no mencionar la tradición oriental. Y no hay que descartar la posibilidad de que esta segunda parte posea alguna conexión con la primera, concretamente en el fragmento del texto en el que se anuncia con toda claridad un resurgir de la religiosidad cristiana.

Allí resulta especialmente misteriosa la frase: *Y palabras nuevas conquistarán la tierra. Repetidas por Cristo*.

Se alude a *sus nuevos hijos*. ¿Se darán acaso nuevos testimonios cristianos? ¿Dispondremos de nuevos testimonios de la primera aparición del Redentor en la tierra?

Cabe pensar, asimismo, en una especie de *tiempo de los ángeles* que muchas tradiciones, entre ellas la católica, afirman regirá en el futuro y de la cual hablan otros profetas. O en un determinado signo ce-

lestial, una aparición, una segunda venida del Hijo de Dios a la tierra, antes incluso del Juicio Final.

Interrogantes y nada más que interrogantes: la materia es vastísima, las hipótesis infinitas y la profecía desconcertante, revolucionaria para la Humanidad toda.

En cualquier caso, como consecuencia de todos estos acontecimientos se producirán grandes alteraciones religiosas y sociales. Y, sin asomo de duda, arduas controversias científicas. Pero el profeta dice: *Bienvenido, Arthur, muchacho del pasado. Tú serás la prueba.*

Un joven que tendrá por nombre Arthur ofrecerá, viniendo del pasado, la prueba material de las nuevas teorías, que finalmente serán aceptadas, puesto que, como afirma el profeta, el misterioso personaje se reunirá con el papa: *Y te entrevistarás con el Padre de la Madre.*

Es la época de los dos emperadores.

Y la Madre no tiene Padre porque muchos desean serlo. Y los que se enfrentan apoyan a dos.

Se alzan los gritos y se levantan las barreras del combate, pero ya sale del agua la Bestia.

Y la escasez frena a los ejércitos.

Los hombres creen morir.

Y tras la escasez, la peste.

Dios ha desencadenado la guerra de la Naturaleza para impedir la guerra de los hombres.

El primer emperador muere de hambre encerrado en la torre de su sueño.

El segundo emperador, en el desierto, atacado por los desconocidos animales de la peste.

La hija de Caín ha ido a predicar al norte.

Siete años de lujuria en la nueva Babilonia.

El séptimo año cae el séptimo velo de Salo-

mé, pero no hay emperador, no hay nadie capaz de levantar la espada y cortar el cuello de Juan. Se acerca el momento.

Esta época se anunciaba ya en las profecías concernientes a la Iglesia católica. La Iglesia carece de papa, pero hay dos aspirantes al trono de san Pedro, además de otros que fomentan la escisión. La Iglesia está dividida y los dos principales contendientes cuentan con el apoyo de la autoridad y las armas de dos emperadores. Así pues, la Humanidad está dividida en dos y se apresta a desencadenar una guerra total, pero esta guerra no estallará gracias a la intervención del cielo. *Ya sale del agua la Bestia*: estamos en el Apocalipsis de san Juan, ante los signos que anunciarán el fin de los tiempos, quizá sólo de forma figurada, en clave simbólica, representando el fin de un tipo de vida merced a la aparición de una forma superior de civilización humana, basada en la fe, el mutuo conocimiento y la fraternidad entre los hombres.

Es en este sentido como creo poder interpretar la clave de las profecías de Angelo Roncalli: si en muchos puntos se abaten sobre la Humanidad catástrofes, hambres, guerras y terrores, más frecuentemente aparecen las palabras de consuelo, de resurrección y de auténtico progreso humano. A mi modo de ver, todo el texto es notablemente rico de esperanza, diría incluso de certeza, en el futuro del hombre, estrechamente ligado a su esencia inescindible de hijo de Dios, de criatura de Dios.

La escasez y la peste, dos de las maldiciones del Apocalipsis, caerán sobre la tierra sin escatimar víctimas. Ellas serán las que detendrán la guerra, impidiendo la gran matanza en la que se desembocaría

en nombre de unos falsos ideales, en una nueva intrusión del odio.

Dios ha desencadenado la guerra de la Naturaleza para impedir la guerra de los hombres. La frase habla por sí misma.

Los dos emperadores tienen un fin miserable, atacado cada uno de ellos por una de las dos calamidades.

El primero, *encerrado en la torre de su sueño*, muere de hambre. Consecuencia de la escasez, pero también, posiblemente, un símbolo. Cabe aventurar que sus propios seguidores, enfrentados a la escasez y habiéndose visto a las puertas de la muerte, se rebelarán contra su autoridad y le encerrarán en una torre, dejándole morir de inanición. Su gran rival morirá en el desierto, víctima de la peste, transmitida por animales desconocidos hasta entonces.

Estos dos flagelos serán seguidos por el caos: el hombre, así, se abandonaría al culto del Becerro de Oro, buscando el olvido de tan terribles momentos en el vicio y el pecado. El texto insinúa, con cierta claridad de todos modos, que tras la muerte de los dos emperadores reinarán el caos y la anarquía. Y en este clima, *la hija de Cain* irá al norte para predicar.

Puede tratarse, efectivamente, de un personaje femenino que predique el pecado o nuevas ideas de desorden, del mismo modo que puede ser el símbolo de una ideología o de una corriente de pasiones que llega del sur y conquista a los hombres, aturdiéndoles después de los graves trances pasados. No hay que descartar la posibilidad de que la Humanidad resulte diezmada por los dos terribles flagelos.

Este período durará siete años y Babilonia, *la nueva Babilonia*, que podría ser Roma, será el centro

de la lujuria. El séptimo año llegará el fin. Dejando aparte el simbolismo numérico y el simbolismo de las figuras bíblicas, la caída del séptimo velo de Salomé podría ser la culminación de todo, probablemente coincidente con la predicación de un nuevo Bautista que, según deja entrever la profecía sin afirmarlo abiertamente, será perseguido y encarcelado.

Pero no existirá en esos días un poder capaz de degollar al nuevo profeta, al nuevo predicador. La Humanidad, por lo tanto, vivirá en completa anarquía, esperando pasivamente que la despierten. Juan, el hombre nuevo, lo denunciará. Intentarán detenerle, pero nadie tendrá capacidad ni poder para hacerlo.

Este momento marca un gran cambio. La frase *Se acerca el momento* fue pronunciada por el Bautista a propósito de la venida del Redentor, pero aquí puede ser también el anuncio de un tiempo cargado de terror y negros presagios.

Tal como hago constar en la introducción de la presente obra, los textos de las profecías que reproduzco junto a mis comentarios son apenas una mínima parte de los existentes. Son sólo los textos que se me permitió copiar durante la entrevista con mi visitante.

Esto explica el hecho de que no siempre (mejor dicho, casi nunca) existan relaciones precisas entre un texto y otro; explica también que queden en el vacío períodos enteros. Los fragmentos que pude reproducir son el veinte por ciento, más o menos, del texto íntegro de las profecías hechas por Angelo Roncalli en el templo de *El caballero y la rosa*, donde él fue el *medio* de una acción iniciática —detalle que no hay que echar en olvido— en la cual colaboraron, con la fuerza de la cadena que formaban, maestros y hermanos tanto del presente como del pasado, gra-

cias a un antiquísimo ritual que de ningún modo puedo revelar.

Al llegar a esta parte de las profecías se me prohibió leer o copiar muchísimas páginas. Insistí en vano, pidiendo una explicación a mi visitante cuando terminé la tarea. Pero todas mis preguntas chocaron con el más obstinado silencio.

Habrà que dar un salto enorme.

Ahora, por ejemplo, nos enfrentamos a un tipo de profecía muy distinto del que veníamos analizando.

A lo largo de bastantes páginas, en el mismo papel del templo, con la misma caligrafía del canciller y las mismas indicaciones rituales, el profeta se limita a citar nombres y añadir unas frases a cada uno de ellos.

De haber podido consultar las partes que me fueron vedadas, quizás habría conseguido determinar quiénes son las personas citadas y averiguar de qué hechos se habla. He estudiado detenidamente la lista, examinándola a la luz de todos los criterios imaginables, sin el menor resultado práctico.

Una cosa es cierta: los nombres designan a personajes decisivos para el desarrollo de las profecías estudiadas y de aquellas que no pude ver. Son nombres cuyo secreto será desvelado algún día, descubriéndose sus relaciones con futuros acontecimientos. Mas como quiera que entre 1935 —fecha de las profecías— y nuestros días ha transcurrido un tiempo que para nosotros ya forma parte del pasado, no nos es posible distribuir los nombres en cuestión entre nuestro pasado y nuestro futuro. Además, las frases que transcribo a continuación son extremadamente herméticas, acaso iniciáticas.

Se diría que van dirigidas a modo de advertencia a las personas nombradas.

No me resta sino reproducir íntegramente el texto, con nombres y frases, en la esperanza de que algún estudioso alcance, a la vista de este método profético, unas conclusiones a las que yo no he sabido llegar.

ALBERT. — *Cada estrella vive de su propia luz y en lo negro no basta con el sonido de tu órgano cuando los hombres mueran a tu alrededor. Se hablará de ti con palabras de paz, pero tú sabes que nunca la tendrás dentro de ti. El mundo tardará en comprender cuánto dolor sembraste con tu egoísmo.*

WEINER. — *Odio hacia tu ciudad y odio hacia el mundo. Abandona el tercer libro, recoge el polvo, camina entre la multitud y vuelve a encontrar a quien guió tus primeros pasos por el camino de la oración.*

ESTOCOLMO. — *La segunda visión desde lejos, el segundo incendio. Este es el primer signo.*

CAINA. — *Tienes demasiadas hijas y un solo padre. No tienes madre porque no sabes serlo. Tu última hija te matará y las otras renegarán de ti cuando descubran que son como tú.*

ZELDA. — *Conservas el recuerdo querido y las flores, aunque están muertas. Hay una hora para cada cosa, incluso para el amor que los otros mataron.*

NEGH. — *Ya no hay mármol bajo tu león, sino el sagrario de tus allegados, víctimas del exterminio. Morirás solo, amado y odiado, y te olvidarán. Es tu recompensa.*

BABILONIA. — *Surgirás y te hundirás otras tres veces. Es tu destino y no puedo decirte nada porque no hablo contigo.*

ENTAH. — *Tu torre está sola y sólo encierra un sueño en su interior. Tú mismo eres un sueño.*

SIGMUND. — *Más allá de tu ciudad y de tu muerte, más allá de la carne de la que vienes, hay leves suspiros que en pocos años sepultarán tus aullidos de poseso.*

SIGFRIDO. — *El canto, el canto, el canto. Y el último viaje a la marisma de la que no se regresa. Esmeralda virgen y reina, sola. Todos se reirán de ella.*

ALCES. — *No dejes de recoger flores blancas. Tus brazos serán cada vez más fuertes y el peso no te fatigará, pues cada flor sostendrá la siguiente. El mundo necesita todas estas flores.*

NEVA. — *Setenta y siete años. De la primera sangre que se heló en tus aguas hasta la última sangre, la de la libertad. Dos nombres casi iguales, dos muertes. Y luego, el triunfo de la vida.*

CORINNA. — *Sabes guardar el secreto bajo el ala, aunque sea imposible olvidar. Lo que digas puede vengarte, pero no puede matarte en el fondo. Cierras los ojos al sonreír.*

VERA. — *Esperas entre bosques a los hombres de la libertad. En sueños verán una marca blanca en la senda. Te buscarán y te reconocerán. Y bendecirán siempre tu nombre.*

ROSA. — *La Santísima Virgen se aparece para todos, mas a veces sólo para una persona. Muchas veces ha pedido que hablen, pero a ti te ha ordenado que calles. Acepta con alegría sus designios.*

PARÍS. — *Tres disparos en la noche, tres maldiciones. Las aguas, el fuego, la peste. Te encontrarás a ti misma en el hierro.*

ROMA. — *Acepta las ruinas. No extiendas semillas ni siembres flores para los pies del que viene. Estos pies aman el dolor.*

Conclusión

HENRY. — *El cuarto fusil, que tú cargaste, disparará por ti. Has escuchado a Martín en las colinas y te has unido al pacto negro. Antes de tu muerte, alguien raptará a tus nietos en las colinas.*

FEDERICO. — *Bienvenido al reino de la humildad. Bienvenido, tú, elegido de entre los humildes. Elige a Agostino, rechaza a Benedetto,*

UK'UBUK. — *La piedra negra es la que buscas, pero cámbiale ahora el color. El gris dorado te seguirá hasta más allá del calvario, con los puños en alto. Para tu gente hay una edad: la tuya.*

HUGO. — *Detente ante el solio y no pienses en el trono. Que tu mano vuelva a los folios. No deben quedar en blanco. La luz no siempre ilumina; para algunos aturde y mata. Que tu blanco sea tu luz.*

HARVEY. — *Lo que es vidrio será fuego y no podrás impedirlo. El último en llegar, el más bajo, el más tembloroso, será el más temible. No le reconocerás.*

DAVID. — *Baja la honda, levanta la cabeza. Hay más desiertos para que los hagas florecer. El desierto mayor está dentro del hombre.*

SIMÓN. — *Que esta llamita nunca se convierta en hoguera.*

WHANG. — *No te esperarán, pero estás preparado. El mundo espera mucho de ti: palabras claras, banderas azules, sonrisas de loco y sonrisas de niño. Tú vestirás a las gentes.*

MARLE. — *Te reconocerás cuando te veas a lomos de la Bestia triunfante. Entonces le cambiarás el nombre a tu madre.*

NO VOLVÍ A VER A MI *visitante*, que en el tiempo que transcurrió hasta el final de nuestra conversación no sacó más folios de su carpeta ni quiso responder a ninguna de mis preguntas. Las mismas preguntas que se estará haciendo el lector, a las que siento no poder dar respuesta.

Las profecías del papa Juan, que ahora he resuelto presentar al público, es por consiguiente una obra incompleta; estoy convencido de ello. Y estoy convencido de que si surge la necesidad de que sean reveladas más cosas de las que dijo el que sería pontífice en el templo secreto de *El caballero y la rosa*, el *visitante* volverá para mostrarme otros folios azules, otras actas levantadas por el gran canciller.

No pienso concluir este trabajo, que publico tras vencer muchas vacilaciones, haciendo una defensa de la autenticidad de cuanto contiene. Poseo al respecto una certeza absoluta y, lo que es más importante,

la certeza de que el texto profético se autentificará a sí mismo con el cumplimiento de los acontecimientos que predice. El texto alcanzará con ello una dimensión distinta de aquélla, necesariamente más pobre, en la que yo lo he situado, porque la realidad enriquecerá un texto que considero, además de trascendental bajo el prisma esotérico y profético, poseedor de un inmenso valor artístico.

Sé que asumo una grave responsabilidad al dar publicidad a este documento. Pero no es la primera vez que hago algo semejante, y pongo todo el valor en mis acciones cuando éstas se apoyan en una firme convicción por mi parte. En esta ocasión estoy convencido de la necesidad de lo que hago.

Espero muchas críticas de los decrépitos laicistas decimonónicos, los libertarios de opereta que tacharán de supersticiosa la obra, ya que en este texto los avatares de los hombres están insertos en un discurso de neto carácter religioso y ligados a acontecimientos de la tradición católica tales como las apariciones de la Virgen, que muchos pretenden despachar de un plumazo, calificándolas de fraude, especulación o manifestación de fanatismo. Pero tengo fe en la auténtica cultura popular, más que en la cultura prefabricada de tantos «ilustrados» capaces de destruir e incapaces de construir, capaces de reírse de todo e incapaces de sonreír. Y confío por encima de todo en la fe, en su atormentado despertar cotidiano, que alcanza a los humildes dondequiera se encuentren y a los grandes que se enfrentan realmente con sí mismos y con el mundo.

Confío en el indestructible patrimonio de la Iglesia católica fundada por Jesucristo, hijo de Dios, en su grandeza y humildad, en su amor y en su dolor, que es el de los hombres, de quienes es madre. Mas es-

pero no pocas críticas y no pocas acusaciones contra este trabajo por parte de ciertos medios eclesiásticos. El hecho de que un pontífice tan controvertido como Juan XXIII sea presentado bajo su aspecto inédito de *iniciado* en determinados misterios, de *hermano* de determinados círculos esotéricos, hará que cunda la alarma en quienes todavía creen en ciertas leyendas hijas, éstas sí, de la superstición.

El grupo iniciático, auténticamente *libre* —según la tradición y de acuerdo con el documento de los tres maestros, que publico por vez primera y en su integridad—, en el que fue admitido Juan, no tiene nada de satánico, prohibido ni tenebroso. Es simplemente una fuerza que viene de Dios, un camino *distinto*, reservado a unos pocos —elegidos sin atender a un posible origen aristocrático— y que conduce a Dios.

Esta tradición es hermana del cristianismo, al que siempre ha rendido homenaje, y no guarda ninguna relación con círculos o instituciones pseudoesotéricas o pseudoiniciáticas que hayan olvidado sus reglas fundamentales para enzarzarse en lamentables reyertas temporales.

En el texto profético de Juan hallamos ya una clara afirmación en tal sentido. Las peores quiebras espirituales llevan la fecha del día en que quien debía ocuparse de las cosas del cielo bajó excesivamente la mirada hacia lo terreno.

De la Iglesia espero muchas reservas, desconfianzas e incluso condenas. Sé que me han de doler, porque mi deseo es seguir perteneciendo a ella en cuerpo y alma. Y no puedo pedirle sino que siga siendo ella misma. Que aguarde, antes de emitir su aprobación o su condena. Que haga uso de una de sus más grandes virtudes: la prudencia. Una virtud indispensable

no sólo para la Iglesia sino para toda persona que se vea frente a textos sorprendentes y abiertos a la discusión, que pueden ser empleados con mala fe, deformados y utilizados para combatir las ideas que los propios textos defienden.

Quien pretenda utilizar este libro contra la Iglesia y sus hombres —todo es posible, aunque este texto no dé demasiadas facilidades para ello— debe saber desde ahora que el texto profético que publico no se aparta en ningún momento de la ortodoxia más rigurosa. Y sepa quien pretenda no hallar en él más que motivos de confusión, que la sencillez, la humildad y el amor están presentes en todas y cada una de sus líneas.

Quedan, por último, las reticencias y acusaciones de quienes se autodenominan «iniciados», que no han de faltar. Todas ellas carecerán del menor valor para mí. Porque los verdaderos iniciados conocen y respetan la regla fundamental del silencio que hay que guardar en el ámbito profano, y jamás osarían decir lo que yo callo, ni añadir nada a lo que manifiesto.

Conozco y admiro su silencio. Por el contrario, quien hablara demostraría en el mismo instante de hacerlo su condición de impostor o megalómano.

La vía esotérica no sabe de compromisos.

Lo que de verdad importa es lo que este libro diga a las gentes sencillas, a todos los hombres, cualesquiera sean sus ideas y sus pasiones. Porque éstas son palabras de paz, bondad y fraternidad. Éste es un libro que, por emplear una de las más bellas expresiones de Juan XXIII, debería derribar las barreras que separan a los hombres y dar fuerza a aquello que les une. No es otra mi ilusión.

Quiero dedicar la última página de las profecías, las últimas líneas que me fue permitido copiar, a los

hombres y mujeres de buena voluntad, a los humildes, a los simples, a los que sufren, a los niños y a los ancianos, a quienes más especialmente amó el papa Juan, fuera cual fuere su fe, estrechándoles en un único y paternal abrazo de amor.

Estas líneas no ocultan nada ni pretenden revelar nada; poseen la simplicidad de lo grande. Esta página, mejor que cualquier otra, nos da testimonio de fe en el futuro del hombre, criatura de Dios. La fe. La gran certeza omnipresente en el testimonio de la vida de Angelo Roncalli, en su magisterio; viva en cada línea del texto que he presentado. Un texto en el que hay que ver, precisamente, un supremo acto de fe.

*La plegaria, Señor, es sólo tuya,
pues sólo tuya es la voz de las gentes
cuando renacen a la otra vida,
rendidos los ojos y el último aliento.
Nada de lo escrito vale cuanto vale
lo dicho y recordado con amor
y transmitido al sudor de la tierra
por las voces que musitan oraciones:
rezos del alba, la tarde y la noche.
Qué grandiosa es la tierra que has sembrado,
y qué solemne la oración que exhala
en brumas de verano y nieblas invernales
para el ojo que de lejos las contempla.
Has dado un hijo a cada hombre
y a cada hombre has dado un pan
y se renueva día a día la plegaria
cuando se parte el pan y muere el hijo.*

*La plegaria, Señor, es sólo tuya,
pues sólo tuya es la voz que hay en el mundo,
la del cordero, la del árbol, la del hombre,
la de todo lo que en él puede tocarse.
Cada tiempo conserva tu recuerdo,
pues no se ha dado nunca un paso en vano:
incluso el caminante que te ignora
deja tras él semillas de alabanza.
El que calla ha rezado o rezará
y tú por el que calla ya rezaste
el séptimo día, el día del descanso.
Cada hombre cuenta ya con su plegaria,
que es risa, llanto, grito y furia.
La propia vida reza en el abismo
que tú poblaste de amorosos sueños
al ofrecértenos como Dios de perdón.*

La plegaria, Señor, es sólo tuya.

Indice

Prefacio	11
Introducción	19
La historia de las profecías	31
El relato del visitante	41
La tabla de los tres maestros	49
El secreto de Juan	53
La cadena del Templo	63
Método de lectura	71
Las profecías	73
Conclusión	201

¡Una revelación
sensacional!
La historia de la
humanidad desde
1935 a 2035

